



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXVII	Julio 2004	n.º 7
------------	------------	-------

SUMARIO

La Voz del Prelado

Invocación	784
Actividades del Sr. Obispo	786

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL. Nombramientos	787
---	-----

IGLESIA EN ESPAÑA

El Apóstol Santiago, en domingo	788
Intenciones del Papa y de la CEE para el año 2005 por las que reza el Apostolado de la Oración ..	791
Jornadas y colectas eclesiales	795
Nota del Comité Ejecutivo de la CEE en favor del verdadero matrimonio	798
Solemnidad de Santiago Apóstol. Homilía-Respuesta	802

SANTA SEDE

Ángelus. Fiesta de San Pedro y San Pablo	806
Ángelus. Domingo, 4 de julio de 2004	807
Ángelus. Domingo, 11 de julio de 2004	807
Ángelus. Domingo, 18 de julio de 2004	808
Audiencia General	809
Mensaje del Papa Juan Pablo II al publicarse las actas del Congreso sobre la Inquisición	811
Mensaje de S.S. Juan Pablo II a los participantes en un Seminario sobre pobreza y globalización ...	813
Discurso a los participantes en un simposio europeo sobre «los desafíos de la educación»	814
Homilía del Santo Padre y Homilía del patriarca ecuménico Bartolomé I	815
Mensaje de Juan Pablo II para la XXV Jornada Mundial del Turismo (27 de septiembre) ..	820
Sínodo de los Obispos. XI Asamblea General Ordinaria	822

CRONICA DIOCESANA

Julio	869
-------------	-----

A VOZ DO PRELADO

INVOCACIÓN

Benaventurado Apóstolo Santiago, neste Ano Santo de 2004, primeiro do terceiro milenio, uníndonos ós peregrinos do mundo enteiro acudimos hoxe os que formámo-la gran familia da Diocese de Ourense a prostrarnos ante o teu sepulcro para darte gracias pola túa permanente protección e para pedirte a gracia de proseguir-las túas pegadas no seguimento do Señor. Nesta tarde, baixo as bóvedas desta incomparable catedral que acubilla os teus sagrados restos, sentimos dun modo moi especial a nosa secular vinculación a esta Igrexa particular de Santiago de Compostela que nos preside na caridade ás Dioceses que formámo-la Provincia Eclesiástica Compostelá en Galicia. Por elo, é esta a mellor ocasión para pedirte que sigas fortalecendo os nosos mutuos lazos de comunión, unidos á Igrexa universal na profesión da fe que ti nos predicaches.

A Diocese de Ourense foi na súa historia un terreo fértil en froitos de vida cristiá, ata o punto de que foi esta, dende os lonxanos tempos da romanización, a que foi configurando as súas terras e os seus costumes. Foron os seus santos, os seus misioneiros e as incesantes riadas de emigrantes quen expandiron polo mundo enteiro a entrañable riqueza da cultura desta nosa terra que sempre tivo na fe de Xesus Cristo o referente esencial.

Pedímo-la túa protección, Santo Apóstolo, para que intercedas ante o Señor polos nosos enfermos e anciáns; que non lles deixemos sós ou desasistidos. Queremos tamén poñer nas túas mans intercesoras as preocupacións e problemas de tódalas nosas familias. Fai que o Señor déalles forza para cumprir coa sagrada misión de se-lo fermento e o berce dunha nova sociedade. Encomendámoste así mesmo ós nosos mozos e posto que non son moitos, máis precisan a gracia do Señor para ser xenerosos e fieis á fe. Pedímoste polos nosos gobernantes. E neste ano en que celebrámo-lo Bicentenario do noso Seminario Diocesano encomendámoste especialmente ós nosos seminaristas, maiores e menores, ós nosos sacerdotes e diáconos, así como a tódolos nosos relixiosos e consagrados.

Non quixesemos importunarte coas nosas peticións, pero non poderíamos esquecer hoxe ante ti a quen nunca se esquecen de nós e da nosa terra, os nosos queridos emigrantes. Ti, que percorriches diferentes mares e continentes, compréndeslles ben porque viviches na túa propia persoa os seus problemas.

A pesar dos múltiples retos do noso mundo, o Santo Pai convídanos a renova-la esperanza e a remar mar dentro. Axúdanos a segui-la chamada da Igrexa a unha nova Evanxelización.

Quixemos peregrinar ó teu sepulcro no mes de maio, no mes de María. A devoción mariana é o gran tesouro espiritual da nosa Diocese. Ti que, como o demais apóstolos, experimentáche-la forza da protección maternal da Santísima Virxe nos momentos difíciles dos comezos da Igrexa, ponnos a todos nós no seu corazón.

Amén.

LA VOZ DEL PRELADO

INVOCACIÓN

Bienaventurado Apóstol Santiago, en este Año Santo de 2004, primero del tercer milenio, uniéndonos a los peregrinos del mundo entero acudimos hoy los que formamos la gran familia de la Diócesis de Ourense a postrarnos ante tu sepulcro para darte gracias por tu permanente protección y para pedirte la gracia de proseguir tus huellas en el seguimiento del Señor. En esta tarde, bajo las bóvedas de esta incomparable catedral que cobija tus sagrados restos, sentimos de un modo muy especial nuestra secular vinculación a esta Iglesia particular de Santiago de Compostela que nos preside en la caridad a las Diócesis que formamos la Provincia Eclesiástica Compostelana en Galicia. Por ello, es ésta la mejor ocasión para pedirte que sigas fortaleciendo nuestros mutuos lazos de comunión, unidos a la Iglesia universal en la profesión de la fe que tú nos predicaste.

La Diócesis de Ourense ha sido en su historia un terreno fértil en frutos de vida cristiana, hasta el punto de que ha sido ésta, desde los lejanos tiempos de la romanización, la que ha ido configurando sus tierras y sus costumbres. Fueron sus santos, sus misioneros y las incesantes riadas de emigrantes quienes expandieron por el mundo entero la entrañable riqueza de la cultura de ésta nuestra tierra que siempre ha tenido en la fe de Jesucristo el referente esencial.

Pedimos tu protección, Santo Apóstol, para que intercedas ante el Señor por nuestros enfermos y ancianos; que no les dejemos solos o desasistidos. Queremos también poner en tus manos intercesoras las preocupaciones y problemas de todas nuestras familias. Haz que el Señor les dé fuerza para cumplir con la sagrada misión de ser el fermento y la cuna de una nueva sociedad. Te encomendamos asimismo a nuestros jóvenes y puesto que no son muchos, más necesitan la gracia del Señor para ser generosos y fieles a la fe. Te pedimos por nuestros gobernantes. Y en este año en que celebramos el Bicentenario de nuestro Seminario Diocesano te encomendamos especialmente a nuestros seminaristas, mayores y menores, a nuestros sacerdotes y diáconos, así como a todos nuestros religiosos y consagrados.

No quisiéramos abrumarte con nuestras peticiones, pero no podríamos olvidar hoy ante ti a quienes nunca se olvidan de nosotros y de nuestra tierra, nuestros queridos emigrantes. Tú, que recorriste diferentes mares y continentes, les comprendes bien porque viviste en tu propia persona sus problemas.

A pesar de los múltiples retos de nuestro mundo, el Santo Padre nos invita a renovar la esperanza y a remar mar adentro. Ayúdanos a seguir la llamada de la Iglesia a una nueva Evangelización.

Hemos querido peregrinar a tu sepulcro en el mes de mayo, en el mes de María. La devoción mariana es el gran tesoro espiritual de nuestra Diócesis. Tú que, como lo demás apóstoles, experimentaste la fuerza de la protección maternal de la Santísima Virgen en los momentos difíciles de los comienzos de la Iglesia, ponnos a todos nosotros en su corazón.

Amén.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO**JUNIO**

Día 27: Confirmaciones en Londres (Reino Unido).

JULIO

Días 1-3: Programación Diocesana de Pastoral en Los Milagros.

Día 4: Confirmaciones en S. Pedro de Maceda.

Confirmaciones en Santa María de Cortegada.

Día 6: Inauguración de la Exposición: “*A Ribeira Sacra. Esencia de Espiritualidade de Galicia*” en la S.I.B.Catedral de S. Martín.

Día 11: Celebración Eucarística en la Parroquia de S. Benito do Rabiño (Cortegada) en el día de la fiesta de su Patrono.

Día 16: Firma de un Convenio entre la Consellería de Cultura, la Deputación de Ourense y el Obispado.

Fiesta de Nuestra Señora del Carmen en la Parroquia de Vilamaior da Xironda.

Entrevista en la COPE como Obispo Promotor del Apostolado del Mar de la Conferencia Episcopal Española.

Procesión y Eucaristía en la Parroquia de la Santísima Trinidad en la fiesta de la Virgen del Carmen.

Día 17: Predica en la S.A.M.I.Catedral de Santiago el II día de la Novena del Apóstol.

Día 18: Celebración Eucarística en Santa Mariña de Augasantas en el día de la fiesta de su Patrona.

Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 24: Reunión de la Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela.

Día 25: Misa Solemne Concelebrada en la fiesta del Apóstol Santiago en la S.A.M.I.Catedral de Santiago de Compostela.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

El Excmo. y Rvdm. Sr. Obispo de la Diócesis ha tenido a bien realizar el siguiente nombramiento.

Con fecha uno de julio de 2004:

Rvdo. D. Antonio Fernández Domínguez

ADMINISTRADOR de:

Calvos de Randín, *Santiago*.

Couso de Salas, *Santiago*.

Vila, *Santa María*.

Lobás, *San Vicente*.

Castelaus, *San Martín*.

Golpellás, *San Juan*.

Feás, *San Miguel*.

IGLESIA EN ESPAÑA

EL APÓSTOL SANTIAGO, EN DOMINGO

Julián Barrio Barrio

Arzobispo de Santiago de Compostela

Como ya es conocido, siempre que la celebración de la solemnidad litúrgica del apóstol Santiago tiene lugar en domingo, la Iglesia compostelana goza del privilegio de la convocación del Año Santo Compostelano. Así acontece este año en el que millares de peregrinos de diferentes lugares siguen llegando día a día a la catedral de Santiago deseosos de reencontrarse con la fe de los apóstoles y con los orígenes apostólicos de la tradición cristiana y animados por el propósito de renovar su vida cristiana participando en las gracias jubilares. En esta perspectiva hemos de situarnos para entender y vivir mejor la realidad y el significado del jubileo compostelano desde una lectura antropológico-católica evitando que la antropología del “homo viator” se reduzca a una mera visión político-cultural-turística, vaciada de la dimensión religiosa y espiritual.

La peregrinación en la visión cristiana

«El Camino de Santiago que conduce a la Tumba del Apóstol Santiago, en la ciudad que lleva su nombre, Santiago de Compostela, en el Finisterre galaico, desde los puntos más diversos de España y de Europa ha vuelto a cobrar inusitada actualidad en los últimos años». El peregrino jacobeo, desde el comienzo de la peregrinación, se asoma al horizonte con el modo, quizás el más católico de todos, de expresar la antropología cristiana. Sostenido por la llamada del «Invisible», lo dejaba todo; antes de partir, hacía testamento, recibía la bendición de la Iglesia y sin seguridad material se lanzaba al camino para experimentar la providencia de Dios y, de esta manera, poder encontrarse con las huellas tangibles de la apostolicidad en el lugar donde se depositaron los restos del primer apóstol mártir. El peregrino a Santiago era consciente de la dimensión penitencial, propia y característica de la peregrinación jacobea. Con los ojos puestos en el lugar donde reposa el Apóstol, es capaz de afrontar todos los peligros, pasar hambre y sed, frío y desnudez, penalidades y trabajos y también de acoger los gozos del Camino. La peregrinación es un verdadero programa de regeneración y «el estilo peregrinante es algo profundamente enraizado en la visión cristiana de la vida y de la Iglesia».

El hombre es, por esencia, “homo viator”. San Agustín describe alegóricamente en el libro 7 de la «Ciudad de Dios» este caminar, guiado por Cristo «vía, verdad y camino» hacia Cristo, cuando escribe: «Una cosa es ver la patria de la paz desde una cumbre silvestre, sin encontrar el camino hacia ella, esforzándose en balde a través

de lugares sin rutas, asediado e insidiado en derredor por desertores fugitivos con su príncipe el león y dragón; y otra cosa tener la vía que allí conduce, vía fortificada por el cuidado del celeste emperador, y donde no saltan cuantos han desertado la celeste milicia».

El Año Santo Jacobeo 2004, el primero del tercer milenio, es una llamada a recuperar el contenido esencial -en clave de evangelización- de la antropología católica. No hay que olvidar que una de las más duras críticas de Lutero recayó sobre la peregrinación a Compostela; su grito antijacobeo conllevaba una crítica a la antropología católica. En un momento en el que el proceso iniciado en el siglo XVI no ha culminado, es menester resaltar las dimensiones antropológicas de sesgo católico que se encierran en el mensaje del peregrino: la bondad de la creación y de la criatura; la amenaza y consecuencias del pecado; las posibilidades que tiene el hombre para ser sanado, convertido, perdonado; la presencia de la gracia en la creación imperfecta, creación que está en camino de llegar a la plenitud. En este momento en que se habla de la identidad europea, no olvidemos que «el destino del camino jacobeo coincidirá con el destino cristiano de Europa, dado que el jubileo compostelano es el que recogió con más hondura el sentir religioso popular de la Europa cristiana». La peregrinación a Santiago más allá del valor simplemente cultural e histórico, es un valor constitutivo y constituyente de la civilización común europea.

Peregrino de la esperanza

En la actualidad se oye con frecuencia la justa afirmación de que las etapas y acontecimientos históricos se van sucediendo hoy con mucha más rapidez que en los tiempos anteriores. Se les considera como elementos de una ley histórica cada vez más intensa, bajo la cual se encuentran también la fe cristiana y la teología en su reflexión científica.

El peregrino de nuestros días se siente «peregrino por gracia aquí abajo, ciudadano por gracia allá arriba», poniendo de relieve implícitamente que el principio de su peregrinar hacia Dios es la esperanza, esperanza que implica el futuro como su única determinación temporal adecuada. Ha de vivir inmerso en la teología de la esperanza que hace de la escatología cristiana, concebida como venidera en el futuro, el tema central de su reflexión teológica. El futuro, lo venidero, como realidad, suceso y condición que hay que esperar, es el tema de una teología que, partiendo de este principio, puede ponerlo todo en movimiento hasta conseguir iluminarlo. El nuevo principio ya no es el clásico «la fe buscando la comprensión», sino «la esperanza buscando la comprensión» y al mismo tiempo se complementa el clásico «creo para entender» con el actual «espero para entender».

A decir verdad la teología de la esperanza tiene una coordinación necesaria con la fe. Si creer es, en última instancia, acoger la Palabra, esperar es aguardar confiadamente su cumplimiento. La esperanza abre, pues, esta fe al futuro amplísimo de Cristo. De esta forma, en la vida cristiana la fe posee la prioridad, pero la esperanza

tiene la primacía. Sin el conocimiento de la fe, fundado en Cristo, la esperanza se convierte en utopía que se pierde en el vacío. Pero sin la esperanza la fe decae, se transforma en pusilanimidad y, por fin, en fe muerta. La esperanza como principio de la teología se muestra tan convincente porque se basa, en palabras del Vaticano II, en el «centro y plenitud de toda la revelación», en Jesucristo y en su resurrección de entre los muertos, compendio de todos los acontecimientos salvíficos.

La esperanza viene a expresar en su forma más gráfica el estado del cristiano y de la Iglesia: estado de caminante, de peregrino, de pueblo de Dios en marcha, que conoce la meta de su caminar, sin olvidar que aún no la ha alcanzado. La esperanza le recuerda constantemente a la Iglesia que se encuentra en camino, que no puede identificarse con el reino de Dios o anticipar su gloria, sino que está incompleta, siempre susceptible y necesitada de renovación.

La Iglesia es una comunidad de esperanza. Se entiende a sí misma como el sacramento de la esperanza para el mundo, como el lugar, signo e instrumento del espíritu de Jesucristo, quien, en palabras del evangelio de Juan, anuncia lo futuro. Sus sacramentos son, según Santo Tomás, signos precursores y anticipadores del futuro, vísperas de fiesta de la soberanía venidera de Dios.

El hombre, «peregrino por gracia» es, por consiguiente, lo que puede hacer y, sobre todo, lo que puede recibir en la relación que le viene ofrecida desde Dios. Como “homo viator” es posibilidad de llegar a ser. El instante genesíaco del hombre no se ubica ni en el pasado ni en el presente, sino en el futuro. El hoy humano es una magnitud incesantemente provocada por el mañana, provocación que suscita la invocación de ese mañana y la pretensión hacia él. Decía San Agustín: «seremos nosotros mismos, no el primero, sino el séptimo día de la creación».

El Año Jubilar Compostelano se configura como un intenso y universal movimiento de la Iglesia de carácter pastoral y espiritual, personal y comunitario, histórico y cultural, encaminado a conseguir y verificar el proceso de continua y permanente conversión que constituye el mensaje fundamental del Evangelio. En consecuencia, el Jubileo es año de solidaridad, de esperanza, de justicia y de fuerte empeño por servir a Dios edificando la paz con los hombres. El Año Jubilar es, ante todo, el año de Cristo, portador de la vida de la gracia a la humanidad. En realidad, el Jubileo no consiste en una serie de cosas por hacer, sino en vivir una gran experiencia interior. «Las iniciativas exteriores sólo tienen sentido en la medida que son expresiones de un profundo compromiso que nace en el corazón de las personas» (Juan Pablo II).

Tal vez el instrumento histórico cultural más adecuado para expresar el contenido de esperanza del Año Jubilar es el de la peregrinación. Hay que tener en cuenta que ésta recuerda la condición del hombre, a quien gusta describir la propia existencia como un camino. Del nacimiento a la muerte, la condición de cada uno es la de “homo viator”, la de hombre que camina hacia una meta con un sentido: el encuentro pleno con Dios o la salvación eterna.

En un mundo, en donde la exigencia más fuerte parece ser la búsqueda de sentido para la existencia personal y colectiva, la «patria trinitaria» cristiana se ofrece como

la meta de nuestro caminar que da luz al camino, como la compañía de nuestro presente que da fuerza al peregrinar, como la memoria de nuestros orígenes que nos hace sentirnos arraigados y fundamentados en el amor (Ef 3, 17). Al mismo tiempo, la meta de la «patria trinitaria», hacia la que peregrina el hombre sobre la tierra, denuncia la miopía de toda posesión humana e invita a la pobreza acogedora y a la perenne novedad del corazón y de la vida, estimulándole a ser continuo peregrino «para el que el día no comienza en donde acaba otro día y al que ninguna aurora encuentra en donde lo dejó el atardecer» (G. Khalil Gibran).

El Año Santo Compostelano es más que un mero símbolo exterior. Es expresión de una concepción determinada del hombre y de su relación con Dios, de la presencia de lo sacro en el corazón de nuestra civilización, de la distinción entre lo temporal y lo espiritual. Es una llamada a la esperanza cristiana que no es un ingenuo optimismo basado en el cálculo de probabilidades y que ha de resonar desde la Casa del Señor Santiago, mirando «hacia arriba» y caminando «hacia delante».

INTENCIONES DEL PAPA Y DE LA CEE PARA EL AÑO 2005 POR LAS QUE REZA EL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Enero

Intención papal general: Por cuantos actúan en Oriente Medio, para que se esfuercen cada vez más por conseguir la paz.

Intención papal misional: Para que, en los países de misión, surjan apóstoles santos y generosos, prontos para anunciar a todos el Evangelio de Cristo.

Intención de la CEE: Para que los cristianos de todas las Iglesias y confesiones caminen juntos hacia la unidad en la fe y luchen por la justicia y la paz.

Febrero

Intención papal general: Por los enfermos, en especial por los más pobres, para que se les proporcionen atenciones y cuidados médicos dignos de seres humanos.

Intención papal misional: Para que en los misioneros crezca la conciencia de que sólo mediante un amor apasionado a Cristo se puede transmitir el evangelio de modo eficaz y convincente.

Intención de la CEE: Para que todos presten su ayuda a la solución de los problemas del hambre y del subdesarrollo, causados en muchas ocasiones por la violencia y la guerra.

Marzo

Intención papal general: Para que, en sus políticas y programas de desarrollo, los gobiernos de todas las naciones tengan siempre en cuenta a los pobres, marginados y oprimidos.

Intención papal misional: Para que en las Iglesias particulares se advierta cada vez más la urgencia de preparar cristianos santos, capaces de responder a los desafíos de la nueva evangelización.

Intención de la CEE: Para que la Iglesia en España siga prestando a las Iglesias en Hispanoamérica su ayuda, tanto en personas como en recursos materiales.

Abril

Intención papal general: Para que cada vez más los cristianos vivan el domingo como el día del Señor, que se debe dedicar especialmente a Dios y al prójimo.

Intención papal misional: Para que cada comunidad cristiana se inflame con nuevo deseo de santidad, que haga florecer abundantes vocaciones marianas.

Intención de la CEE: Para que todos los bautizados unan sus oraciones por el aumento de las vocaciones a la vida sacerdotal, religiosa y consagrada.

Mayo

Intención papal general: Por los perseguidos a causa de la fe y la justicia, para que experimenten el consuelo y la fuerza del Espíritu Santo.

Intención papal misional: Para que las Obras Misionales Pontificias para la evangelización de todas las naciones, ayuden al pueblo de Dios a sentirse parte viva de las misiones exteriores.

Intención de la CEE: Para que todos los miembros del Pueblo de Dios sientan su corresponsabilidad en la vida de la Iglesia y por el mundo del trabajo.

Junio

Intención papal general: Para que nuestra sociedad ayude con gestos concretos de amor cristiano y fraterno a los millones de refugiados que se encuentran en condiciones de pobreza extrema y abandono.

Intención papal misional: Para que el sacramento de la Eucaristía sea considerado siempre el corazón palpitante de la vida de la Iglesia.

Intención de la CEE: Para que cuantos nos alimentamos con el Cuerpo eucarístico de Cristo correspondamos amando efectivamente a los demás como Él nos amó.

Julio

Intención papal general: Para que los cristianos tengan en cuenta la sensibilidad y exigencias de las persona, pero sin ocultar jamás las radicales demandas del mensaje evangélico.

Intención papal misional: Para que, en su propia condición de vida, los bautiza-

dos se afanen por transformar la sociedad, infundiendo la luz del Evangelio en las estructuras sociales.

Intención de la CEE: Para que conductores y peatones sean conscientes de la propia responsabilidad en el tráfico de nuestras carreteras y calles.

Agosto

Intención papal general: Para que la Jornada Mundial de la Juventud suscite o reavive en los jóvenes el deseo de encontrarse con Cristo y hallar en Él al guía de su vida.

Intención papal misional: Por los sacerdotes, consagrados y consagradas, seminaristas y fieles laicos de los países de misión que se forman en Roma, para que su permanencia en la “Ciudad Eterna” les enriquezca espiritualmente.

Intención de la CEE: Para que las vacaciones ayuden a que tengamos un descanso reparador, unas relaciones familiares más intensas y un reforzamiento de la vida espiritual.

Septiembre

Intención papal general: Para que el derecho a la libertad religiosa sea reconocido por los gobiernos de todos los pueblos de la tierra.

Intención papal misional: Para que la labor de anunciar el Evangelio, por parte de las Iglesias jóvenes, favorezca su profunda inserción en las culturas de los pueblos.

Intención de la CEE: Para que prestemos una acogida cristiana a los inmigrantes.

Octubre

Intención papal general: Para que los cristianos no se desalienten ante los retos de la sociedad secularizada, sino que den testimonio, con confianza plena, de su fe y esperanza.

Intención papal misional: Para que los fieles unan, al deber fundamental de la oración, el esfuerzo de contribuir también económicamente a la obra misionera.

Intención de la CEE: Para que los católicos españoles no olvidemos nuestra tradición evangelizadora y sigamos prestando a las misiones y los misioneros nuestra oración, nuestro apoyo y nuestra ayuda económica.

Noviembre

Intención papal general: Por los esposos, para que sigan el ejemplo de santidad conyugal vivida por tantas parejas que se santificaron en las condiciones ordinarias de la vida.

Intención papal misional: Para que los Pastores de tierras de misión asuman con solicitud constante la tarea de la formación permanente de sus sacerdotes.

Intención de la CEE: Para que la Iglesia diocesana sea reconocida por todos los católicos como la madre en la que han recibido y viven su fe y se sientan sus hijos colaborando con ella.

Diciembre

Intención papal general: Para que se difunda una comprensión cada vez más plena de la dignidad del hombre y de la mujer, según el proyecto del Creador.

Intención papal misional: Para que la búsqueda de Dios y la sed de la verdad lleven a los seres humanos al encuentro con el Señor.

Intención de la CEE: Para que todos los hogares cristianos sean un ejemplo de Iglesia doméstica, de convivencia familiar y de defensa de la vida en todas sus etapas.

ORACIÓN OFRECIMIENTO DIARIO POR LA HUMANIDAD

*Dios, Padre nuestro,
yo te ofrezco toda mi jornada,
mis oraciones, pensamientos, afectos y deseos,
palabras, obras, alegrías y sufrimientos,
en unión con tu Hijo Jesucristo,
que sigue ofreciéndose a Ti en la Eucaristía,
por la salvación del mundo.*

*Que el Espíritu Santo que guió a Jesús,
sea mi guía y mi fuerza en este día,
para que pueda ser testigo de tu amor.*

*Con María, la Madre del Señor y de la Iglesia,
te pido especialmente
por las intenciones del Papa
y de nuestros Obispos para este mes.*

Madrid, 30 de Julio de 2004

JORNADAS Y COLECTAS ECLESIALES -2005-

Con indicación del modo de realización de cada una

1 de enero (Santa María Madre de Dios): «Jornada por la Paz»: Jornada mundial (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.

6 de enero (Epifanía del Señor): «Colecta del catequista nativo» (pontificia: OO.MM.PP.) y «Colecta del IEME» (de la CEE; optativa). Celebración de la liturgia del día; monición justificada de la colecta y colecta.

18-25 de enero: «Octavario de Oración por la Unidad de los cristianos» (mundial y pontificio). El domingo que cae dentro del Octavario se puede celebrar la «Misa por la Unidad de los cristianos», con las lecturas del domingo.

23 de enero (Cuarto domingo de enero): «Jornada (y Colecta) de la Infancia Misionera» (mundial y pontificia: OO.MM.PP.). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; y colecta.

2 de febrero (Fiesta de la Presentación del Señor): «Jornada de la Vida Consagrada» (mundial y pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.

11 de febrero (Ntra. Señora de Lourdes): «Jornada Mundial del Enfermo» (pontificia y dependiente de la CCE, obligatoria). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles. Por «utilidad pastoral», a juicio del rector de la Iglesia o del sacerdote celebrante, se puede celebrar «La Misa por los Enfermos» (OGMR 333). La Iglesia Católica en España prolonga la campaña del día del enfermo hasta el VI domingo de Pascua, con la llamada «Pascua de Enfermos». En el año 2005 será el día 1 de mayo.

13 de febrero (Segundo domingo de febrero): «Colecta de la Campaña contra el Hambre en el Mundo» (dependiente de la C.E.E., obligatoria). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.

- 6 de marzo** (Primer domingo de marzo): «Día (y colecta) de Hispanoamérica» (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.
- 19 de marzo** (solemnidad de San José) o domingo más próximo: «Día (y colecta) del Seminario». Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.
- 25 de marzo.** Viernes Santo: «Colecta por los Santos Lugares» (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.
- 17 de abril** (Domingo IV de Pascua): «Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones» (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.
- 1 de mayo** (Primer domingo de mayo): «Jornada (y colecta) del Clero Nativo y Campaña misionera 'Primavera de la Iglesia'» (pontificia: OO.MM.PP.). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.
- 8 de mayo.** Solemnidad de la Ascensión del Señor: «Jornada Mundial (y colecta) de las Comunicaciones Sociales» (pontificia). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.
- 15 de mayo.** Solemnidad de Pentecostés: «Día de la Acción católica y del Apostolado Seglar» (dependiente de la C.E.E., optativo). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.
- 22 de mayo.** Solemnidad de la Santísima Trinidad: «Día pro Orantibus» (dependiente de la C.E.E., obligatoria). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.
- 29 de mayo.** Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo: «Día (y colecta) de Caridad»: (dependiente de la C.E.E., obligatorio). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.

- 29 de junio** (*San Pedro y San Pablo*): «*Colecta del Obolo de San Pedro*» (pontificia). Celebración de la liturgia del día; monición justificativa de la colecta y colecta.
- 3 de julio** (*Primer domingo de julio*): «*Jornada de responsabilidad del Tráfico*» (dependiente de la C.E.E., optativa). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.
- 25 de septiembre** (*Último domingo de septiembre*): «*Jornada Mundial de las Migraciones*» (pontificia): Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles. Puede celebrarse la Misa «*Por los Emigrantes y Exiliados*», por mandato o con permiso del Ordinario del lugar (cf. OGMR, 332).
- 23 de octubre** (*Penúltimo domingo de octubre*): «*Jornada Mundial (y colecta) por la evangelización de los pueblos*» (pontificia, OO.MM.PP.): Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta. Puede celebrarse la Misa «*Por la Evangelización de los pueblos*».
- 13 de noviembre** (*Domingo anterior a la solemnidad Jesucristo Rey*): «*Día (y colecta) de la Iglesia Diocesana*» (dependiente de la C.E.E., optativo). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles; colecta.
- 30 de diciembre** (*Fiesta de la Sagrada Familia*): «*Jornada por la Familia y la Vida*» (pontificia y dependiente de la C.E.E.). Celebración de la liturgia del día; alusión en la monición de entrada y en la homilía; intención en la Oración de los Fieles.

Madrid, 23 de Julio de 2004

NOTA DEL COMITÉ EJECUTIVO DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

EN FAVOR DEL VERDADERO MATRIMONIO

1. El pasado 29 de junio, el Congreso de los Diputados votó favorablemente una proposición no de Ley del Partido Socialista que solicita la equiparación legal plena de las uniones de personas del mismo sexo con el verdadero matrimonio. El Gobierno, por medio del Ministro de Justicia, se apresuró a anunciar que en septiembre remitirá a la Cámara un proyecto de Ley en este mismo sentido y que confía en que el llamado matrimonio homosexual sea posible legalmente ya para comienzos del año próximo. También se votaron varias proposiciones de Ley que legitimarían las uniones homosexuales de diversos modos.

2. Las personas homosexuales, como todos, están dotadas de la dignidad inalienable que corresponde a cada ser humano. No es en modo alguno aceptable que se las menosprecie, maltrate o discrimine. Es evidente que, en cuanto personas, tienen en la sociedad los mismos derechos que cualquier ciudadano y, en cuanto cristianos, están llamados a participar en la vida y en la misión de la Iglesia. Condenamos una vez más las expresiones o los comportamientos que lesionan la dignidad de estas personas y sus derechos; y llamamos de nuevo a los católicos a respetarlas y a acogerlas como corresponde a una caridad verdadera y coherente.

3. Con todo, ante la inusitada innovación legal anunciada, tenemos el deber de recordar también algo tan obvio y natural como que el matrimonio no puede ser contraído más que por personas de diverso sexo: una mujer y un varón. A dos personas del mismo sexo no les asiste ningún derecho a contraer matrimonio entre ellas. El Estado, por su parte, no puede reconocer este derecho inexistente, a no ser actuando de un modo arbitrario que excede sus capacidades y que dañará, sin duda muy seriamente, el bien común. Las razones que avalan estas proposiciones son de orden antropológico, social y jurídico. Las repasamos sucintamente, siguiendo de cerca las recientes orientaciones del Papa a este respecto¹.

4. a) Los significados unitivo y procreativo de la sexualidad humana se fundamentan en la *realidad antropológica* de la diferencia sexual y de la vocación al amor que nace de ella, abierta a la fecundidad. Este conjunto de significados personales hace de la unión corporal del varón y de la mujer en el matrimonio la expresión de un amor por el que se entregan mutuamente de tal modo, que esa donación recíproca llega a constituir una auténtica comunión de personas, la cual, al tiempo que plenifica sus existencias, es el lugar digno para la acogida de nuevas vidas personales. En cambio, las relaciones homosexuales, al no expresar el valor antropológico de la diferencia

sexual, no realizan la complementariedad de los sexos, ni pueden engendrar nuevos hijos.

A veces se arguye en contra de estas afirmaciones que la sexualidad puede ir hoy separada de la procreación y que, de hecho, así sucede gracias a las técnicas que, por una parte, permiten el control de la fecundidad y, por otra, hacen posible la fecundación en los laboratorios. Sin embargo, será necesario reconocer que estas posibilidades técnicas no pueden ser consideradas como sustitutivo válido de las relaciones personales íntegras que constituyen la rica realidad antropológica del verdadero matrimonio. La tecnificación deshumanizadora de la vida no es un factor de verdadero progreso en la configuración de las relaciones conyugales, de filiación y de fraternidad.

El bien superior de los niños exige, por supuesto, que no sean encargados a los laboratorios, pero tampoco adoptados por uniones de personas del mismo sexo. No podrán encontrar en estas uniones la riqueza antropológica del verdadero matrimonio, el único ámbito donde, como Juan Pablo II ha recordado recientemente al Embajador de España ante la Santa Sede, las palabras padre y madre pueden «decirse con gozo y sin engaño». No hay razones antropológicas ni éticas que permitan hacer experimentos con algo tan fundamental como es el derecho de los niños a conocer a su padre y a su madre y a vivir con ellos, o, en su caso, a contar al menos con un padre y una madre adoptivos, capaces de representar la polaridad sexual conyugal. La figura del padre y de la madre es fundamental para la neta identificación sexual de la persona. Ningún estudio ha puesto fehacientemente en cuestión estas evidencias.

b) La relevancia del único verdadero matrimonio para la vida de los pueblos es tal, que difícilmente se pueden encontrar *razones sociales* más poderosas que las que obligan al Estado a su reconocimiento, tutela y promoción. Se trata, en efecto, de una institución más primordial que el Estado mismo, inscrita en la naturaleza de la persona como ser social. La historia universal lo confirma: ninguna sociedad ha dado a las relaciones homosexuales el reconocimiento jurídico de la institución matrimonial.

El matrimonio, en cuanto expresión institucional del amor de los cónyuges, que se realizan a sí mismos como personas y que engendran y educan a sus hijos, es la base insustituible del crecimiento y de la estabilidad de la sociedad. No puede haber verdadera justicia y solidaridad si las familias, basadas en el matrimonio, se debilitan como hogar de ciudadanos de humanidad bien formada.

Si el Estado procede a dar curso legal a un supuesto matrimonio entre personas del mismo sexo, la institución matrimonial quedará seriamente afectada. Fabricar moneda falsa es devaluar la moneda verdadera y poner en peligro todo el sistema económico. De igual manera, equiparar las uniones homosexuales a los verdaderos matrimonios, es introducir un peligroso factor de disolución de la institución matrimonial y, con ella, del justo orden social.

Se dice que el Estado tendría la obligación de eliminar la secular discriminación que los homosexuales han padecido por no poder acceder al matrimonio. Es,

ciertamente, necesario proteger a los ciudadanos contra toda discriminación injusta. Pero es igualmente necesario proteger a la sociedad de las pretensiones injustas de los grupos o de los individuos. No es justo que dos personas del mismo sexo pretendan casarse. Que las leyes lo impidan no supone discriminación alguna. En cambio, sí sería injusto y discriminatorio que el verdadero matrimonio fuera tratado igual que una unión de personas del mismo sexo, que ni tiene ni puede tener el mismo significado social. Conviene notar que, entre otras cosas, la discriminación del matrimonio en nada ayudará a superar la honda crisis demográfica que padecemos.

c) Se alegan también *razones de tipo jurídico* para la creación de la ficción legal del matrimonio entre personas del mismo sexo. Se dice que ésta sería la única forma de evitar que no pudieran disfrutar de ciertos derechos que les corresponden en cuanto ciudadanos. En realidad, lo justo es que acudan al derecho común para obtener la tutela de situaciones jurídicas de interés recíproco.

En cambio, se debe pensar en los efectos de una legislación que abre la puerta a la idea de que el matrimonio entre un varón y una mujer sería sólo uno de los matrimonios posibles, en igualdad de derechos con otros tipos de matrimonio. La influencia pedagógica sobre las mentes de las personas y las limitaciones, incluso jurídicas, de sus libertades que podrán suscitarse serán sin duda muy negativas. ¿Será posible seguir sosteniendo la verdad del matrimonio, y educando a los hijos de acuerdo con ella, sin que padres y educadores vean conculcado su derecho a hacerlo así por un nuevo sistema legal contrario a la razón? ¿No se acabará tratando de imponer a todos por la pura fuerza de la ley una visión de las cosas contraria a la verdad del matrimonio?

5. Pensamos, pues, que el reconocimiento jurídico de las uniones homosexuales y, más aún, su equiparación con el matrimonio, constituiría un error y una injusticia de muy negativas consecuencias para el bien común y el futuro de la sociedad. Naturalmente, sólo la autoridad legítima tiene la potestad de establecer las normas para la regulación de la vida social. Pero también es evidente que todos podemos y debemos colaborar con la exposición de las ideas y con el ejercicio de actuaciones razonables a que tales normas respondan a los principios de la justicia y contribuyan realmente a la consecución del bien común. Invitamos, pues, a todos, en especial a los católicos, a hacer todo lo que legítimamente se encuentre en sus manos en nuestro sistema democrático para que las leyes de nuestro País resulten favorables al único verdadero matrimonio. En particular, ante la situación en la que nos encontramos, «el parlamentario católico tiene el deber moral de expresar clara y públicamente su desacuerdo y votar contra el proyecto de ley»² que pretenda legalizar las uniones homosexuales.

6. La institución matrimonial, con toda la belleza propia del verdadero amor humano, fuerte y fértil, también en medio de sus fragilidades, es muy estimada por

todos los pueblos. Es una realidad humana que responde al plan creador de Dios y que, para los bautizados, es sacramento de la gracia de Cristo, el esposo fiel que ha dado su vida por la Iglesia, haciendo de ella una madre feliz y fecunda de muchos hijos. Precisamente por eso, la Iglesia reconoce el valor sagrado de todo matrimonio verdadero, también del que contraen quienes no profesan nuestra fe. Junto con muchas personas de ideologías y de culturas muy diversas, estamos empeñados en fortalecer la institución matrimonial, ante todo, ofreciendo a los jóvenes ejemplos que seguir e impulsos que secundar. En este proyecto de una civilización del amor las personas homosexuales serán respetadas y acogidas con amor. Invocamos para todos la bendición de Dios y la ayuda de Santa María y de San José.

Madrid, 15 de julio de 2004

NOTAS

¹ Congregación para la Doctrina de la Fe, *Consideraciones acerca de los proyectos de reconocimiento legal de las uniones entre personas homosexuales* (3 de junio de 2003), Ecclesia 3165/66, 9 y 16 de agosto de 2003, 1236-1239.

² Congregación para la Doctrina de la Fe, *lugar citado*, 10.

*Solemnidad de Santiago Apóstol 2004***HOMILÍA – RESPUESTA.****EXCMO. Y RVDMO. Sr. ARZOBISPO DE SANTIAGO, MONSEÑOR
JULIÁN BARRIO BARRIO***Majestades**Queridos Sr. Cardenal y Hermanos en el Episcopado**Excmo. Cabildo Metropolitano**Excmas. e Ilmas. Autoridades**Queridos sacerdotes, miembros de Vida Consagrada y laicos**Archicofradía del Apóstol Santiago**Radioyentes y Televidentes**Queridos Peregrinos*

“Santiago bebió el cáliz del Señor y se hizo amigo de Dios”. En este Año Santo, atraídos por este testimonio “se hacen peregrinos tantos hombres y mujeres para servir a Dios y honrar al Apóstol Santiago”. Los caminos que llegan hasta esta Casa acogen a millares de personas, unas que vienen manifestando su fe y su esperanza cristiana, otras buscando el sentido de su vida. Llegan a la Tumba del amigo del Señor para encontrarse con los orígenes apostólicos de la tradición católica, dejando sobre sus hombros el abrazo de su afecto y las inquietudes y esperanzas de sus vidas, sintiéndose peregrinos por gracia.

El Apóstol Santiago compartió la suerte del Señor y siguió su ejemplo de amor y servicio, gastando la propia vida por los demás, soportando contradicciones, y no desalentándose por la incompreensión pues sabía que “mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2Cor 4,11). El “protomártir de los apóstoles” “creyó y por eso habló”, dándonos a conocer el Evangelio de la Gracia, memoria y camino de esperanza, y está contribuyendo con su patrocinio a edificar en la caridad nuestras comunidades cristianas y a mantener la unidad de la fe en los pueblos de España cuya acción misionera la difundió por otros continentes, para escribir una historia propia y al mismo tiempo abierta en la afirmación de la catolicidad eclesial que proclama por medio de la acción del Espíritu Santo que “en Cristo comienza, tiene sentido, orientación y cumplimiento toda la historia y en El se ha dicho todo” (EiE 6).

“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hec 5,29). Como los apóstoles también nosotros hemos de llenar “nuestra Jerusalén” con la enseñanza de Jesús aunque ésta no halague los oídos de quienes desean oír lo que ellos desean. En el espesor de nuestra historia hacemos memoria del Evangelio cuya aceptación

encuentra dificultad en el relativismo en que estamos sumergidos culturalmente. La revelación cristiana se ofrece, no se impone, como palabra de verdad y camino de salvación. El cambio radical de la mente y del corazón que nos pide la conversión en este Año Santo, no significa destrucción sino máximo cumplimiento de las reivindicaciones y de las expectativas presentes del hombre peregrino que busca la felicidad plena. La fe cristiana, coherentemente vivida, transforma el corazón de los hombres y ofrece el sentido profundo de la existencia, tanto personal como social, teniendo como ley suprema el mandamiento del amor para dar razón de la esperanza. Esto conlleva anunciar la fe en Cristo antes que enseñar la moral en una sociedad postcristiana porque es Cristo quien da sentido a las exigencias morales de la fe. El hombre no puede sobrevivir sin la verdad y la fuerza del cristianismo es su verdad interna. Esta es la esperanza segura del cristianismo, este es su desafío y su exigencia cuando el laicismo se presenta como dogma público fundamental y la fe es simplemente tolerada como opinión privada, aunque de este modo no es tolerada en su verdadera esencia. La doctrina social de la Iglesia considera que el sistema democrático funciona únicamente en una conciencia rectamente formada y ésta enmudece si no está orientada conforme a los valores éticos y morales fundamentales de la dignidad de la persona humana que pueden ser puestos en práctica incluso sin una explícita profesión del cristianismo. Es necesario acoger la mirada de Dios en nuestras conciencias y dejarnos alcanzar por lo trascendente para salir de nuestras indefiniciones. Configurar la sociedad respetando la ley santa de Dios reflejada en la ley natural y en la recta razón, que muestra al hombre el camino para practicar el bien y alcanzar su fin, es garantía para salvaguardar la dignidad de la persona humana y poner la base de sus derechos y de sus deberes fundamentales. Los caminos de Dios siempre favorecen la peregrinación del hombre y en ellos la misión espiritual de la Iglesia tiene “consecuencias decisivas para el desarrollo de la persona humana y para la configuración de la sociedad en la verdad, el bien y la plenitud de felicidad y vida, más acá y más allá de la muerte”.

El “amigo del Señor” nos trajo la novedad y la originalidad del cristianismo: como es la inserción de Dios en la historia, la plenitud de la revelación y la nueva visión de Dios y del hombre en relación con él. “Desde hace dos mil años, el hombre tiene algo radicalmente nuevo, que no se acaba de poseer, sino por partes, con desamor, abandono, infidelidades; algo que está delante de nosotros como algo que hay que conquistar. Algo, no se olvide, frente a nuestra libertad sin forzarla: la perspectiva cristiana”. En esta conciencia los cristianos hemos de afrontar las dificultades de nuestros tiempos con la plenitud del amor, la fecundidad de la cruz y el espíritu de las Bienaventuranzas. Es la hora de los audaces en el Espíritu llamados a mantener el ardor y la intrepidez apostólicos. “Es evidente que la Iglesia de Dios no existe para sí, ni puede vivir encerrada en sí misma, acaparada por sus problemas internos o satisfecha en la contemplación de sus propias prerrogativas” (Testigos de Cristo Dios vivo, 4). Necesitamos testigos militantes, capaces de vivir la fe sin complejos ni disfraces, en escucha y en diálogo, con altura espiritual, abiertos a Dios para transformar la

humanidad en Reino de Dios en la normalidad de la vida familiar, laboral, social, cultural y política. Cuando se olvida a Dios, la criatura misma queda obscurecida. La pérdida de la dimensión trascendente genera todas las frustraciones del hombre e impide construir un mundo que sea habitable humanamente y en el que lo esencial de lo humano no quede cercenado, pudiendo el hombre actuar en rectitud moral. Cuando la moral es considerada superflua, la corrupción es algo obvio, afectando no sólo a las personas sino también a las instituciones. Cuando la persona humana se libera de la moral, o la desplaza a lo meramente subjetivo o la manipula como puro utilitarismo, se encamina hacia la esclavitud de la tiranía, subordinando lo espiritual a lo material y la libertad al libertinaje. La laicidad, afirmación de la autonomía y de la consistencia del mundo profano en relación con la esfera religiosa, en su versión extrema se ha convertido en laicismo con la pretensión de marginar del espacio social la dimensión religiosa. Todo intento de reducir la laicidad a un espacio único no es más que una quimera irreal y contradictoria. La comunidad política y la Iglesia son entre si independientes y autónomas en su propio campo aunque están al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres a través de una sana cooperación entre ambas, pudiendo la Iglesia siempre y en todo lugar predicar la fe con verdadera libertad y emitir un juicio moral también sobre las cosas que afectan al orden político cuando lo exigen los derechos fundamentales de las personas o la salvación de las almas.

La festividad de nuestro Patrono es una llamada a fortalecer nuestro proyecto de convivencia armónica, a colaborar para que nuestros pueblos se sientan cercanos los unos a los otros, y a enriquecer nuestra unidad con la pluralidad que nos es propia. Vivimos entre el ideal y la realidad. La historia de nuestra convivencia se desenvuelve entre tensiones que suponen el saber compartir y reconocer el esfuerzo de cada generación más allá de los posibles desencuentros. Esta conciencia nos “invita a purificar la memoria de las incomprensiones del pasado, a cultivar los valores comunes y a definir y respetar las diversidades sin renunciar a los principios cristianos” (GS 65). No pueden ser el recelo, la desconfianza y el miedo que siempre degradan a los que los provocan, la razón de nuestra fuerza. Debemos ser coherentes con los valores del Evangelio que hemos recibido y que forman parte esencial de nuestra cultura y civilización. Ante los riesgos de disolución religiosa, cultural, social y política hemos de superar una conciencia derrotista que esterilizaría nuestras capacidades. Dejémonos iluminar por la luz de la Palabra de Dios, transmitida a lo largo de nuestra historia con la estela del Apóstol Santiago para afrontar los retos de una convivencia, espacio multicultural, “respetando y tutelando el bien común de una sociedad pluricentenario” donde se vivan los principios morales que garanticen el respeto sagrado a la persona que no pocas veces se siente agredida física y moralmente. No es posible entender y servir de verdad a España sin tener en cuenta las raíces cristianas, clave para interpretar la riqueza cultural de nuestra historia, más allá de toda confrontación deshumanizadora.

Jesús que nos dijo: “Yo estoy entre vosotros como el que sirve”, nos indica el camino a seguir: servir a los demás y no servirse de los demás. Asumir este

compromiso, bastaría para dar esperanza a los que carecen de ella. “El que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor” (Mt 20,26). La autenticidad y la grandeza de la autoridad se miden por la humildad, la capacidad de escucha y la verdadera vocación de servicio, teniendo en cuenta que “todos los hombres y mujeres reciben su dignidad común y esencial de Dios y con ella la capacidad de encaminarse hacia la verdad y la bondad”. La iglesia con la fuerza del Evangelio que le ha sido confiado, proclama los derechos del hombre y aprecia la defensa de estos derechos pero sabe que estamos sometidos a la tentación de pensar que se protegen plenamente nuestros derechos personales sólo cuando nos vemos libres de toda norma de la ley divina. Cuando pensamos así, los derechos se ven reducidos a simples exigencias personales y a falsas formas secularizadas de humanismo que siembran confusión y debilidad moral distorsionando el plan de Dios sobre el amor y la fidelidad, sobre el respeto a la vida en todas sus etapas naturales, sobre la vivencia del tesoro de la afectividad y sobre el matrimonio, esencialmente heterosexual y base ineludible de la familia, cuya quiebra supone la quiebra de la sociedad haciéndola vulnerable a intereses que nada tienen que ver con el bien común.

Acollo a vosa ofrenda, Maxestades, encomendando á intercesión do Apóstolo Santiago a tódolos pobos de España e de xeito especial ó pobo galego, ás persoas que perderon a súa vida por causa dos atentados terroristas, e ás que sofren as consecuencias físicas o morais. Pido para tódolos nosos gobernantes fortaleza, xenerosidade e constancia na búsqueda do ben común e da renovación ética e moral da nosa sociedade. Que o desexo de paz en tódolos países do mundo se faga realidade. Co patrocinio do Apóstolo, pido a bendición de Deus sobre as súas Maxestades e sobre toda a Familia Real, sempre sensibles a toda realidade que afecta ó noso pobo. “A nosa terra dará o seu froito porque nos bendí o Señor noso Deus” (Ps 66). Deus nos axuda e tamén o Apóstolo Santiago.

SANTA SEDE

ÁNGELUS

Fiesta de San Pedro y San Pablo

Martes 29 de junio de 2004

1. La Iglesia celebra la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo: el pescador de Galilea, que fue el primero en confesar la fe en Cristo; y el maestro y doctor, que anunció la salvación a los gentiles (cf. *Prefacio*). Por voluntad de la divina Providencia, ambos llegaron a Roma, donde sufrieron el martirio en el lapso de pocos años. Desde entonces la ciudad, que era la capital de un gran imperio, fue llamada a otra gloria: albergar la *Sede apostólica*, que *preside la misión universal de la Iglesia* de difundir por el mundo el Evangelio de Cristo, Redentor del hombre y de la historia.

2. En este año, la actual solemnidad se ha visto enriquecida con la presencia de *Su Santidad Bartolomé I, Patriarca ecuménico de Constantinopla*, a quien hace poco he tenido la alegría de acoger y saludar. Su grata visita tiene un motivo particular: *hace cuarenta años*, precisamente en enero de 1964, *el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I* se encontraron en Jerusalén y se intercambiaron un abrazo fraterno. Ese abrazo se ha convertido en un símbolo de la anhelada reconciliación entre la Iglesia católica y las Iglesias ortodoxas, así como en profecía de esperanza en el camino hacia la unidad plena entre todos los cristianos.

He invitado al Patriarca ecuménico Bartolomé I a participar en la santa misa que presidiré esta tarde, a las 18.00 horas, en la plaza de San Pedro. Juntos tendremos la homilía y proclamaremos la profesión común de fe. También durante la celebración de esta tarde tendré la alegría de imponer *el «palio» a los arzobispos metropolitanos* nombrados durante el último año. Es un signo tradicional de comunión entre la Sede de Roma y las Iglesias esparcidas por el mundo, que se enmarca muy bien en el contexto de la fiesta de los apóstoles san Pedro y san Pablo.

3. A los dos insignes Patronos encomiendo de modo especial *la amada diócesis de Roma*, así como la comunidad civil de la capital. Invocando su intercesión, junto con la de María santísima, *Salus populi romani*, oremos para que todo hombre y toda mujer acojan el mensaje de amor por el que san Pedro y san Pablo sufrieron el martirio.

ÁNGELUS

Domingo 4 de julio de 2004

1. Siento en mi corazón un profundo agradecimiento a Dios por la reciente visita del Patriarca ecuménico de Constantinopla, Su Santidad Bartolomé I, a quien durante los días pasados tuve la alegría de acoger en el Vaticano, acompañado por un cualificado séquito. Celebramos juntos la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo, conmemorando el histórico encuentro entre nuestros venerados predecesores Pablo VI y Atenágoras I, que tuvo lugar hace cuarenta años en Jerusalén.

Además, firmamos una *Declaración común*, que confirma y estimula el compromiso de católicos y ortodoxos al servicio de la gran causa de la comunión plena de los cristianos.

2. Reconociendo los pasos positivos dados hasta ahora y sin olvidar los obstáculos que aún subsisten, *reafirmamos la voluntad de proseguir, más aún, de intensificar el diálogo ecuménico*, tanto en el ámbito de las relaciones fraternas («diálogo de la caridad») como en el de la confrontación doctrinal («diálogo de la verdad»).

Con este espíritu, pudimos afrontar algunos problemas y malentendidos surgidos recientemente, ofreciendo un *signo concreto de cómo los cristianos pueden y deben colaborar siempre*, a pesar de las divisiones y los conflictos. Se trata de un modo elocuente de anunciar el evangelio de la paz en un mundo marcado, lamentablemente, por desequilibrios y violencias.

Asimismo, durante el encuentro se manifestó la convicción de que católicos y ortodoxos están llamados a trabajar juntos para lograr que *el continente europeo no olvide sus raíces cristianas*. Sólo así Europa podrá desempeñar plenamente su papel en el diálogo entre las civilizaciones y en la promoción global de la justicia, la solidaridad y la salvaguardia de la creación.

3. Quiera Dios que se cumplan los propósitos formulados durante este encuentro. Los encomendamos a la intercesión maternal de María santísima.

ÁNGELUS

Domingo 11 de julio de 2004

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Os saludo con afecto a todos los que habéis venido a Les Combes para compartir conmigo la acostumbrada cita dominical del Ángelus. Doy sinceramente las gracias

al alcalde de Introd y a sus colaboradores por la amable acogida, así como a las autoridades regionales y provinciales y a cuantos, durante estos días, me garantizan a mí y a mis colaboradores una serena estancia entre estas hermosas montañas del Valle de Aosta.

Saludo en particular y expreso mi cordial agradecimiento al obispo de Aosta, monseñor Giuseppe Anfossi, y a toda la comunidad eclesial de la *Vallée*. Con especial afecto pienso en los enfermos y en quienes atraviesan más dificultades y necesidades.

Saludo al cardenal arzobispo de Turín y a los hermanos en el episcopado, y les agradezco su presencia.

2. En este remanso de paz, ante el maravilloso espectáculo de la naturaleza, se experimenta fácilmente cuán benéfico es *el silencio*, un bien hoy cada vez más raro. Las numerosas oportunidades de relación y de información que ofrece la sociedad moderna amenazan a veces con quitar espacio al recogimiento, impidiendo a las personas *reflexionar* y *orar*. En realidad, sólo *en el silencio* el hombre logra *escuchar en lo más profundo de la conciencia la voz de Dios*, que verdaderamente *lo hace libre*. Y las vacaciones pueden ayudar a redescubrir y a cultivar esta indispensable dimensión interior de la existencia humana.

3. Ciertamente, María santísima es el modelo perfecto de escucha de Dios, que habla al corazón humano. A ella nos dirigimos, pensando en los santuarios marianos del Valle de Aosta y en las imágenes de la Virgen que se encuentran en las calles y a lo largo de los senderos. En particular, bendigo la estatua de la «Virgen del Gran Paraíso», restaurada cincuenta años después de su colocación en la cima de esa majestuosa montaña. María, a la que dentro de algunos días celebraremos como Reina del Monte Carmelo, nos ayude a captar en la belleza de la creación un reflejo de la gloria divina, y nos impulse a tender con todas nuestras energías hacia la cumbre espiritual de la santidad.

ÁNGELUS

Castelgandolfo, domingo 18 de julio de 2004

1. Ayer volví, tras mi breve estancia en el Valle de Aosta, y hoy la cita del Ángelus me brinda inmediatamente la oportunidad de saludaros a todos vosotros, aquí presentes.

En este domingo, la liturgia vuelve a proponer a nuestra meditación el episodio evangélico de la visita de Jesús a la casa de *Marta y María* (cf. *Lc 10, 38-*

42). Mientras Marta se afana en los quehaceres domésticos, María está sentada a los pies del Maestro y escucha su palabra. Cristo afirma que María «ha escogido la parte mejor, y no se la quitarán» (Lc 10, 42). *Escuchar la palabra de Dios* es lo más importante en nuestra vida.

2. Cristo está siempre en medio de nosotros y desea hablar a nuestro corazón. Podemos escucharlo meditando con fe en la sagrada Escritura, recogiéndonos en oración privada y comunitaria, y permaneciendo en silencio ante el sagrario, desde el cual él nos habla de su amor.

Especialmente el *domingo*, los cristianos están llamados a encontrar y a escuchar al Señor. Esto sucede del modo más pleno mediante la participación en la santa misa, en la que Cristo prepara para los fieles la mesa de la Palabra y del Pan de vida. Pero también otros momentos de oración y reflexión, de descanso y fraternidad pueden ser muy útiles para santificar el *día del Señor*.

3. Cuando, por la acción del Espíritu Santo, Dios habita en el corazón del creyente, resulta más fácil servir a los hermanos. Así ocurrió de modo singular y perfecto con María santísima. A ella le encomendamos este tiempo de vacaciones, a fin de que se valore como tiempo propicio para redescubrir el primado de la vida interior.

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 21 de julio de 2004

Promesa de cumplir los mandamientos de Dios

1. Después de la pausa con ocasión de mi estancia en el Valle de Aosta, reanudamos ahora, en esta audiencia general, nuestro itinerario a lo largo de los salmos que nos propone la *liturgia de las Vísperas*. Hoy reflexionamos sobre la decimocuarta de las veintidós estrofas que componen el salmo 118, grandioso himno a la ley de Dios, expresión de su voluntad. El número de las estrofas corresponde a las letras del alfabeto hebreo e indica plenitud; cada una de ellas se compone de ocho versículos y de palabras que comienzan con la correspondiente letra del alfabeto en sucesión.

En la estrofa que hemos escuchado, las palabras iniciales de los versículos comienzan con la letra hebrea *nun*. Esta estrofa se encuentra iluminada por la brillante imagen de su primer versículo: «Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero» (v. 105). El hombre se adentra en el itinerario a menudo oscuro de la vida, pero repentinamente el esplendor de la palabra de Dios disipa las tinieblas.

También el salmo 18 compara la ley de Dios con el sol, cuando afirma que «la norma del Señor es límpida y da luz a los ojos» (v. 9). En el *libro de los Proverbios* se reafirma que «el mandato es una lámpara y la lección una luz» (*Pr* 6, 23). Precisamente con esa imagen Cristo mismo presentará su persona como revelación definitiva: «Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jn* 8, 12).

2. El salmista continúa su oración evocando los sufrimientos y los peligros de la vida que debe llevar y que necesita ser iluminada y sostenida: «¡Estoy tan afligido, Señor! Dame vida según tu promesa. (...) Mi vida está en peligro; pero no olvido tu voluntad» (*Sal* 118, 107. 109).

Toda la estrofa está marcada por un sentimiento de angustia: «Los malvados me tendieron un lazo» (v. 110), confiesa el orante, recurriendo a una imagen del ámbito de la caza, frecuente en el Salterio. El fiel sabe que avanza por las sendas del mundo en medio de peligros, afanes y persecuciones. Sabe que las pruebas siempre están al acecho. El cristiano, por su parte, sabe que cada día debe llevar la cruz a lo largo de la subida a su Calvario (cf. *Lc* 9, 23).

3. A pesar de todo, el justo conserva intacta su fidelidad: «Lo juro y lo cumpliré: guardaré tus justos mandamientos (...). No olvido tu voluntad (...). No me desvíe de tus decretos» (*Sal* 118, 106. 109. 110). La paz de la conciencia es la fuerza del creyente; su constancia en cumplir los mandamientos divinos es la fuente de la serenidad.

Por tanto, es coherente la declaración final: «Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón» (v. 111). Esta es la realidad más valiosa, la «herencia», la «recompensa» (v. 112), que el salmista conserva con gran esmero y amor ardiente: las enseñanzas y los mandamientos del Señor. Quiere ser totalmente fiel a la voluntad de su Dios. Por esta senda encontrará la paz del alma y logrará atravesar el túnel oscuro de las pruebas, llegando a la alegría verdadera.

4. A este respecto, son muy iluminadoras las palabras de san Agustín, el cual, comentando precisamente el salmo 118, desarrolla al comienzo el tema de la alegría que brota del cumplimiento de la ley del Señor. «Este larguísimo salmo, desde el inicio, nos invita a la felicidad, la cual, como es sabido, constituye la esperanza de todo hombre. En efecto, ¿puede haber alguien que no desee ser feliz? ¿ha habido o habrá alguien que no lo desee? Pero si esto es verdad, ¿qué necesidad hay de invitaciones para alcanzar una meta a la que el corazón humano tiende espontáneamente? (...) ¿No será tal vez porque, aunque todos aspiramos a la felicidad, la mayoría ignora el modo como se consigue? Sí, precisamente esta es la lección de aquel que dice: «Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor».

«Al parecer, quiere decir: Sé lo que quieres; sé que buscas la felicidad. Pues bien, si quieres ser feliz, lleva una vida intachable. Lo primero lo buscan todos; pero son

pocos los que se preocupan de lo segundo, sin lo cual no se puede conseguir aquello que es la aspiración común. ¿Cómo llevar una vida intachable si no es caminando en la voluntad del Señor? Por tanto, dichosos los que con vida intachable caminan en la voluntad del Señor. Esta exhortación no es superflua, sino necesaria para nuestro espíritu» (*Esposizioni sui Salmi*, III, Roma 1976, p. 1113).

Hagamos nuestra la conclusión del gran obispo de Hipona, que reafirma la permanente actualidad de la felicidad prometida a quienes se esfuerzan por cumplir fielmente la voluntad de Dios.

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II AL PUBLICARSE LAS ACTAS DEL CONGRESO SOBRE LA INQUISICIÓN

*Al venerado hermano
Señor cardenal
ROGER ETCHEGARAY
ex presidente del Comité
para el gran jubileo del año 2000*

1. He recibido con gran aprecio el libro que recoge las *Actas* del Congreso internacional sobre la Inquisición, organizado en el Vaticano del 29 al 31 de octubre de 1998 por la comisión histórico-teológica del Comité para el gran jubileo del año 2000.

Ese Congreso respondía al deseo que expresé en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*: «Así, es justo que (...) la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas *formas de antitestimonio y de escándalo*» (n. 33).

En la opinión pública la imagen de la *Inquisición* representa casi el símbolo de ese antitestimonio y escándalo. ¿En qué medida esta imagen es fiel a la realidad? Antes de pedir perdón, es necesario tener un conocimiento exacto de los hechos y situar las faltas con respecto a las exigencias evangélicas allí donde se encuentran efectivamente. Por esta razón, el Comité se dirigió a historiadores cuya competencia científica se reconoce universalmente.

2. La insustituible contribución de los historiadores representa, para los teólogos, una invitación a reflexionar sobre las condiciones de vida del pueblo de Dios en su camino histórico.

Una distinción guiará la reflexión crítica de los teólogos: la distinción entre el auténtico *sensus fidei* y la mentalidad dominante en una época determinada, que puede haber influido en su opinión.

El *sensus fidei* es el que debe proporcionar los criterios para un juicio equilibrado sobre el pasado de la vida de la Iglesia.

3. Este discernimiento es posible precisamente porque con el paso del tiempo la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, percibe con una conciencia cada vez más viva cuáles son las exigencias de su conformidad con el Esposo. Así, el concilio Vaticano II pudo expresar la «regla de oro» que orienta la defensa de la verdad, tarea que corresponde a la misión del Magisterio: «La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas» (*Dignitatis humanae*, 1. Esta afirmación está citada en la Tertio millennio adveniente, 35).

La institución de la Inquisición fue abolida. Como dije a los participantes en el Congreso, los hijos de la Iglesia no pueden dejar de considerar, con espíritu de arrepentimiento, la «aceptación, manifestada especialmente en algunos siglos, de métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad» (n. 4: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de noviembre de 1998, p. 2; cf. Tertio millennio adveniente, 35).

Es evidente que este espíritu de arrepentimiento conlleva el firme propósito de buscar en el futuro los caminos del testimonio evangélico que es preciso dar a la verdad.

4. El 12 de marzo de 2000, con ocasión de la celebración litúrgica que marcó la *Jornada del perdón*, se pidió perdón por los errores cometidos en el servicio a la verdad a través del recurso a métodos no evangélicos. La Iglesia debe desempeñar este servicio imitando a su Señor, manso y humilde de corazón. La oración que dirigí en esa ocasión a Dios contiene los motivos de una petición de perdón que vale tanto para los dramas vinculados a la Inquisición como para las heridas de la memoria, que son su consecuencia.

«Señor, Dios de todos los hombres, en algunas épocas de la historia los cristianos a veces han transigido con métodos de intolerancia y no han seguido el gran mandamiento del amor, desfigurando así el rostro de la Iglesia, tu Esposa. Ten misericordia de tus hijos pecadores y acepta nuestro propósito de buscar y promover la verdad en la dulzura de la caridad, conscientes de que la verdad sólo se impone con la fuerza de la verdad misma. Por Cristo nuestro Señor».

El hermoso libro de las *Actas* del Congreso se inserta en el espíritu de esta petición de perdón. Dando las gracias a todos los participantes, invoco sobre ellos la bendición divina.

Vaticano, 15 de junio de 2004

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN UN SEMINARIO SOBRE POBREZA Y GLOBALIZACIÓN

A mi venerable hermano

Cardenal RENATO RAFFAELE MARTINO

Presidente del Consejo pontificio Justicia y paz

Me ha complacido ser informado del seminario internacional sobre «Pobreza y globalización: financiación para el desarrollo, incluyendo los objetivos para el desarrollo en el milenio», que se celebrará el viernes 9 de julio de 2004 organizado por el Consejo pontificio Justicia y paz. A la vez que expreso mi cordial saludo a su eminencia, a los representantes del Gobierno y a los demás distinguidos participantes, presentes en Roma para esta ocasión, quisiera aseguraros mis oraciones y mi aliento para esta actividad tan importante.

Las condiciones de extrema pobreza que afligen a millones de personas son motivo de gran preocupación para la comunidad internacional. Como es natural, la Iglesia, comprometida en una «opción preferencial por los pobres», comparte esta preocupación y apoya con decisión el plan del milenio de reducir a la mitad, en el año 2015, el número de personas que viven en pobreza.

A través de los numerosos organismos católicos de ayuda y desarrollo, la Iglesia da su contribución a la labor de asistencia, continuando así la obra de Cristo mismo, que vino para anunciar la buena nueva a los pobres, para dar de comer a los que tienen hambre, para servir y no para ser servido. Lo que hace falta ahora es una nueva «creatividad» de la caridad (cf. *Novo millennio ineunte*, 50), a fin de encontrar medios cada vez más eficaces para lograr una distribución más justa de los recursos del mundo.

Ya se ha hecho mucho para reducir el peso de la deuda que aflige a los países pobres, pero es necesario hacer más para que las naciones en vías de desarrollo eviten los efectos paralizantes de la infra-inversión y para que los países desarrollados cumplan su deber de solidaridad con sus hermanos y hermanas menos favorecidos en otras partes del mundo. A corto y medio plazo, un compromiso para incrementar la ayuda procedente del exterior parece el único camino futuro, y por eso la Iglesia recomienda la búsqueda de soluciones innovadoras, como los *Servicios internacionales de finanzas*. Asimismo, promueve otras iniciativas patrocinadas en muchas partes del mundo tanto por las diversas organizaciones de las Naciones Unidas como por los diferentes gobiernos. Al mismo tiempo, el apoyo económico de las naciones ricas impone al destinatario la obligación de demostrar transparencia y sentido de responsabilidad en el uso de esa ayuda. Confío en que los Gobiernos, tanto de los países ricos como de los pobres, se tomen en serio sus responsabilidades recíprocas y con sus pueblos.

Esperando que vuestros importantes debates den abundantes frutos, invoco la luz del Señor sobre todos los que participan en ese seminario y de corazón imparto mi bendición apostólica.

Vaticano, 5 de julio de 2004

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN UN SIMPOSIO EUROPEO SOBRE EL TEMA «LOS DESAFÍOS DE LA EDUCACIÓN»

Sábado 3 de julio de 2004

Monseñor;
queridos amigos:

1. Saludo cordialmente a los profesores, a los educadores y a los padres, que representan aquí a las universidades y a las asociaciones pedagógicas, así como a los responsables de la pastoral escolar y universitaria de las Conferencias episcopales de Europa. Agradezco a monseñor Cesare Nosiglia, presidente de la Comisión de la Conferencia episcopal italiana para la educación católica, la escuela y la universidad, sus palabras y su compromiso en la realización del simposio titulado: «Los desafíos de la educación».

2. Me agrada la atención que prestáis a las cuestiones que conciernen a la educación, particularmente importantes hoy en Europa, donde numerosos jóvenes están desorientados. Las políticas educativas de los Estados no logran encontrar nuevas perspectivas para afrontar las dificultades de los adolescentes, en su vida personal o en el marco social. Las necesidades económicas impulsan a menudo a privilegiar la enseñanza escolar, en detrimento de la educación integral de los jóvenes. Para dar un futuro a la juventud, es importante que la educación se entienda como la búsqueda del desarrollo integral y armonioso de la persona, de la maduración de la conciencia moral para discernir el bien y obrar en consecuencia, y como una atención a la dimensión espiritual del joven en crecimiento. El continente europeo tiene una gran tradición humanista que, a lo largo de los siglos, ha transmitido los valores espirituales y morales que encuentran en las raíces cristianas su referencia fundamental y su sentido pleno.

3. En todos los lugares donde viven los estudiantes, la educación debe permitirles convertirse cada día más en hombres y mujeres, «ser» cada vez más y no sólo «tener» cada vez más. La formación escolar es uno de los aspectos de la educación, pero no puede reducirse a ella. Debe reforzarse sin cesar el nexo esencial entre todos los aspectos de la educación. La unidad de la actividad educativa llevará a una unidad cada vez mayor de la personalidad y de la vida de los adolescentes. Conviene que todos -padres, profesores, educadores y equipos de capellanía- se movilicen y trabajen juntos en favor de los jóvenes. También han de recordar que deben sostener lo que enseñan con el testimonio de su vida. En efecto, los jóvenes son sensibles al testimonio de los adultos, que para ellos son modelos. La familia sigue siendo el lugar primordial de la educación.

4. La falta de esperanza de los jóvenes está muy acentuada hoy, aunque tengan muchos anhelos, como he podido percibir sobre todo durante las Jornadas mundiales de

la juventud. En la exhortación apostólica *Ecclesia in Europa*, afirmé que «en la raíz de la pérdida de la esperanza está el *intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*», dando al hombre el lugar de Dios. «El olvido de Dios ha conducido al abandono del hombre» (n. 9). La verdadera educación debe partir de la verdad sobre el hombre, de la afirmación de su dignidad y de su vocación trascendente. Ver a todo joven a través de este prisma antropológico significa querer ayudarle a desarrollar lo mejor de sí mismo, para que realice, ejercitando todas sus capacidades, lo que Dios quiere de él.

5. La comunidad cristiana debe desempeñar también un papel en la actividad educativa. Tiene la tarea de transmitir los valores cristianos y dar a conocer la persona de Cristo, que llama a cada uno a una vida cada vez más hermosa y al descubrimiento de la salvación y de la felicidad que nos ofrece. Los cristianos no han de tener miedo de anunciar a las nuevas generaciones a Cristo, fuente de esperanza y luz en su camino. También deben acoger a los adolescentes y a sus familias, escucharlos y ayudarles, aunque esto sea a menudo exigente. La educación de la juventud es tarea de todas las comunidades cristianas y de toda la sociedad. A nosotros nos corresponde proponerles los valores fundamentales, para que sean responsables de sí mismos y participen en la construcción de la sociedad. Deseo que vuestro simposio dé un nuevo impulso a la actividad educativa en los diferentes países europeos. Encomendándoos a la Virgen María, os imparto a todos la bendición apostólica.

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II Y HOMILÍA DEL PATRIARCA ECUMÉNICO BARTOLOMÉ I

Martes 29 de junio de 2004

Después del Evangelio, Juan Pablo II presentó así al Patriarca ecuménico, introduciendo su homilía:

Amadísimos hermanos y hermanas, el pasaje del Evangelio, que acabamos de escuchar en latín y griego, nos invita a profundizar en el significado de esta fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Deseo invitaros ahora a escuchar las reflexiones que el Patriarca ecuménico, Su Santidad Bartolomé I, nos propondrá, teniendo presente que ambos hablamos de unidad.

Homilía del Patriarca ecuménico Bartolomé I

Santidad:

Con sentimientos de alegría y de tristeza, venimos a Vuestra Santidad durante este importante día de la fiesta de los apóstoles San Pedro y San Pablo, para manifestar

nuestro amor a la persona de Vuestra Santidad y a todos los miembros de la Iglesia hermana de Roma, que celebra la fiesta de sus patronos. A la vez que compartimos vuestra alegría, sentimos tristeza porque falta lo que hubiera colmado la alegría de ambos, es decir, el restablecimiento de la plena comunión entre nuestras Iglesias.

Hoy centramos nuestra atención en el feliz 40º aniversario del encuentro, celebrado en Jerusalén en el año 1964, de nuestros predecesores de venerada memoria, un encuentro que puso fin al camino de nuestro mutuo alejamiento y constituyó el inicio de un nuevo camino de acercamiento de nuestras Iglesias.

Durante este nuevo camino se han dado muchos pasos hacia el acercamiento recíproco. Se han entablado diálogos, se han realizado encuentros, se han intercambiado cartas; el amor ha crecido, pero aún no hemos llegado a la meta anhelada. En cuarenta años no ha sido posible superar las divergencias que se han acumulado durante más de novecientos años.

La esperanza -que va unida a la fe y al amor, que siempre espera- es uno de los dones importantes de Dios. También nosotros esperamos que lo que no ha sido posible hasta hoy se obtenga en el futuro, y ojalá que sea en un futuro próximo. Tal vez sea un futuro lejano, pero nuestra esperanza y nuestro amor no deben quedar restringidos en breves límites temporales. Nuestra presencia hoy, aquí, expresa con evidencia nuestro deseo sincero de eliminar todos los obstáculos eclesiales que no sean dogmáticos o esenciales, para que nuestro interés se centre en el estudio de las diferencias esenciales y de las verdades dogmáticas que hasta hoy dividen a nuestras Iglesias, así como en el modo de vivir la verdad cristiana de la Iglesia unida.

Sin pretender unir nuestro nombre a metas que sólo el Espíritu Santo puede obtener, no atribuyamos a nuestras acciones una eficacia mayor que la que Dios tenga a bien darles. Sin embargo, manifestando nuestro deseo, trabajemos incansablemente para conseguir lo que cada día pedimos en nuestra oración: «la unión de todos». Conscientes de que nuestro Señor Jesucristo nos manifestó en la oración sacerdotal cuán necesaria es nuestra unidad, para que el mundo crea que él viene de Dios, colaboramos con vosotros para alcanzar esta unidad, y exhortamos a todos a orar con fervor por el éxito de nuestros esfuerzos comunes.

Amadísimos cristianos, la unidad de las Iglesias, de la que hablamos y por la que pedimos vuestras oraciones, no es una unión mundana, como las de los Estados, de las asociaciones de personas y de organismos, en las que se crea una unión organizativa más elevada. Ese tipo de unión es muy fácil de conseguir y todas las Iglesias ya han creado diversas organizaciones, en cuyo ámbito colaboran en distintos sectores.

La unidad a la que las Iglesias aspiran es una búsqueda espiritual orientada a vivir juntos la comunión espiritual con la persona de nuestro Señor Jesucristo. Podrá conseguirse cuando todos tengamos «la mente de Cristo», «el amor de Cristo», «la fe de Cristo», «la humildad de Cristo», «la disposición de Cristo al sacrificio» y, en general, cuando vivamos todo lo que es de Cristo como él lo vivió, o al menos cuando anhelemos sinceramente vivir como él quiere que vivamos.

En este delicadísimo esfuerzo espiritual emergen dificultades debidas a que la mayor parte de nosotros, los hombres, muy a menudo presentamos nuestras posiciones, opiniones y valoraciones como si fueran expresión de la mente, del amor y, en general, del espíritu de Cristo. Dado que estas opiniones y valoraciones personales, y a veces también las vivencias personales, no coinciden ni entre sí ni con la vida de Cristo, surgen las discordias. De buena fe, mediante los diálogos intereclesiales, tratamos de comprendernos mutuamente con sobreabundancia de amor; como también tratamos de constatar en qué y por qué se diferencian nuestras vivencias, que se expresan con diversas formulaciones dogmáticas. No hagamos discursos abstractos sobre cuestiones teóricas, acerca de las cuales nuestra posición no tiene consecuencias para la vida. Busquemos entre las muchas vivencias, que se expresan con diversas formulaciones, lo que manifiesta correctamente, o al menos lo más perfectamente posible, el espíritu de Cristo.

Recordad el comportamiento de los dos discípulos de Cristo cuando fue rechazado por algunos habitantes de cierta región. Los dos discípulos se indignaron y preguntaron a Cristo si podían pedir a Dios que hiciera bajar fuego del cielo contra los que se habían negado a acogerlo. La respuesta del Señor fue la que se ha dado a muchos cristianos a lo largo de los siglos: «No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas» (*Lc 9, 55-56*). En muchas ocasiones, algunos fieles, en el decurso de los siglos, han pedido a Cristo que apruebe obras que no estaban de acuerdo con su *mente*. Más aún, han atribuido a Cristo sus propias opiniones y enseñanzas, sosteniendo unos y otros que interpretaban el espíritu de Cristo. De allí han surgido discordias entre los fieles, que, como consecuencia, se han dividido en grupos, asumiendo la forma actual de las diversas Iglesias.

Hoy los esfuerzos comunes tienden a vivir el espíritu de Cristo del modo que él aprobaría si se le consultara. Esos esfuerzos presuponen pureza de corazón, finalidades desinteresadas, santa humildad; en pocas palabras, santidad de vida. Contrastes acumulados e intereses seculares no nos permiten ver claramente y retrasan la comprensión común del espíritu de Cristo, tras la cual llegará la tan anhelada unidad de las Iglesias, como su unión en Cristo, en el mismo espíritu, en el mismo Cuerpo y en su misma Sangre. Naturalmente, desde el punto de vista espiritual, no tiene sentido la aceptación y la realización de una unión exterior, cuando sigue existiendo la divergencia con respecto al espíritu.

Así se comprende que no se ha de buscar igualar las tradiciones, los usos y las costumbres de todos los fieles, sino que se ha de buscar sólo vivir en común la persona del uno y único e inmutable Jesucristo, en el Espíritu Santo, la comunión vital del acontecimiento de la Encarnación del Logos de Dios, y de la venida del Espíritu Santo a la Iglesia, así como vivir en común el acontecimiento de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, que lo recapitula todo en sí mismo. Esta vivencia espiritual que buscamos constituye la vivencia suprema del hombre, representa su unión con Cristo y, por consiguiente, el diálogo sobre este punto es el más importante de todos. Por eso hemos pedido y pedimos a los cristianos que oren con fervor a nuestro Señor Jesucristo para que oriente los corazones a alcanzar la meta de esa aspiración, de modo que, una vez

obtenida, podamos festejar juntos, con la gracia de Dios, todas las celebraciones eclesiales en plena comunión espiritual y alegría. Amén.

* * *

Homilía del Santo Padre Juan Pablo II

1. «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo» (*Mt 16, 16*). Tras la pregunta del Señor, Pedro, también en nombre de los demás Apóstoles, hace su profesión de fe.

En ella se afirma el fundamento seguro de nuestro camino hacia la comunión plena. En efecto, si queremos la unidad de los discípulos de Cristo, debemos *recomenzar desde Cristo*. Como a Pedro, también a nosotros se nos pide que confesemos que él es la piedra angular, la Cabeza de la Iglesia. En la carta encíclica *Ut unum sint* escribí: «Crear en Cristo significa querer la unidad; querer la unidad significa querer la Iglesia; querer la Iglesia significa querer la comunión de gracia que corresponde al designio del Padre desde toda la eternidad» (n. 9).

2. *Ut unum sint!* De aquí brota nuestro compromiso de comunión, en respuesta al ardiente deseo de Cristo. No se trata de una vaga relación de buenos vecinos, sino del *vínculo indisoluble de la fe teologal, por el que estamos destinados no a la separación, sino a la comunión*.

Hoy vivimos con dolor lo que, a lo largo de la historia, ha roto nuestro vínculo de unidad en Cristo. Desde esta perspectiva, nuestro encuentro de hoy no es sólo un gesto de cortesía, sino una respuesta al mandato del Señor. Cristo es la Cabeza de la Iglesia y nosotros queremos seguir haciendo juntos todo lo humanamente posible para superar lo que aún nos divide y nos impide comulgar con el mismo Cuerpo y Sangre del Señor.

3. Con estos sentimientos, deseo expresarle profunda gratitud a usted, Santidad, por su presencia y por las reflexiones que ha querido proponernos. También me alegra celebrar con usted el recuerdo de san Pedro y san Pablo, que este año coincide con el cuadragésimo aniversario del *bendito encuentro celebrado en Jerusalén, el 5 y 6 de enero de 1964, entre el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I*.

Santidad, deseo agradecerle de corazón el haber aceptado mi invitación a hacer visible y reafirmar hoy, con este encuentro, el espíritu que animaba a aquellos dos peregrinos singulares, que dirigieron sus pasos el uno hacia el otro, y eligieron abrazarse por primera vez precisamente en el lugar donde nació la Iglesia.

4. Aquel encuentro no puede ser sólo un recuerdo. *Es un desafío para nosotros*. Nos indica el camino del redescubrimiento recíproco y la reconciliación. Ciertamente, se trata de un camino difícil, lleno de obstáculos. En el conmovedor gesto de nuestros predecesores en Jerusalén podemos encontrar la fuerza para superar cualquier malentendido y dificultad, a fin de consagrarnos sin cesar a este compromiso de unidad.

La Iglesia de Roma está avanzando con voluntad firme y gran sinceridad por el camino de la reconciliación plena, mediante iniciativas que se han ido revelando posibles y útiles. *Hoy deseo expresar el anhelo de que todos los cristianos intensifiquen, cada uno por su parte, los esfuerzos* para que llegue cuanto antes el día en que se realice plenamente el deseo del Señor: «Que todos sean uno» (Jn 17, 11. 21). Que la conciencia no nos reproche haber omitido pasos, haber desaprovechado oportunidades y no haber probado todos los caminos.

5. Como sabemos muy bien, la unidad que buscamos *es ante todo don de Dios*. Pero somos conscientes de que apresurar la hora de su realización plena también depende de nosotros, de nuestra oración y de nuestra conversión a Cristo.

Santidad, por lo que a mí respecta, deseo confesar que en el camino de la búsqueda de la unidad siempre me ha guiado, como una *brújula segura, la doctrina del concilio Vaticano II*. La carta encíclica *Ut unum sint*, publicada pocos días antes de la memorable visita de Vuestra Santidad a Roma, en 1995, reafirmó precisamente lo que el Concilio había enunciado en el decreto sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio*, de cuya promulgación este año se celebra el cuadragésimo aniversario.

Varias veces, en circunstancias solemnes, he destacado, y lo reafirmo también hoy, que el compromiso asumido por la Iglesia católica con el concilio Vaticano II *es irrevocable. ¡No se puede renunciar a él!*

6. *El rito de la imposición de los palios a los nuevos metropolitanos* contribuye a completar la solemnidad y la alegría de esta celebración, a hacerla más rica en contenido espiritual y eclesial.

Venerados hermanos, el palio que hoy recibiréis en presencia del Patriarca ecuménico, nuestro hermano en Cristo, es signo de la comunión que os une de modo especial al testimonio apostólico de Pedro y Pablo. Os une al Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, llamado a prestar un peculiar servicio eclesial con respecto a todo el Colegio episcopal. Os doy las gracias por vuestra presencia y os expreso los mejores deseos para vuestro ministerio en favor de Iglesias metropolitanas esparcidas por varias naciones. Os acompaño de buen grado con el afecto y la oración.

7. «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo». ¡Cuántas veces vuelven a mi oración diaria estas palabras, que constituyen la profesión de fe de Pedro! En el precioso icono donado por el Patriarca Atenágoras I al Papa Pablo VI el 5 de enero de 1964, *los dos santos Apóstoles, Pedro el «Corifeo», y Andrés el «Protóclito», se abrazan* en un elocuente lenguaje de amor, debajo del Cristo glorioso. Andrés fue el primero en seguir al Señor; Pedro fue llamado a confirmar a sus hermanos en la fe.

Su abrazo bajo la mirada de Cristo es una invitación a proseguir por el camino emprendido, hacia la meta de unidad que queremos alcanzar juntos.

Que ninguna dificultad nos frene. Al contrario, sigamos avanzando con esperanza, sostenidos por la intercesión de los Apóstoles y la maternal protección de María, Madre de Cristo, Hijo de Dios vivo.

MENSAJE DE JUAN PABLO II PARA LA XXV JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO (27 DE SEPTIEMBRE DE 2004)

Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países

1. Con motivo de la próxima Jornada Mundial del Turismo, que se celebrará el próximo 27 de septiembre, me es grato dirigirme a todos los que ejercen su labor en este sector de la actividad humana, para ofrecer algunas reflexiones que destaquen los aspectos positivos del turismo. Éste, como ya he indicado en otras ocasiones, contribuye a incrementar la relación entre personas y pueblos, que, cuando es cordial, respetuosa y solidaria, es como una puerta abierta a la paz y la convivencia.

En efecto, muchas de las situaciones de violencia que sufre la humanidad en nuestros tiempos tienen su raíz en la incomprensión, e incluso en el rechazo de los valores y la identidad de las culturas ajenas. Por eso, podrían superarse tantas veces mediante un mejor conocimiento recíproco. En este contexto, pienso también en los millones de emigrantes, que han de participar en la sociedad que los acoge basándose sobre todo en el aprecio y reconocimiento de la identidad de cada persona o grupo.

La Jornada Mundial del Turismo, por tanto, no sólo ofrece de nuevo la oportunidad de afirmar la aportación positiva del turismo a la construcción de un mundo más justo y pacífico, sino también de profundizar en las condiciones concretas en que se gestiona y practica.

A este respecto, la Iglesia no puede dejar de reiterar una vez más el núcleo de su visión del hombre y de la historia. En efecto, el principio supremo que debe regir la convivencia humana es el respeto a la dignidad de cada uno, creado a imagen de Dios y, por tanto, hermano de todos los demás.

Este principio debería guiar toda la actividad política y económica, como ha sido puesto de relieve en la Doctrina Social de la Iglesia, e inspirar también la convivencia cultural y religiosa.

2. Este año el tema de la Jornada es «*Deporte y turismo: dos fuerzas vitales para la comprensión mutua, la cultura y el desarrollo de los países*». Deporte y turismo hacen referencia ante todo al tiempo libre, en el que se han de fomentar actividades que ayuden al desarrollo físico y espiritual. Pero hay numerosas situaciones en que turismo y deporte se entrelazan de manera específica y se condicionan recíprocamente, como cuando el deporte se convierte precisamente en el motivo determinante para desplazarse tanto dentro del propio país, como por el extranjero.

En efecto, deporte y turismo están estrechamente unidos en los grandes acontecimientos deportivos en los que participan los países de una región o de todo el mundo, como en los Juegos Olímpicos, que no han de renunciar a su alta vocación de avivar ideales de convivencia, comprensión y amistad. Pero también en muchos otros casos menos espectaculares, como en las actividades deportivas de ámbito escolar o de las asociaciones del propio barrio o localidad. En otros casos, practicar un determinado deporte es precisamente lo que motiva programar un viaje o unas vacaciones. Es, pues,

un fenómeno que atañe tanto a los deportistas de élite, a sus equipos y seguidores, como a modestos clubes sociales, así como también a muchas familias, jóvenes y niños y, en fin, a cuantos hacen del ejercicio físico uno de los motivos importantes de su viaje.

Al tratarse de una actividad humana que implica a tantas personas, no es de extrañar que, no obstante la nobleza de los objetivos proclamados, se produzcan también en muchos casos abusos y desviaciones. No se puede ignorar, entre otros fenómenos, el mercantilismo exacerbado, la competitividad agresiva, la violencia contra las personas y las cosas, hasta llegar incluso a la degradación del medio ambiente o la ofensa a la identidad cultural de quien acoge.

3. El Apóstol san Pablo proponía a los cristianos de Corinto la imagen del atleta para ilustrar la vida cristiana, como ejemplo de esfuerzo y de constancia (cf *1 Co* 9,24-25). En efecto, la práctica correcta del deporte debe estar acompañada por la templanza y la educación a la renuncia; con mucha frecuencia requiere también un buen espíritu de equipo, actitudes de respeto, aprecio de las cualidades de los demás, honestidad en el juego y humildad para reconocer las propias limitaciones.

El deporte, en fin, especialmente en sus formas menos competitivas, invita a una celebración festiva y a la convivencia amistosa.

También el cristiano puede encontrar en el deporte una ayuda para desarrollar las virtudes cardinales – fortaleza, templanza, prudencia y justicia – en la carrera por la corona “que no se marchita”, como escribe san Pablo.

4. Ciertamente, el turismo ha dado un poderoso impulso a la práctica del deporte. Las facilidades que ofrece, e incluso las muchas actividades que promueve o patrocina por iniciativa propia, han incrementado de hecho el número de quienes aprecian el deporte y lo practican en su tiempo libre.

De este modo, se han multiplicado las ocasiones de encuentro entre pueblos y culturas diversas en un clima de buen entendimiento y de armonía.

Por ello, sin dejar de prestar la debida atención a las desviaciones que lamentablemente siguen produciéndose, deseo exhortar encarecidamente y con renovada esperanza a promover «un deporte que tutele los débiles y no excluya a nadie, libere a los jóvenes del riesgo de la apatía y de la indiferencia, y suscite en ellos un sano espíritu de competición; un deporte que sea factor de emancipación de los países más pobres y ayude a eliminar la intolerancia y a construir un mundo más fraterno y solidario; un deporte que contribuya a hacer que se ame la vida y que eduque al sacrificio, al respeto y a la responsabilidad, llevando a una plena valorización de cada uno” (En el Jubileo de los deportistas, 29-10-2000, n 3)

Con estas consideraciones, invito a los que están relacionados con el deporte desde el propio campo del turismo, a los deportistas y a todos los que lo practican en sus viajes, a proseguir sus esfuerzos para alcanzar estos nobles objetivos, a la vez que invoco sobre cada uno de ellos abundantes bendiciones divinas.

Vaticano, 30 de mayo de 2004, Solemnidad de Pentecostés

JOANNES PAULUS II

SÍNODO DE LOS OBISPOS

XIª ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA

LA EUCARISTÍA: FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA Y DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

LINEAMENTA

ÍNDICE

Presentación

Introducción: Porqué un Sínodo sobre la Eucaristía

Capítulo I

EL SACRAMENTO DE LA NUEVA Y ETERNA ALIANZA

La Eucaristía en la historia de la salvación

El único sacrificio y sacerdocio de Jesucristo

La acción de gracias y de alabanza al Padre

El Memorial del Misterio Pascual

La Presencia permanente del Señor

Capítulo II

LA EUCARISTÍA: UN DON OFRECIDO A LA IGLESIA, PARA DESVELAR CONSTANTEMENTE

Los Padres y Doctores de la Iglesia

El sacramento de la unidad y de la santidad de la Iglesia

La apostolicidad de la Eucaristía

La catolicidad de la Eucaristía

Capítulo III

LA EUCARISTÍA: MISTERIO DE FE PROCLAMADO

El Magisterio de la Iglesia católica

La naturaleza de la Eucaristía

La Eucaristía y la encarnación del Verbo

Luces y sombras en la comprensión del Don

La Eucaristía signum unitatis

Capítulo IV

LA LITURGIA DE LA EUCARISTÍA

El centro de la liturgia cósmica

Cuando la Eucaristía es válidamente celebrada

El acto penitencial
La Palabra de Dios y el Símbolo de la fe
La presentación de los Dones
La Plegaria eucarística
La institución de la Eucaristía
La epiclesis sobre los Dones consagrados
La Iglesia de los santos en la Eucaristía
La preparación a la comunión
La santa comunión

Capítulo V

LA MISTAGOGÍA EUCARÍSTICA PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Los Padres
La negación actual del misterio
La mistagogía hoy
Presidir la Eucaristía
El decoro de la celebración eucarística
La dignidad del canto y de la música sacra
El encuentro con el misterio a través del arte
La orientación de la oración
El área particularmente sagrada del presbiterio o santuario
El altar, mesa del Señor
El tabernáculo, tienda de la Presencia

Capítulo VI

LA EUCARISTÍA: UN DON PARA ADORAR

El espíritu de la liturgia es la adoración
Comunión y adoración son inseparables
El sentido del misterio y las actitudes que lo expresan
La Eucaristía: sacramentum pietatis

Capítulo VII

LA EUCARISTÍA: UN DON PARA LA MISIÓN

La santificación y divinización del hombre
La Eucaristía vinculum caritatis
La medicina del cuerpo y del espíritu
El significado social de la Eucaristía

Conclusión

Cuestionario

PRESENTACIÓN

Los Padres de la Décima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, al final de los trabajos en octubre de 2001, fueron interpelados acerca del tema de la siguiente asamblea y, entre las diversas propuestas, sugirieron también el argumento eucarístico. La acostumbrada consulta a las Conferencias Episcopales, a las Iglesias Orientales *sui iuris*, a los Dicasterios de la Curia Romana y a la Unión de los Superiores Generales, a su vez, ha indicado, con particular consenso de opiniones, el tema de la Eucaristía como prioritario.

También los miembros del Consejo Ordinario de la Secretaría General se pronunciaron en ese sentido. Precisamente éste es el tema que el Santo Padre eligió y estableció para ser ofrecido a la meditación colegial de los Obispos reunidos en la Undécima Asamblea General Ordinaria. La fórmula evoca la doctrina y el lenguaje del Concilio Vaticano II en estos términos: “Eucharistia fons et culmen vitae et missionis Ecclesiae”.

Fue, luego, tarea del Consejo de la Secretaría General dedicar a este título algunas sesiones de trabajo, que, con la ayuda de expertos, han producido como resultado el presente documento de los Lineamenta.

Éste, como es sabido, es el primer paso de la consulta universal, que dará la posibilidad a todas las Iglesias particulares dispersas por el mundo de entrar en el proceso sinodal con la reflexión, la oración y las sugerencias más oportunas, para permitir la preparación del *Instrumentum laboris*, que constituirá el orden del día de la asamblea sinodal.

La consulta para la futura asamblea sinodal registra una novedad en la historia del Sínodo de los Obispos: el tema. Éste, en efecto, corresponde al de una reciente encíclica pontificia sobre la Eucaristía y su relación vital con la Iglesia: *Ecclesia de Eucharistia*. La circunstancia merece especial consideración a causa de su influencia directa sobre la consulta y sobre los mismos trabajos sinodales.

No sorprende que un sínodo sea llamado a reflexionar sobre una materia incluida en el magisterio pontificio ordinario. Lo que llama la atención es la proximidad cronológica y la identidad de la promulgación: es el mismo Papa que en breve nexo de tiempo escribe sobre la Eucaristía y confía a un sínodo el mismo argumento. Todo esto tiene un profundo significado para el Pontífice, para los Obispos y para la Iglesia.

Es claro que la Encíclica manifiesta la voluntad del Pastor de estimular a los destinatarios, la Iglesia universal, a dedicarse, con nuevas energías espirituales y con renovado amor, al misterio eucarístico, que es vital para la Iglesia. En este acto de magisterio ordinario se expresa así la preocupación por repetir al pueblo del Señor, con adecuadas referencias a las condiciones actuales, una verdad perenne y necesaria para la sobrevivencia de la Iglesia en la historia.

La asamblea sinodal tiene una finalidad consultiva y esta vez los Obispos no son convocados por el Papa para que den sugerencias en vista de intervenciones

doctrinales. Sin embargo, existen abundantes motivos para reunir a los pastores, para que sobre un argumento tan decisivo para la vida y la misión de la Iglesia manifiesten las exigencias y las implicaciones pastorales de la Eucaristía en la celebración, en el culto, en la predicación, en la caridad y en las diversas obras en general.

Pero el punto más alto de atención es otro. Teniendo presente la evidente analogía de los títulos, es inevitable preguntarse porqué el Papa ha elegido un tema ya tratado. La respuesta a esta dificultad dialéctica se encuentra en la observación actualizada de la vida de la Iglesia. Existe hoy en la Iglesia, innegablemente, una “urgencia eucarística”, que tiene que ver, no ya con incertidumbres sobre las fórmulas, como sucedía en el período del Vaticano II, sino con la praxis eucarística, que hoy necesita una nueva y amorosa actitud hecha de gestos de fidelidad a Aquel que está Presente para los que hoy continúan a buscarlo: “Maestro ¿dónde vives?”.

Se espera que estos Lineamenta estimulen a las Conferencias Episcopales, a las Iglesias Orientales *sui iuris*, a los Dicasterios de la Curia Romana y a la Unión de los Superiores Generales, a la reflexión y a la verificación pastoral, invitando también a todos los miembros de la Iglesia a ofrecer la propia colaboración, para que las respuestas al cuestionario de este mismo documento sean completas y significativas para permitir un fructuoso trabajo sinodal.

Para un adecuado desarrollo del proceso sinodal será necesario que las respuestas lleguen a esta Secretaría General antes del 31 de diciembre de 2004.

Con estas respuestas continúa en todas las Iglesias particulares el camino del Sínodo, en el cual los Obispos, como Pastores del rebaño, en colegialidad entre ellos y con el Papa, se preparan a reflexionar sobre este gran Sacramento del cual vive la Iglesia.

25 de febrero de 2004

Jan P. Card. Schotte, C.I.C.M
Secretario General

INTRODUCCIÓN

Por qué un Sínodo sobre la Eucaristía

1. El Dios invisible se ha manifestado en el Verbo hecho carne, el Hijo Jesucristo; después de la ascensión “lo que fue visible de nuestro Redentor ha pasado a los sacramentos (ritos sagrados)”.^[1] Por ello, “Nosotros vemos una cosa y entendemos otra. Vemos un hombre (Jesús), pero creemos en Dios”.^[2]

La Iglesia, sacramento de salvación de Jesucristo para el hombre, vive del culto centrado en el Verbo encarnado, sacramento del Padre; el Canon Romano y la anáfora de San Juan Crisóstomo definen la Santa Misa, “*oblationem rationabilem*” y “*logikèn latreían*”, una transformación de la Palabra divina en evento, en la cual participan el

espíritu y la razón. Aquel que es la Palabra, el Verbo, se dirige al hombre y de él espera una respuesta comprensible, razonable (*rationabile obsequium*). Así, la palabra humana se hace adoración, sacrificio y acción de gracias (*eucharistia*). Este “culto espiritual” (cf *Rm* 12,1) es el corazón de la “participación” activa y consciente del pueblo de Dios en el misterio eucarístico,^[3] que alcanza la plenitud en la santa comunión.^[4]

2. El Concilio Ecuménico Vaticano II ha dedicado al Misterio Eucarístico el capítulo III de la Constitución *de sacra liturgia*; pero todo lo que se dice en este documento sobre la liturgia, como *fuentes y cumbre* de la acción de la Iglesia, se refiere principalmente a la celebración de la Eucaristía, “la Divina Liturgia”, como acostumbra a decir los orientales. El tema del próximo Sínodo será la Eucaristía. En ella el pueblo de Dios participa en virtud del bautismo. Ella es la ‘cumbre’ de la iniciación cristiana, pero también de la acción apostólica, porque presupone la pertenencia a la comunión de la Iglesia. Al mismo tiempo ella es ‘fuente’, porque constituye el alimento para la vida y la misión de la Iglesia.^[5] Por ello, la encíclica del Papa Juan Pablo *Ecclesia de Eucharistia*, evocando la Carta apostólica *Nuovo millennio ineunte* en la cual había exhortado a conocer, amar e imitar a Cristo, recuerda que “un nuevo vigor de la vida cristiana pasa por la Eucaristía”.^[6]

3. La VI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos afrontó el tema de la Reconciliación y, en su ámbito, del Sacramento de la Penitencia, medio ordinario para retornar a la comunión con Cristo y con la Iglesia, que culmina en la Eucaristía. La profunda reflexión se plasmó en la Exhortación apostólica postsinodal *Reconciliatio et paenitentia*. También la V Asamblea General Ordinaria, tratando de la familia prestó atención a aquella originaria comunión de sangre y de espíritu, que encuentra la fuente de su vitalidad precisamente en otro sacramento, el matrimonio, misterio grande, signo de la unión entre Cristo y la Iglesia (cf. *Ef* 5,32). Los cuatro últimos sínodos ordinarios han reflexionado sobre los componentes fundamentales de la comunión eclesial: el laicado, el sacerdocio ministerial, los consagrados y los obispos, comunión eclesial que la Eucaristía presupone para perfeccionarla.^[7] En consecuencia, resulta comprensible la convocación de una asamblea sinodal sobre el Sacramento que manifiesta la apostolicidad y la catolicidad de la Iglesia y que la hace crecer en la unidad y en la santidad.

Esto permitirá que:

- a. La Eucaristía sea conservada en el centro de la atención de la Iglesia, a nivel universal y local, especialmente en las parroquias y en las comunidades, ya durante la fase preparatoria del sínodo;
- b. La fe en la Eucaristía sea adecuadamente profundizada;
- c. dando preeminencia a este tema, la asamblea sinodal revista una particular importancia en el inicio del tercer milenio de la Cristiandad y contribuya al programa de renovación de la vida y de la misión cristiana de las personas y de las comunidades;
- d. la especial atención que la Iglesia ha prestado a la Sagrada Eucaristía a través de sus enseñanzas - desde el tiempo apostólico, a los padres y escritores sagrados

medievales, desde los concilios, en particular el de Trento y el del Vaticano II, hasta los principales documentos interdicasteriales y pontificios, citados también en la reciente encíclica del Papa Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* - sea nuevamente y más profundamente acogida en su totalidad.

4. El tema elegido por el Papa Juan Pablo II para la XIª Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos es *Eucharistia fons et culmen vitae et missionis Ecclesiae*. Entre las cuestiones que deberán ser objeto de estudio, se indican tres en particular:

a. El Hijo de Dios, Jesucristo, a través de los gestos realizados en la última Cena y especialmente con las palabras: “Haced esto en recuerdo mío”, no ha querido simplemente una comida fraterna, sino una liturgia, verdadero culto de adoración al Padre “en espíritu y verdad” (cf. *Jn* 4,24);

b. Con la reforma litúrgica no ha sido destruido el patrimonio secular de la Iglesia católica sino que se ha querido promover, manteniendo la fidelidad a la tradición católica, la renovación de la liturgia para favorecer la santificación de los cristianos;

c. la presencia real del Señor en el Santísimo Sacramento ha sido querida por el mismo Señor, para que el Dios Emanuel fuera hoy y siempre un Dios cercano al hombre, para que fuera su Redentor y Señor.

5. La preparación de la XIª Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos y sus trabajos se ubican en el contexto de todo el magisterio y la doctrina sobre la Eucaristía, especialmente del Concilio Vaticano II, que ha dado a la Iglesia una mayor consciencia del hecho que “nuestro Salvador, en la última cena, la noche que le traicionaban, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y sangre, con el cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz”.^[8] Como amada esposa, la Iglesia sabe que debe celebrar “el memorial de su muerte y resurrección: sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se recibe como alimento a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura”.^[9]

La doctrina eucarística, con sus fundamentos bíblicos, patrísticos y teológicos, con su dimensión catequística y mistagógica, impregna todos los documentos del Concilio Vaticano II y del magisterio postconciliar, y desea conducir a todos al misterio de la Santa Eucaristía y a la adoración del mismo, como es ampliamente ilustrado por las tradiciones de oriente y occidente, presentes en la única Iglesia católica. Entre los documentos postconciliares que han aplicado la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, son fundamentales para la comprensión y la celebración de la Eucaristía, la encíclica *Mysterium fidei* de Pablo VI y la *Instructio Generalis Missalis Romani* - publicada en el 1970 y reeditada y corregida en el 2000 - con las normas a observar para la Santa Misa en el rito romano. En estos textos, así como también en el Catecismo de la Iglesia Católica,^[10] en el código de la Iglesia latina^[11] y en el de las Iglesias orientales,^[12] en la *Instrucción para la Aplicación de las Prescripciones Litúrgicas del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, publicada en el 1996, se encuentran las explicaciones doctrinales y las indicaciones

pastorales que han sido últimamente citadas en la encíclica del Papa Juan Pablo II, Ecclesia de Eucharistia.^[13]

CAPÍTULO I

El Sacramento de la Nueva y Eterna Alianza

La Eucaristía en la historia de la salvación

6. El ofrecimiento y el sacrificio hechos a Dios como gesto de agradecimiento, de súplica, de reparación de los pecados, representan en el Antiguo Testamento el contexto preparatorio remoto de la última Cena de Jesucristo. Ésta es evocada por la figura del siervo de Yahveh, que se ofrece en sacrificio, derramando su sangre para la nueva alianza (cf. *Is* 42,1-9; 49,8), en substitución y en favor de la humanidad. También las comidas religiosas de los hebreos, especialmente la pascual, memorial del Éxodo y del banquete sacrificial, servían para expresar el agradecimiento a Dios por los beneficios recibidos y para entrar en comunión con Él gracias a las víctimas del sacrificio (cf. *1 Cor* 10,18-21). También la Eucaristía hace entrar en comunión con el sacrificio de Jesucristo. Además, en la tradición y en el culto hebraicos, la bendición (*berakà*) constituía, por un lado, la comunicación de la vida de Dios al hombre, y por otro lado, el reconocimiento, con asombro y adoración, de la obra de Dios de parte del hombre. Esto sucedía mediante el sacrificio en el templo y la comida en la casa (cf. *Gn* 1,28; 9,1; 12,2-3; *Lc* 1,69-79). La bendición era al mismo tiempo *eulogia*, es decir alabanza a Dios, y *eucaristía*, es decir, acción de gracias; este último aspecto terminará por identificar en el cristianismo la *forma* y el *contenido* de la anáfora o plegaria eucarística.

Los hebreos consumían también una comida sacra o sacrificio convival (*tôdâ*; cf. *Sal* 22 y 51), habitual en tiempos de Jesús, caracterizado por la acción de gracias y por el sacrificio incruento del pan y del vino. Se puede comprender así otro aspecto de la última Cena: el del sacrificio convival de acción de gracias. El rito del Antiguo Testamento sobre la sangre derramada en el sacrificio constituye el tema de fondo de la alianza que Dios gratuitamente establece con su pueblo (cf. *Gn* 24,1-11). Preanunciado por los profetas (cf. *Is* 55,1-5; *Jer* 31,31-34; *Ez* 36,22-28) y absolutamente necesario para comprender la última Cena y toda la revelación de Cristo, este mismo rito lleva un nombre (*berit*, traducido en griego por *diatheke*) que indicará también el conjunto de los escritos del Nuevo Testamento. En efecto, el Señor sancionó en la última Cena la alianza, su testamento con sus discípulos y con toda la Iglesia.

Los signos proféticos y el memorial preanunciados en el Antiguo Testamento (la cena en Egipto, el don del maná, la celebración anual de la Pascua) se cumplen en los sacramentos o misterios de la Iglesia. En ellos está contenida la potencia divina de la santificación, de la transformación y de la divinización de la muerte y resurrección del Señor, celebrada el domingo y cotidianamente en la Pascua cristiana. Dice San

Ambrosio: “Ahora, presta atención si es más excelente el pan de los ángeles o la carne de Cristo, la cual es indudablemente un cuerpo que da la vida... Aquel evento era una figura, éste es la verdad”.^[14]

El único sacrificio y sacerdocio de Jesucristo

7. El hecho histórico de la última Cena es narrado en los evangelios de San Mateo (26, 26-28), San Marcos (14, 22-23), San Lucas (22, 19-20) y por San Pablo en la primera carta a los Corintios (11, 23-25), que permiten comprender el sentido del acontecimiento: Jesucristo se entrega (cf. *Jn* 13,1) como alimento del hombre, *ofrece su cuerpo y derrama su sangre por nosotros*. Esta alianza es nueva porque inaugura una nueva condición de comunión entre el hombre y Dios (cf. *Hb* 9,12); además es nueva y mejor que la antigua porque el Hijo en la cruz se entrega a sí mismo y a cuantos lo reciben les da el poder de ser hijos del Padre (cf. *Jn* 1, 12; *Gal* 3, 26). El mandamiento “*Haced esto en conmemoración mía*” indica la fidelidad y la continuidad del gesto, que debe permanecer hasta el retorno del Señor (cf. *1 Co* 11, 26).

Cumpliendo este gesto, la Iglesia recuerda al mundo que entre Dios y el hombre existe una amistad indestructible gracias al amor de Cristo, que ofreciéndose a sí mismo ha vencido el mal. En este sentido la Eucaristía es fuerza y lugar de unidad del género humano. Pero la novedad y el significado de la última Cena están inmediata y directamente relacionados con el acto redentor de la cruz y con la resurrección del Señor, “palabra definitiva” de Dios al hombre y al mundo. De este modo, Cristo, con su deseo ardiente de celebrar la Pascua, de ofrecerse (cf. *Lc* 22, 14-16), se transforma en nuestra Pascua (cf. *1 Co* 5,7): *la cruz comienza en la Cena* (cf. *1 Co* 11, 26). Es la misma persona, Jesucristo, que, en la Cena en modo incruento y en la cruz con su propia sangre, es sacerdote y víctima que se ofrece al Padre: “sacrificio que el Padre aceptó, cambiando esta entrega total de su Hijo, que se hizo “obediente hasta la muerte” (*Flp* 2,8), con su entrega paternal, es decir, con el don de la vida nueva e inmortal en la resurrección, porque el Padre es el primer origen y el dador de la vida desde el principio”.^[15] Por este motivo no puede separarse la muerte de Cristo de su resurrección (cf. *Rm* 4, 24-25), con la vida nueva que surge de ella y en la cual somos sumergidos en el bautismo (cf. *Rm* 6,4).

8. El evangelio de Juan se refiere al misterio eucarístico en el capítulo sexto. Según un esquema similar al de la última Cena, es descrito el milagro de aquellos pocos panes distribuidos a una multitud y al mismo tiempo Jesús habla del pan que da la vida, es decir, de su carne y de su sangre, que son el verdadero alimento y la verdadera bebida; quien tiene fe en Jesucristo come su carne y logra vivir eternamente. Es difícil comprender el discurso sobre la Eucaristía: sólo quien busca a Jesús y no a sí mismo puede entenderlo (cf. *Jn* 6,14 s. 26). Tal consciencia se ha manifestado, después de Pentecostés, en la participación frecuente de los bautizados, fieles a las enseñanzas apostólicas, a la comunión fraterna y a la *fractio panis* (cf. *Hch* 2, 42.46; 20, 7-11), en la “Cena del Señor” (cf. *1 Co* 11,20). Éste es el fundamento de la *dimensión apostólica* de la Eucaristía. Las narraciones del Nuevo Testamento sobre

la Eucaristía, vivida como acción de gracias y memoria sacramental, muestran que al reconocer el cuerpo y la sangre del Señor en la comunión del pan y del vino consagrados, se reconoce su presencia. Al mismo tiempo se retiene grave, una verdadera falta, confundir la ‘Cena del Señor’ con cualquier otra comida (cf. *1 Co* 11, 29). Además, el Apóstol da por supuesto que la presencia del Señor en su cuerpo y sangre no depende de la condición de quien lo recibe y que la comunión con ellos hace de todos un solo cuerpo, porque de ellos fluye la vida de Cristo. Ser un solo corazón y una sola alma (cf. *Hch* 2, 46; 4, 32-33), hasta hacer posible la comunión de los bienes, era la característica de la Iglesia apostólica, que compartía los gozos y los sufrimientos de sus miembros, es decir, que vivía la caridad (cf. *1 Co* 12, 26-27).

Del cuadro bíblico emergen los siguientes puntos de referencia en relación a la verdad sobre la Eucaristía, que hacen del *sacramento del altar* una única realidad sacrificial y sacerdotal: la acción de gracias y de alabanza al Padre, el memorial del Misterio pascual, la presencia permanente del Señor.^[16]

La acción de gracias y de alabanza al Padre

9. En la memoria de la Iglesia, en el centro de la celebración eucarística, están las palabras de la presencia de Jesús en medio a nosotros. “Esto es mi cuerpo, ... éste es el cáliz de mi sangre”. Jesús se ofrece a sí mismo como verdadero y definitivo sacrificio, en el cual alcanzan su cumplimiento todas las imágenes del Antiguo Testamento. En Él se recibe lo que siempre había sido deseado y jamás había hallando realización.

Pero Jesús, a la luz de la profecía (cf. *Is* 53, 11s.) sufre por la multitud y demuestra que en Él se cumple la espera del verdadero sacrificio y del verdadero culto. Él mismo es aquel que, *estando delante de Dios, intercede*, no por sí mismo, sino en favor de todos. Esta intercesión es el verdadero sacrificio, *la oración*, la acción de gracias a Dios, en la cual nosotros mismos y el mundo somos restituidos a Dios. La Eucaristía es, por lo tanto, *sacrificio* a Dios en Jesucristo para recibir el don de su amor.

10. Jesucristo es el Viviente y está en la gloria, en el santuario del cielo donde ha entrado gracias a la propia sangre (cf. *Hb* 9,12); se encuentra en el estado inmutable y eterno del sumo sacerdote (cf. *Hb* 8,1-2), “posee un sacerdocio perpetuo” (*Hb* 7, 24 s), se ofrece al *Padre* y en razón de los infinitos méritos de su vida terrena continúa a irradiar la redención del hombre y del cosmos que en Él se transforma y recapitula (cf. *Ef* 1,10). Todo esto significa que el Hijo Jesucristo es mediador de la nueva alianza para aquellos que han sido llamados a la herencia eterna (cf. *Hb* 9,15). Su sacrificio permanece para siempre *en el Espíritu Santo*, el cual recuerda a la Iglesia todo lo que el Señor ha realizado como sumo y eterno sacerdote (cf. *Jn* 14, 26; 16, 12-15). San Juan Crisóstomo advierte que el verdadero celebrante de la divina liturgia es Cristo: Aquel que ha celebrado la Eucaristía “en la última cena, ése mismo es el que lo sigue haciendo ahora. Nosotros ocupamos el puesto de los ministros suyos, mas el que santifica y transforma la ofrenda es Él”.^[17] Por lo tanto, “no es una imagen o una figura del sacrificio, sino un sacrificio verdadero”.^[18]

Dios se ha dignado aceptar la inmolación de su Hijo como víctima por el pecado y la Iglesia ora para que el sacrificio aproveche para la salvación del mundo. Hay una identidad plena entre sacrificio y renovación sacramental instituida en la Cena, que Cristo ha ordenado celebrar en memoria suya, como sacrificio de alabanza, de acción de gracias, de propiciación y de expiación.^[19] Por lo tanto, a raíz del amor sacrificial del Señor “la Misa hace presente el sacrificio de la cruz, no se le añade y no lo multiplica”.^[20] Por ello, el acto prioritario es el sacrificio. Luego viene el convivio en el cual recibimos como alimento el Cordero inmolado en la Cruz.

El Memorial del Misterio Pascual

11. Hacer memoria de Cristo significa ciertamente recordar toda su vida, porque en la Misa se hacen presente, en cierto modo durante el curso del año, los misterios de la redención; pero especialmente, según San Pablo, la humillación (cf. *Flp* 2), el amor supremo que lo ha hecho obediente hasta la cruz. Cada vez que comemos su cuerpo y bebemos su sangre anunciamos su muerte, hasta que Él vuelva (cf. *1 Co* 11,26), y también su resurrección (cf. *Hch* 2,32-36; *Rm* 10,9; *1 Co* 12,3; *Flp* 2,9-11). De ahí que Él es el Cordero pascual inmolado (cf. *1 Co* 5,7-8), que permanece de pie porque ha resucitado (cf. *Ap* 5,6).

La institución de la Eucaristía ha comenzado en la última Cena: las palabras que allí pronuncia Jesús son la anticipación de su muerte; pero también ésta restaría vacía, si su amor no fuera más fuerte que la muerte, para llegar a la resurrección. He aquí el motivo por el cual la muerte y la resurrección son llamadas en la tradición cristiana *mysterium paschale*. Esto significa que la Eucaristía es mucho más que una simple cena; su precio ha sido una muerte que ha sido vencida con la resurrección. Por ello, el costado abierto de Cristo es el lugar originario del cual nace la Iglesia y provienen los sacramentos que la edifican, el bautismo y la Eucaristía, don y vínculo de caridad (*Jn* 19,34). Así, en la Eucaristía adoramos al que estuvo muerto y ahora “vive por los siglos de los siglos” (*Ap* 1,18). El Canon Romano expresa esto inmediatamente después de la consagración: “Por eso, Señor, nosotros, tus siervos, y todo tu pueblo santo, al celebrar este memorial de la pasión gloriosa de Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor; de su santa resurrección del lugar de los muertos y de su admirable ascensión a los cielos, te ofrecemos, Dios de gloria y majestad, de los mismos bienes que nos has dado, el sacrificio puro, inmaculado y santo: pan de vida eterna y cáliz de eterna salvación”.

Durante la ‘cena mística’,^[21] en la persona de Jesucristo coexisten como pasado el Antiguo Testamento, como presente el Nuevo Testamento y como futuro la inmolación inminente.^[22] Con la Eucaristía entramos en otra dimensión temporal no ya sujeta a nuestras categorías. Entramos en un tiempo en el cual el futuro, iluminando el pasado, se nos ofrece como estable presente; por lo tanto, el misterio de Cristo, alfa y omega, se hace contemporáneo a cada hombre en todo tiempo.^[23] El tiempo se ha abreviado (cf. *1 Co* 7,29), esperamos la resurrección de los muertos y ya vivimos en el cielo: “Este misterio hace que la tierra se transforme en cielo”.^[24]

La Presencia permanente del Señor

12. En todos los sacramentos Jesucristo actúa a través de signos sensibles que, sin cambiar la apariencia, asumen una capacidad de santificar. En la Eucaristía, Él está presente con su cuerpo y sangre, alma y divinidad, entregando al hombre toda su persona y su vida. En el Antiguo Testamento Dios, a través de sus enviados, señalaba su presencia en la nube, en el tabernáculo, en el templo; con el Nuevo Testamento, en la plenitud de los tiempos, Él viene a habitar entre los hombres en el Verbo hecho carne (cf. *Jn* 1,14), siendo realmente Emanuel (cf. *Mt* 1,23) habla por medio del Hijo, su heredero (cf. *Hb* 1,1-2).

San Pablo, para explicar lo que sucede en la comunión eucarística, afirma: “Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él” (*1 Co* 6,17), en una nueva vida que proviene del Espíritu Santo. San Agustín ha profundamente comprendido esto, pero antes que él Ignacio de Antioquía y, después, muchos monjes, místicos y teólogos. La Divina Liturgia es esta presencia de Cristo “que reúne (*ekklesiázon*) a todas las criaturas”,^[25] las convoca en torno al santo altar y “providencialmente las une a sí mismo y entre ellas”.^[26] Dice San Juan Crisóstomo: “Cuando estás por acercarte a la Santa Misa, cree que allí está presente el Rey de todos”.^[27] Por ello la adoración es inseparable de la comunión.

¡Grande es el misterio de la presencia real de Jesucristo!^[28] Ella tiene para el Concilio Vaticano II el mismo sentido de la definición tridentina: con la *transubstanciación* el Señor se hace presente en su cuerpo y sangre.^[29] Los padres orientales hablan de *metabolismo*^[30] del pan y del vino en cuerpo y sangre. Son dos modos significativos de conjugar razón y misterio, porqué, como afirmó Pablo VI, el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía “constituye en su genero el mayor de los milagros”.^[31]

CAPÍTULO II

La Eucaristía: un don ofrecido a la Iglesia, para develar constantemente

Los Padres y Doctores de la Iglesia

13. De la última Cena la Iglesia ha pasado a la *Eucaristía*, nombre preferido respecto a los otros: Cena del Señor, Fracción del pan, Santo Sacrificio y oblación, Asamblea eucarística, Santa Misa, Cena mística, Santa y Divina Liturgia,^[32] para indicar que ella es sobre todo un *dar gracias* (del griego *eucharistein*). Esto explica el hecho que la Eucaristía comienza a ser celebrada en la mañana del domingo por los bautizados, mientras quedan excluidos los catecúmenos y los penitentes. El esquema de la celebración aparece ya delineado en el evangelio de San Lucas (cf. 24, 25-31): en Emaús, al atardecer del día de la Pascua, el Señor resucitado aparece a sus discípulos, ellos lo escuchan en modo cada vez más profundo, hasta que Él se deja reconocer en la acción de gracias y en la fracción del pan. En la *Traditio Apostolica* la Eucaristía es revelación del Padre en el misterio de su Hijo que redime al hombre

y, al mismo tiempo, es agradecimiento de la Iglesia por esta redención salvífica.^[33] En este texto, considerado uno de los más antiguos testimonios después de la edad apostólica, se cita repetidamente a la Iglesia, para subrayar su nexo indisoluble con la Eucaristía, y después de la consagración, se invoca la presencia del Espíritu Santo, para que haga digna a la Iglesia de cumplir la ofrenda.

San Ignacio de Antioquía se refiere en sus escritos a la importancia del compromiso a recibir frecuentemente la Eucaristía para reforzar la concordia en la fe y poder vencer las divisiones que provoca Satanás. También invita a todos a vivir la Eucaristía en la unidad, porque una es la carne y la sangre del Señor, uno el altar y el obispo; y además exhorta a reconocer en la Eucaristía la carne de Jesucristo, que ha sufrido por los pecados y ha resucitado.^[34] La Eucaristía es el alimento espiritual para la vida eterna, el sacrificio universal anunciado por el profeta Malaquías, fuente de la verdadera paz.^[35] Es célebre la descripción que hace San Justino de la Eucaristía dominical, día en el que ha tenido lugar la creación del mundo y la resurrección de Jesucristo.^[36] San Ireneo refiriéndose a la Eucaristía afirma la realidad de la encarnación, contra el gnosticismo. Además subraya muchas veces la presencia real de Cristo en el cuerpo y la sangre, así como la necesidad de nutrirse de ese Él para que nuestro cuerpo resucite.^[37] También Cipriano insiste en la identidad del pan y del vino con el cuerpo y la sangre de Cristo, y sobre los efectos de la comunión: la fuerza de los mártires y la unidad de los cristianos.^[38]

14. Con el reconocimiento oficial de la Iglesia, comenzó la primera reflexión teológica que determinará la futura doctrina eucarística sobre la presencia de Cristo, sobre el modo en el cual se realiza y sobre la dimensión sacrificial. Así lo demuestran las catequesis de los Padres que precedían, acompañaban y seguían a la iniciación cristiana. San Gregorio de Nisa, por ejemplo, sostiene que con la comunión se adhiere al cuerpo de Cristo, mientras que con la fe se adhiere a su alma^[39] y se recibe la inmortalidad. También el obispo San Cirilo de Jerusalén, aludiendo a San Pedro, recuerda que la Eucaristía nos hace partícipes de la naturaleza divina.^[40] San Juan Crisóstomo considera la Eucaristía, en el contexto de la iniciación bautismal, como alimento de la vida recibida y sostén en la lucha contra Satanás. Particularmente eficaz, en relación a la tensión escatológica, es esta explicación suya: “Cuando ves al Señor inmolado y yaciente, al sacerdote que preside el sacrificio y ora, y a todos bañados en aquella preciosa sangre, ¿piensas que aún estás entre los hombres y sobre la tierra y, en cambio, no piensas que al punto has emigrado al cielo? ¿Desechando todo pensamiento carnal, no ves, con el alma desnuda y la mente pura, lo que hay en el cielo?”^[41]

El realismo eucarístico, conjuntamente con la fuerza santificadora de la pasión y resurrección de Jesucristo, así como también la epiclesis que lleva a la unidad cuantos hacen la comunión eucarística, caracterizan la reflexión doctrinal y ritual de Teodoro de Mopsuestia.^[42] También para él la vida bautismal se nutre de la Eucaristía. Para San Ambrosio la Eucaristía está entre la economía del Antiguo Testamento y la escatología;^[43] además, las palabras de Jesús pronunciadas por el sacerdote, a través

de las cuales Él ofrece y es ofrecido al Padre, prueban su presencia real. Varios Padres comienzan a reflexionar sobre la transformación de la sustancia del pan y del vino. En San Agustín, a propósito de la Eucaristía, prevalecen las reflexiones sobre su realismo y sobre sus símbolos,^[44] sobre el nexo con la Iglesia-cuerpo (*Christus Totus*)^[45] y sobre el valor sacrificial del Sacramento.^[46]

15. La Eucaristía es el sacramento de la presencia de Cristo. Esto, afirma Santo Tomás de Aquino, lo diferencia de los otros sacramentos.^[47] El término *representar*, por él utilizado, indica que la Eucaristía no es un devoto recuerdo, sino la presencia efectiva y eficaz del Señor muerto y resucitado, que desea alcanzar a cada hombre.^[48] La significación del Sacramento es triple: “Una, respecto del pasado, en cuanto es conmemoración de la pasión del Señor, que fue verdadero sacrificio ... y así se llama ‘sacrificio’. La segunda, respecto al presente, y es la unidad eclesial, de la que por él participan los hombres ... La tercera, en relación con lo futuro, por prefigurar este sacramento la fruición de Dios, que tendremos en la patria”.^[49] En el oficio del *Corpus Domini* nos ha dejado la célebre antífona que propone líricamente ese mismo significado: “*O Sacrum Convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis eius, mens impletur gratia et futurae gloriae nobis pignus datur*”.

También San Buenaventura ha contribuido a la teología de la Eucaristía, insistiendo sobre el espíritu de piedad necesario para unirse a Cristo. Él recuerda que en la Eucaristía, además de las palabras de la última Cena, se realiza la promesa del Señor: “yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt 28,20*).^[50] En el Sacramento Él está real y verdaderamente presente en la Iglesia.

El sacramento de la unidad y de la santidad de la Iglesia

16. La Eucaristía revela también la naturaleza de la Iglesia una, santa, católica y apostólica, tanto a nivel local como universal. La reciente encíclica del Papa Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, constituye un acto de magisterio iluminador para la comprensión de la relación entre la Eucaristía y la Iglesia. La grandeza y la belleza de la Iglesia católica consisten exactamente en el hecho que ella no permanece inmóvil en una época o en un milenio, sino que crece, madura, penetra más profundamente en el misterio, lo propone entre las verdades que deben creerse y en la liturgia que se celebra. También en esto se observa que en ella continúa a existir la única Iglesia de Cristo.

San Agustín explicaba la Eucaristía a los neófitos durante la noche pascual con estas palabras: “Debe quedar claro lo qué habéis recibido. Escuchad pues, brevemente, lo que dice el Apóstol o, mejor aún, Cristo por medio del Apóstol, sobre el sacramento del cuerpo del Señor: ‘Uno sólo es el pan, nosotros somos un cuerpo sólo aún siendo muchos’. He aquí: esto es todo; os lo he dicho rápidamente; pero, vosotros no contad las palabras, pesadlas!”.^[51] En esta frase del Apóstol existe, según el santo obispo de Hipona, la síntesis del misterio que ellos reciben.

Pero, desde los orígenes de la Iglesia se puede constatar la resistencia a esta realidad de parte de cuantos preferían más bien encerrarse en el propio círculo (cf. *I*

Co 11, 17-22); sin embargo, la Eucaristía, a causa de su eficacia unificadora^[52] ha siempre conservado el sentido de convocación, de superación de las barreras, de conducción de los hombres a una nueva *unidad* en el Señor. La Eucaristía es el sacramento con el cual Cristo nos une a sí en un solo cuerpo y hace *santa* a la Iglesia.

La apostolicidad de la Eucaristía

17. El Señor ha dejado los sacramentos a los Apóstoles. Así, la Iglesia, los ha recibido y desde hace dos mil años los transmite con la misma fe apostólica. Desde el día de la ascensión, la Iglesia mantiene la mirada fija en el Señor, que ha dicho “Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre” (*Jn* 3,13). Cristo resucitado ha subido al cielo con su cuerpo de carne y glorioso, pero se ha quedado en la tierra en su cuerpo místico que es la Iglesia, en sus miembros (cf. *1 Co* 12,5) y en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía. Él había preanunciado: “si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito” (*Jn* 16,7), que había hecho posible el *Corpus Verum* en la encarnación y que habría dado vida al *Corpus Mysticum* de la Iglesia.

La apostolicidad de la Eucaristía y de la Iglesia no constituye una noticia meramente histórica, sino la manifestación permanente que Cristo es contemporáneo a cada hombre y en todo tiempo,^[53] y se refiere a nuestro misterio de comunión. La encíclica *Ecclesia de Eucharistia* cita la incisiva afirmación de Agustín: “(vosotros) recibís el misterio que sois vosotros”.^[54] Esta presencia, consecuencia de la Encarnación, es, por eso mismo, el misterio de la fe. En esto se revela también el misterio de la Iglesia, que en la celebración eucarística, llena de asombro,^[55] es llevada a contemplar: *Ave verum Corpus, natum da Maria Vergine*.

18. El Concilio Vaticano II ha afirmado que, a través de la obra de la redención presente en el Sacramento del altar, crece la Iglesia.^[56] Pablo VI recuerda que en el Misal Romano está la prueba de la tradición ininterrumpida de la Iglesia romana y “la teología del misterio eucarístico”.^[57] El Papa Juan Pablo II, después de haber insistido en el vínculo inseparable entre Eucaristía e Iglesia con el conocido aforismo ‘la Eucaristía edifica la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía’, afirma que cuanto se profesa de la Iglesia una, santa, católica y apostólica en el Símbolo niceno-constantinopolitano se debe aplicar a la Eucaristía y sobre todo a la apostolicidad^[58] “no porque el Sacramento no se remonte a Cristo mismo, sino porque... la Iglesia celebra la Eucaristía... en continuidad con la acción de los Apóstoles”.^[59] Además, “la sucesión de los Apóstoles en la misión pastoral conlleva necesariamente el sacramento del Orden”.^[60] Así vivida, la nota apostólica de la Iglesia es intrínseca a la comunión profunda del cuerpo místico y causa de transformación interior. Esto ayuda a comprender mejor aún el hecho que la Eucaristía es ‘don y misterio’, “que supera radicalmente la potestad de la asamblea”;^[61] no es la comunidad a dárselo desde su interior, sino que viene a la comunidad desde lo alto. Ello es subrayado con fuerza por el hecho de la ordenación del ministro, que la Iglesia da a una comunidad local, para que él pueda celebrar.

Por lo tanto, “es necesario no olvidar que, si la Iglesia hace la Eucaristía, la Eucaristía hace a la Iglesia, a tal punto, que se transforma en criterio para confirmar la recta doctrina.”^[62] También por este motivo la Eucaristía es un don para descubrir personalmente, como comunión con Cristo, profundidad del misterio y verdad existencial.

La catolicidad de la Eucaristía

19. No menos importante es la *catolicidad* de la Eucaristía, es decir su relación con la Iglesia universal y local. La comunión, palabra que “no es casualidad se haya convertido en uno de los nombres específicos de este sublime Sacramento”,^[63] indica también la naturaleza de la Iglesia. Si es verdad que la Iglesia “vive y crece continuamente”^[64] con la Eucaristía y en ella se expresa, también es cierto que su celebración “no puede ser el punto de partida de la comunión, que la presupone previamente, para consolidarla y llevarla a perfección”.^[65] El Concilio Vaticano II recuerda que la comunión católica se expresa en los ‘vínculos’ de la profesión de fe, de la doctrina de los Apóstoles, de los sacramentos y del orden jerárquico.^[66] Ella exige, por lo tanto, “un contexto de integridad de los vínculos, incluso externos, de comunión”,^[67] especialmente el bautismo y el orden sagrado. La Eucaristía como sacramento se encuentra entre estos vínculos necesarios, mas para que sea visiblemente católica debe ser celebrada *una cum Papa et Episcopo*, principios de unidad visible universal y particular. Es una “exigencia intrínseca de la celebración del Sacrificio eucarístico”, que “por el carácter mismo de la comunión eclesial, aún celebrándose siempre en una comunidad particular, no es nunca celebración de esa sola comunidad,” sino “imagen y verdadera presencia de la Iglesia una, santa, católica y apostólica”.^[68]

20. En los primeros siglos de difusión del cristianismo se daba la máxima importancia al hecho que en cada ciudad existiera un solo obispo y un solo altar, como expresión de la unidad del único Señor. Él se da en la Eucaristía todo entero en cada lugar y, por ello, allí donde es celebrada, la Eucaristía hace plenamente presente el misterio de Cristo y de la Iglesia. En efecto, Cristo, que es en cada lugar un único cuerpo con la Iglesia, no puede ser recibido en la discordia. Precisamente porque el Cristo es indivisible e inseparable de sus miembros, la Eucaristía tiene sentido sólo si es celebrada con toda la Iglesia.

Pablo VI, en la Constitución apostólica *Missale Romanum* del 1969, manifestaba el deseo que el misal, renovado según las normas del Concilio Vaticano II, fuera acogido como medio para testimoniar y afirmar la unidad de todos y expresar, en la variedad de los idiomas, ‘una sola e idéntica oración’. Aquí se encuentra el sentido de la observancia de las normas litúrgicas y canónicas relativas a la Eucaristía. La Iglesia, cuando dicta las normas sobre la Eucaristía, considera la orden de Jesús a los Apóstoles de preparar la Pascua (cf. *Lc 22,12*) como un mandato dirigido a ella misma.

En consecuencia: “La íntima relación entre los elementos invisibles y visibles de la comunión eclesial, es constitutiva de la Iglesia como sacramento de salvación.

Sólo en este contexto tiene lugar la celebración legítima de la Eucaristía y la verdadera participación en la misma. Por tanto, resulta una exigencia intrínseca a la Eucaristía que se celebre en la comunión y concretamente, en la integridad de todos los vínculos”.^[69]

CAPÍTULO III

La Eucaristía: Misterio de Fe proclamado

El Magisterio de la Iglesia católica

21. La tradición apostólica y patrística de oriente y de occidente es la fuente primaria, de la cual se nutre el magisterio conciliar y pontificio de la Iglesia católica, para definir la fe en la Eucaristía y para responder a las desviaciones doctrinales y pastorales que una y otra vez se han presentado.

El Concilio de Trento, especialmente en tres decretos, ha definido la doctrina eucarística después de la Reforma protestante, preocupándose particularmente por la presencia verdadera, real y substancial del Señor Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, bajo las especies del pan y del vino. También ha afirmado que el *cuerpo* del Señor está presente no sólo en el pan sino también en el vino y que su *sangre* está presente no sólo en el vino sino también en el pan. Además, en ambas especies el Señor Jesucristo está presente también con su *alma* y con su *divinidad* . Por lo tanto, Cristo, Verbo del Padre, verdadero Dios y verdadero hombre, está presente todo entero bajo las dos especies y en cada parte de ellas.^[70] El mismo concilio define también la *transubstanciación* ,^[71] el modo de recibir la comunión^[72] y la relación entre el sacrificio incruento de la Misa y el sacrificio cruento de la cruz.^[73] Igualmente ha afirmado que sería delictuoso e indigno entender en modo figurado, *tipológico* y metafórico, las palabras de la institución y el mandato de hacer memoria de ellas.^[74] Por otra parte, la institución del sacrificio eucarístico hace presente el sacerdocio de Cristo, mientras la fuerza redentora de la cruz concede a los hombres el perdón de los pecados, para los vivos y para los difuntos.^[75]

La naturaleza sacrificial de la Misa, profundizada por la *Mediator Dei* de Pío XII,^[76] es confirmada por el Concilio Vaticano II: Cristo es el único sacerdote; los ministros obran en su nombre, *hacen presente* el único sacrificio del Nuevo Testamento que regenera continuamente la Iglesia en la espera de su venida;^[77] ellos, válidamente ordenados,^[78] obran *in persona Christi* .^[79]

La naturaleza de la Eucaristía

22. El Concilio Vaticano II, partiendo de la doctrina tridentina sobre la Eucaristía, explica los diversos modos de la presencia de Cristo, mientras ilustra específicamente las diversas características de la presencia eucarística.^[80] Así, la obra de la redención, cumplida de una vez para siempre por Jesucristo, continúa a extender sus efectos cada vez que sobre el altar se hace memoria del sacrificio de la cruz, en el cual Cristo,

nuestra Pascua, ha sido inmolado.^[81] En cuanto a los efectos sacramentales, la Eucaristía *completa* la edificación de la Iglesia, cuerpo de Cristo, y la *hace crecer*;^[82] por lo tanto, tiene efectos salvíficos sobre los miembros de la Iglesia, confiriendo a ellos la gracia de la unidad y de la caridad, puesto que la Eucaristía es alimento espiritual del alma, antídoto contra el pecado, inicio de la gloria futura y fuente de santidad.

Pablo VI ha confirmado en la encíclica *Mysterium fidei* que la Misa es siempre una acción de Cristo y de la Iglesia, aún cuando sea celebrada excepcionalmente en privado, es decir, sólo por el sacerdote. Cristo no está presente en modo espiritual o simbólico, sino realmente, en la Eucaristía, que es fuente de unidad de la Iglesia, su cuerpo.^[83] Según la fe que la Iglesia ha profesado desde el principio, la Eucaristía, diversamente de los otros sacramentos, es “la carne de nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que, por su bondad, fue resucitada por el Padre”.^[84] En lo que se refiere a la transubstanciación de las especies, además de la encíclica, la *Profesión de fe* de Pablo VI confirma el vínculo causal con la presencia: Cristo se hace presente en la Eucaristía por una conversión de toda la substancia de las dos especies.^[85]

La enseñanza de Pablo VI profundiza el argumento de la *transubstanciación* declarando que después de esta mutación substancial, las dos especies “adquieren un nuevo significado y un nuevo fin, puesto que contienen una nueva *realidad* que con razón denominamos *ontológica*”.^[86]

La Eucaristía y la encarnación del Verbo

23. Jesús es el Hijo de Dios corporalmente presente en medio de los hombres. Esto no sólo ha sido afirmado por Él, sino también ha sido atestiguado concordemente por el Espíritu Santo y por el Padre, especialmente en el bautismo y en la transfiguración. El Señor está presente cotidianamente, “todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28,20), a través de las épocas históricas. Esta presencia, que tiene su origen en el Padre y que es continuamente referida a Él, se hace contemporánea para cada hombre en todos los tiempos, gracias al Espíritu. La plenitud divina del Verbo de la vida estaba en la humanidad de Jesús de Nazaret. Después de su ascensión (cf. *Mc* 16,19-20; *Lc* 24,50-53; *Hch* 1,9-14) permanece en el misterio de la Eucaristía, sacramento máximo de la Presencia de Dios ante el hombre. La ascensión, en efecto, no significa la desaparición de Cristo en un cielo cerrado; la apertura del cielo alude a un modo de retorno: “Por eso, ... el hijo del hombre se mostró Hijo de Dios de una manera más excelente y misteriosa cuando fue recibido en la gloria de la majestad paterna, y comenzó, de un modo más inefable, a ser *más presente* por su divinidad al alejarse más su humanidad ... Cuando subiré al Padre, entonces me tocaréis *más perfecta y verdaderamente*”.^[87] Por lo tanto, a partir de la ascensión, Jesucristo no está ausente en el mundo, sino presente en un modo nuevo.

Cristo había dicho: “no me volveréis a ver hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor” (*Mt* 23,39). El cáliz de la bendición fue tomado nuevamente

en las manos de los apóstoles, después que Él retornó resucitado en medio a ellos; desde aquel momento la Iglesia, cuando se reúne, siempre lo aclama como ‘bendito’ y en la liturgia, después del triple Santo, agrega: *Bendito el que viene en nombre del Señor*.

24. En consecuencia, la fe cristiana no consiste en creer en la existencia de Dios o de la persona histórica de Jesús, sino en el hecho que, en Él el Verbo de Dios se ha hecho carne y *continúa a habitar entre nosotros*. Al comienzo de su vida terrena, con un cuerpo mortal de propiedades vinculadas al espacio y al tiempo, después, con un cuerpo resucitado no ya vinculado a ellas. Por este motivo, el Resucitado entra mientras las puertas están cerradas, supera en un instante distancias considerables, para hacerse conocer, oír, ver y tocar por los suyos. A partir del momento de la resurrección y de la ascensión su presencia es una *realidad* nueva.

Esta metodología de Dios, que atraviesa la historia llegando a cada hombre, es presentada en la primera carta de San Juan: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, ... os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros” (*1 Jn* 1,1-3). Y San Ambrosio comenta: “... probamos la verdad del misterio con el mismo misterio de la encarnación. ¿Acaso fue seguido el curso ordinario de la naturaleza cuando el Señor Jesús nació de María?... Entonces, aquello que nosotros presentamos es el cuerpo nacido de la Virgen ... Es la verdadera carne de Cristo que fue crucificada y sepultada. Es, por lo tanto, verdaderamente el sacramento de su carne”.^[88]

Por esta razón, la verdad y la realidad de la encarnación del Verbo es el fundamento del Cuerpo eucarístico y del Cuerpo eclesial,^[89] de la doctrina eucarística y de la teología sacramental. San Hilario afirmaba que “verdaderamente la Palabra se ha hecho carne (cf. *Jn* 1, 14) y nosotros recibimos verdaderamente la Palabra hecha carne como alimento del Señor”.^[90] De ahí que el Papa Juan Pablo II recuerda: “La Eucaristía, mientras remite a la pasión y la resurrección, está al mismo tiempo en continuidad con la Encarnación. María concibió en la anunciación al Hijo divino, incluso en la realidad física de su cuerpo y su sangre, anticipando en sí lo que en cierta medida se realiza sacramentalmente en todo creyente que recibe, en las especies del pan y del vino, el cuerpo y la sangre del Señor.”^[91]

Luces y sombras en la comprensión del Don

25. El magisterio del Papa y de los obispos, después del Concilio Vaticano II, ha intervenido en diversas ocasiones para alentar la aplicación de la reforma litúrgica y para evaluar sus resultados. En la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, el Papa Juan Pablo II, después de haber señalado entre las luces, principalmente la participación de los fieles en la liturgia, “con profundo dolor” indica también las sombras: en algunos lugares el descrédito del culto de adoración eucarística y los abusos “que contribuyen a oscurecer la recta fe y la doctrina católica sobre este admirable Sacramento”.^[92] Es necesario distinguir la luz de la Eucaristía como sacramento, de

las sombras que son obra de los hombres. Por ejemplo, en la catequesis y en la praxis eucarística se notan insistencias unilaterales sobre el carácter convivial de la Eucaristía, sobre el sacerdocio común, sobre el anuncio retenido eficaz sólo por sí mismo, sobre los ritos eucarísticos ecuménicos contrarios a la fe y a la disciplina de la Iglesia.

En el respeto de las tradiciones rituales, es necesario recuperar la unidad integral del misterio eucarístico, que comprende: la palabra de Dios proclamada, la comunidad reunida con el sacerdote celebrante *in persona Christi*, la acción de gracias a Dios Padre por sus dones, la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, su presencia sacramental causada por la palabra de Jesús que consagra, el ofrecimiento al Padre del sacrificio de la cruz, la comunión con el cuerpo y la sangre del Señor resucitado. Dice el Papa: “El Misterio eucarístico - sacrificio, presencia, banquete - *no consiente reducciones ni instrumentalizaciones*, debe ser vivido en su integridad... Entonces es cuando se construye firmemente la Iglesia y se expresa realmente lo que es”.^[93]

26. La encíclica aclara todavía: “La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que *este sacrificio se hace presente*, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado”.^[94] La Eucaristía contiene la energía del Espíritu que se trasmite al hombre en la comunión y en la adoración del Señor realmente presente.

La vida de la gracia se transmite a través de los signos sensibles en cada sacramento, pero con más evidencia en la Eucaristía. La Iglesia no se da la vida ni se edifica a sí misma; ella vive de una realidad que la precede, es decir, que “la acción conjunta e inseparable del Hijo y del Espíritu Santo, que está en el origen de la Iglesia, de su constitución y de su permanencia, continúa en la Eucaristía”.^[95] Por lo tanto, la Iglesia no nace desde abajo, porque la *communio* es gracia, don que viene desde lo alto.

“La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues ‘todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos’ ...”.^[96]

La Eucaristía, signum unitatis

27. “Os congregáis ... en unánime fe y en Jesucristo - dice San Ignacio de Antioquía - ... rompiendo un solo pan, que es medicina de inmortalidad”.^[97] Para San Juan Crisóstomo “es ésta la unidad de la fe: cuando todos somos una cosa sola, cuando todos juntos reconocemos lo que nos une”.^[98] La unidad de la fe recibida en el bautismo es el presupuesto para ser admitidos en la unidad de la divina Eucaristía, porque con ella entramos en comunión con Aquel que creemos consubstancial al Padre, según la fe que profesamos en Él. ¿Cómo sería entonces posible comulgar con

Cristo junto con personas que, en relación a Él, tienen un credo diverso? Seríamos reos del cuerpo y sangre del Señor (cf. *I Co* 11,27). La Iglesia, que es madre, advierte el dolor y el amor por cada hombre, no creyente, catecúmeno, lejano de la fe, pero no tiene el poder de dar la comunión a los no bautizados, ni a los heterodoxos, ni a los inmorales”.^[99]

Recibiendo el único Pan, entramos en esta *única vida* y nos transformamos así en un *único* Cuerpo del Señor. Fruto de la Eucaristía es la unión de los cristianos, antes dispersos, en la unidad del único pan y del único cuerpo. Y por esta misma razón la Eucaristía puede ser recibida sólo en unidad con toda la Iglesia, superando toda separación religiosa o moral.^[100]

28. En esta perspectiva deberíamos tratar acerca de la llamada *intercomión* con la debida humildad y paciencia. En vez de ciertos experimentos que quitan al misterio su grandeza, reduciendo la Eucaristía a un instrumento en nuestras manos, es preferible disponerse, en la oración común y en la esperanza, a “respetar las exigencias que se derivan de ser Sacramento de comunión en la fe y en la *sucesión apostólica*”.^[101]

Con las Iglesias ortodoxas compartimos la misma fe eucarística, porque ellas tienen verdaderos sacramentos.^[102] Por ello, en ciertos casos la comunión eucarística es posible.^[103] Sin embargo, debe prestarse especial atención a la relación entre hospitalidad eucarística y proselitismo. También algunas comunidades eclesiales de la Reforma, sobre todo luteranas, creen en la presencia de Cristo durante la celebración, pero a raíz de la falta del sacramento del orden, no han conservado la genuina e íntegra substancia del misterio eucarístico.^[104] Hay acercamientos, pero no existe todavía un pleno consenso. En consecuencia, sólo en casos de necesidad espiritual un miembro no católico bien preparado, es decir que profese la misma fe en la Eucaristía, puede acercarse a ella; mientras un católico puede hacerlo sólo si el ministro está válidamente ordenado.^[105]

CAPÍTULO IV

La Liturgia de la Eucaristía

El centro de la liturgia cósmica

29. La encarnación del Señor y su ascensión han hecho posible la comunicación entre el cielo y la tierra, prefigurada en la visión de la escalera de Jacob (cf. *Gn* 28,12) e preanunciada por el mismo Cristo (cf. *Jn* 1,51). El Apocalipsis, con el altar del Cordero en el centro de la Jerusalén que desciende desde el cielo sobre la tierra, es el arquetipo del culto cristiano: adoración a Dios de parte del hombre y comunión del hombre con Dios.^[106] El Canon Romano en la invocación *Supplices te rogamus* menciona “el altar del cielo”, porque desde allí desciende la gracia de Aquel que es el Resucitado y el Viviente, cumpliéndose así el maravilloso intercambio que salva al hombre.

Cristo es el *catholicus Patris sacerdos*,^[107] a través de cuya humanidad el Espíritu Santo transmite la vida divina al creado y al hombre, llevándola a la perfección. La naturaleza humana de Cristo es fuente de salvación, Él es el supremo liturgo y sacerdote. Según los orientales, la presencia de la Trinidad confiere a la sinaxis eucarística la característica de una alianza entre la tierra y el cielo: “la morada de Dios con los hombres” (Ap 21,3). Dice San Dionisio el Areopagita que Dios “es llamado belleza ... porque llama (*kaleí*) a sí todas las cosas ... y todas las recoge (*synagheí*) uniéndolas”.^[108] Los términos griegos son sinónimos de la convocación eclesial. La presencia de Cristo, allí donde se reúnen los fieles para la Eucaristía, hace de la tierra un cielo: “Este misterio transforma para ti la tierra en cielo ... Te mostraré en efecto, sobre la tierra lo que en el cielo existe de más venerable ... No te muestro a los angeles ni a los arcángeles, sino al mismo Señor de ellos ...”.^[109]

Por lo tanto, en la celebración de la Eucaristía se puede “experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, *sobre el altar del mundo*. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación”.^[110]

Cuando la Eucaristía es válidamente celebrada

30. El sacramento es “un signo sensible de la realidad sagrada y una forma visible de la gracia invisible”.^[111] No debe parecer obsoleta esta definición del concilio de Trento, porque sirve todavía para recordar los elementos que forman necesariamente parte también del sacramento eucarístico: el ministro, los que lo reciben y el gesto sensible.

En cuanto a los elementos, el gesto de la Eucaristía es posible sólo con el pan, con el vino y algunas gotas de agua, que expresan la unión del pueblo santo con el sacrificio de Cristo,^[112] aún cuando, para la validez del gesto, el agua no es necesaria.^[113] En cuanto a la fórmula, para la fe católica, son esenciales y necesarias sólo las palabras de la consagración.^[114] El ministro es el sacerdote válidamente ordenado.^[115] En modo válido pueden recibir la Eucaristía sólo los bautizados, a los cuales, según la tradición latina, se pide el uso de la razón, con la finalidad de conocer, en la medida en que sea posible, los misterios de la fe y acercarse a ellos con recta intención y devoción. Se pide también el estado de gracia, que después del pecado mortal, se obtiene con la confesión sacramental.^[116]

De todo esto se comprende que la liturgia no es una propiedad privada que puede ser subordinada a la propia creatividad, ya sea en las celebraciones comunitarias como también en aquellas con pocos fieles o simplemente sin ellos.^[117] La forma de la Misa *concelebrada* por varios ministros, en la cual se manifiesta elocuentemente la unidad del sacerdocio, del sacrificio y del pueblo de Dios, está reglamentada en el rito romano por normas precisas.^[118] En los ritos orientales, como alta expresión de unidad, la concelebración es desaconsejada “en particular cuando el número de los concelebrantes es desproporcionado con respecto al de los fieles laicos presentes”.^[119]

31. El capítulo I de la *Instructio Generalis Missalis Romani*, refiriéndose a la “importancia y dignidad” de la celebración eucarística, declara que ella, en cuanto acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, es el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal, para la iglesia local y individualmente para los fieles. Los principales “elementos y partes de la Misa”,^[120] en gran parte comunes a todos los ritos de oriente y de occidente, muestran el profundo simbolismo y la dimensión pastoral de la Eucaristía, que no permiten ni las interpretaciones parciales o erradas de la llamada creatividad litúrgica, ni la crítica de lo que es legítimo.

El acto penitencial

32. Propio del rito romano, el acto penitencial tiene como objetivo *predisponer* a escuchar la Palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía. En los ritos bizantino, armenio y sirio-antioqueno existen oraciones preparatorias del sacerdote, junto a gestos de purificación (lavatorio, incienso), que son propios también de los ritos maronitas, caldeo y copto. Las fórmulas propuestas por el Misal Romano favorecen el reconocimiento de nuestro estado de pecadores, el discernimiento para la *contrición* del corazón y hacen sentir más evidentemente el deseo del *perdón* de Dios y de los hermanos. No se puede hablar de un examen de conciencia, que requiere tiempo y profunda reflexión personal y es una condición de la confesión sacramental. El acto penitencial se concluye con la invocación de la misericordia de Dios.^[121]

La Palabra de Dios y el Símbolo de la fe

33. En la primera parte de la Misa, según los ritos orientales, se vive el misterio de la encarnación del Verbo, que entra en el mundo, para hacerse escuchar y para alimentar al hombre. Con el alimento y la bebida eucarísticos, como dice la *Didaché*, se nos ofrece y recibimos el conocimiento de Dios.^[122]

El Evangelio tiene por objeto la Palabra, el Verbo, el anuncio gozoso (*euangélion*): Dios ha descendido a la tierra para darnos el alimento que no perece. La Eucaristía nos hace amigos de Cristo, que es la Sabiduría de Dios. ¡Es el ‘Evangelio de la esperanza’!^[123]

Como respuesta a este anuncio, después de la homilía, para los latinos y los armenios, o después del traslado de los Dones para los bizantinos y los otros orientales, se proclama el ‘símbolo de la fe’.^[124] Éste no puede ser interpolado ni cambiado: es una de las condiciones necesarias para acercarse a la Eucaristía, porque la mesa de la Palabra y la de la Eucaristía^[125] son una única mesa del único Señor, y exigen “un solo acto de culto”.^[126]

La presentación de los Dones

34. En el rito romano la liturgia eucarística comienza con la preparación de los dones. En este momento desempeñan una parte importante los fieles laicos, que

llevan el pan y el vino hasta el presbiterio, donde el sacerdote los recibe para ofrecerlos a Dios Padre. Se admite también la posibilidad de ofrecer otros dones, cuya finalidad es ayudar a los pobres o a otras iglesias. La presentación del pan y del vino, junto con los dones destinados a la caridad, subraya el fuerte vínculo que existe entre la Eucaristía y el precepto del amor. Sin embargo, la liturgia dispone que el pan y el vino sean colocados directamente sobre el altar, mientras los otros dones no deben ser apoyados sobre la mesa eucarística, sino fuera de ella y en un lugar adecuado; tal disposición pretende expresar la debida veneración hacia los elementos que luego se convertirán en el cuerpo y sangre del Señor.^[127]

En la liturgia bizantina se pone sobre el altar, además del mantel, un lino sacro, en el cual está representado el descendimiento de Cristo de la cruz; allí se colocan los dones, que se transformarán en el cuerpo y la sangre del Señor, con un gesto que simboliza la pasión inmaculada del Señor y su sepultura.^[128] El sacerdote, para ser digno de ofrecerlos por sí mismo y por los pecados del pueblo, después del “Gran Ingreso” dirige al Padre una súplica. Él debe ser ajeno al pecado (*amartía*); “no por naturaleza, sino ... por la dignidad del sacerdote”.^[129] Después tiene lugar la incensación de los santos Dones, prefiguración de descendimiento del Espíritu Santo sobre ellos^[130] y de la oración de adoración que, en Cristo, asciende al Padre. La preparación y presentación de los dones no es simplemente un momento funcional, sino una parte integrante y altamente simbólica del Sacrificio.

La Plegaria eucarística

35. El sacerdote, o el diácono en los ritos orientales, introduce la plegaria eucarística con la invitación: “levantemos el corazón”. En las *Constituciones Apostólicas* se dice: “Dirigiéndose al Señor, con temor y temblor permanecemos de pie para ofrecer la oblación”.^[131] El diálogo sirve, dice San Juan Crisóstomo, “para que podamos presentar erguida - de pie - nuestra alma delante de Dios, eliminando la postración provocada por los quehaceres de la vida cotidiana Piensa junto a quién estás, en compañía de quién te preparas a invocar a Dios: en compañía de los Querubines... Ninguno participe pues en el canto de esos himnos sacros y místicos con un fervor relajado... Mas cada uno, extirpando del propio espíritu todo lo que pertenece a la tierra y transfiriéndose enteramente al cielo, como si se encontrara junto al mismo trono de la gloria y volara junto a los Serafines, ofrezca de este modo el himno santísimo al Dios de la gloria y de la magnificencia. He aquí porqué se nos exhorta a estar bien dispuestos en ese momento..., es decir, a estar con ‘temor y temblor’ (*Flp* 2,12), con un alma despierta y vigilante”.^[132]

Esta misma elevación es significada por la palabra *anáfora*: la acción de los creyentes de levantar en alto los corazones.^[133] Los Dones no son llevados sólo al altar terreno, sino levantados hasta el altar del cielo y esto debe realizarse en paz, en el espacio de la imperturbable paz del cielo.^[134] Además, el sacrificio se ofrece con una única finalidad: el amor y la misericordia. Esto lo hace agradable al Señor. Es sacrificio de alabanza porque exalta el amor del Señor.^[135]

36. Los fieles se unen respondiendo: “Es justo y necesario”. Observa San Juan Crisóstomo: “La acción de gracias, la Eucaristía, es un acto común: no agradece, en efecto, sólo el sacerdote, sino todo el pueblo. Toma primero la palabra el sacerdote; los fieles expresan, inmediatamente después, el propio consenso: Es cosa digna y justa. Sólo entonces el sacerdote comienza la acción de gracias, la Eucaristía”.^[136] Así se expresa la participación del pueblo de Dios, su peregrinar hacia la Iglesia celestial, que culmina en el *Sanctus*, el himno de la victoria (*epinikio*), fusión del himno angélico en la visión de Isaías y de la aclamación del pueblo de Jerusalén al Señor que entraba en la Ciudad Santa para cumplir voluntariamente su pasión.

Al final de la anáfora los fieles responden con el *Amen* a la doxología trinitaria y “con esta aclamación se apropian de todas las expresiones del sacerdote”.^[137]

La institución de la Eucaristía

37. El Señor en la vigilia de su pasión tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo. El mandato “Haced esto en conmemoración mía”, dirigido a los Apóstoles, que en la Cena mística representan a toda la Iglesia, comenzando por sus sucesores, se refiere a todo el acto eucarístico. Su punto culminante está en la conversión del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, y en la fe en sus palabras.

Desde sus orígenes la Iglesia cumple solemnemente los gestos del Señor, considerándolos individualmente para meditarlos uno por uno, como para aprender siempre de nuevo el significado de ellos: la presentación de los Dones, la consagración, la fracción y distribución de la Comunión.^[138] Por ello, las palabras “Tomad y comed” no incluyen simultáneamente el gesto de la fracción de la hostia; en tal caso debería tener lugar enseguida la comunión. Por el contrario, en este momento altamente místico, la liturgia indica que el celebrante debe inclinarse y proferir las palabras con voz clara, no alta, para que sea favorecida la contemplación, como hace el Obispo en el Jueves Santo cuando exhala sobre el crisma. El celebrante “en su actitud y en su modo de pronunciar las palabras divinas debe insinuar a los fieles la presencia viva de Cristo”.^[139] En este momento, en efecto, se cumple el Sacrificio sacramental.^[140]

La epiclesis sobre los Dones consagrados

38. En los primeros siglos, una invocación acompañada por el gesto de las manos extendidas (*epiclesis*), para la santificación y la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor, era dirigida al Padre antes de la consagración, para que enviara el Espíritu Santo. El fundamento de esta oración se encuentra en las palabras pronunciadas por el Señor después de haber instituido el misterio: “Cuando venga el Paráclito,...Él dará testimonio de mí...y os recordará todo lo que yo os he dicho...Él me dará gloria” (*Jn* 15,26; 14,26; 16,14). A causa de las controversias sobre la divinidad del Espíritu Santo, entre los siglos IV y V, fue propuesta la epiclesis, como lo atestiguan algunas tradiciones litúrgicas. La mayor parte de las anáforas la conserva en su puesto original, como el Canon Romano, que pide al Padre que envíe el Espíritu, “el poder de su bendición”.^[141]

Los Padres, que han sostenido la importancia de la *epiclesis* al Espíritu, consideraban que ésta debía estar unida a las palabras de la institución para que el signo sacramental se cumpliera. En efecto, las palabras del Señor son espíritu y vida (cf. *Jn* 6,63). Él obra conjuntamente con el Espíritu Santo y es el único que consagra la Eucaristía y que dispensa el Espíritu. De todos modos, el Concilio de Trento ha establecido que la epiclesis no es indispensable para la validez de la Eucaristía.^[142]

Como indica San Ambrosio: “... ¿qué decir de la bendición de Dios, en la cual actúan las mismas palabras del Señor y Salvador? Puesto que este sacramento que tu recibes se cumple con la palabra de Cristo ... La palabra de Cristo, por lo tanto, que ha podido crear desde la nada aquello que no existía, ¿no puede cambiar las cosas que son en lo que no eran? En efecto, no es menos difícil dar a las cosas una existencia que cambiarlas en otras ... El mismo Señor Jesús proclama: ‘Esto es mi cuerpo’. Antes de la bendición de las palabras celestiales la palabra indica un particular elemento. Después, de la consagración ya designa el cuerpo y la sangre de Cristo. Él mismo la llama su sangre. Antes de la consagración se llamaba con otro nombre. Después de la consagración es llamada sangre. Y tu dices: ‘Amén’, es decir, ‘así es’”.^[143]

La Iglesia de los santos en la Eucaristía

39. En la Divina Liturgia se hace memoria de aquellos en quienes Cristo vive. San Dionisio el Areopagita dice: “Está presente, inseparablemente, la multitud de los santos, que demuestra cómo ellos están indivisiblemente unidos a Él con una unión sobrehumana y sagrada”.^[144] No puede existir, por lo tanto, contraposición entre el culto al Señor y el culto a los santos. Cuando ellos tenían vida trataban de hacer todo para la gloria de Dios, ahora se alegran por el hecho de que por causa de ellos Dios es glorificado.^[145] Las *Intercesiones* expresan la ofrenda de la Eucaristía en comunión con toda la Iglesia, celeste y terrena, por todos sus miembros vivos y difuntos.^[146] En primer lugar es invocada la Madre de Dios y siempre Virgen María, porque la consagración que ella hizo de sí al Señor, es análoga a la entrega de nuestra vida que se renueva siempre en el sacrificio eucarístico. Ofrecemos la Eucaristía en memoria de los santos para honrarlos y para agradecer a Dios, que nos los ha dado como intercesores en nuestro favor. Ellos mismos, que representan una acción de gracias de parte de los hombres por los beneficios divinos, *interceden e intervienen* en nuestras eucaristías.

Cristo se entrega a sí mismo también a los difuntos “según una modalidad -dice Cabasilas- que solo Él conoce”;^[147] si se encuentran en estado de purificación, reciben una gracia no menor a aquella de los vivos, observa San Juan Crisóstomo, que obtiene para ellos la remisión de los pecados.^[148]

La preparación a la comunión

40. La Eucaristía es la presencia viviente de Cristo en la Iglesia. La humillación del Señor, lo ha llevado a transformarse en alimento para el hombre (cf. *1 Co* 10,16; 11,23 s). Uno de los símbolos tradicionales de este misterio es el pez: “... me preparó

como alimento el pez de la fuente ... incontaminado, que la virgen pura toma y cada día ofrece a los amigos para que coman, con vino excelente, que ofrece mezclado con el pan”, como indica el célebre epígrafe de San Abercio, obispo del II siglo, el más antiguo de contenido eucarístico. Otro símbolo de la donación de sí mismo es el pelicano: “*Pie pellicane Jesu Domine...*” exclama Santo Tomás de Aquino en el himno *Adoro te devote*. El misterio de la encarnación del Verbo continúa en el *Cuerpo eucarístico*, pan del hombre. Jesús lo ha preanunciado en el discurso de Cafarnaúm: “Yo soy el pan que ha bajado del cielo” (*Jn* 6,41). Su carne es verdadero alimento, su sangre es verdadera bebida (cf. *Jn* 6,55). En la comunión eucarística se alimenta la comunión eclesial, la comunión con los santos; en efecto: “Porque aún siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan” (*1 Co* 10,17).

41. La Eucaristía es el convivio pascual del Cordero inmolado, Cristo el Señor. La plena participación de los fieles en la Misa se cumple en la santa comunión, recibida con las debidas disposiciones externas e internas.^[149] Por lo tanto, así como no es aceptable la abstención prolongada por exceso de escrúpulo, así tampoco debe alentarse la frecuencia indiscriminada.

La exclusión de la comunión a causa de pecados graves es atestiguada por las mismas palabras de la institución: “sangre de la Alianza, que es derramada para perdón de los pecados” (*Mt* 26,28) y también por las antiguas anáforas.^[150] Desde los orígenes la Iglesia ha exigido un itinerario para los catecúmenos y para los penitentes; estos últimos podían participar en la Mesa como *akoinônetôi* (privados de la comunión); para los pecados graves era necesario recurrir a la penitencia canónica. El hecho de que muchos Padres insistan en la necesidad de ser dignos, demuestra que el pedido de la remisión de los pecados, también en la *epiclesis* postconsagratoria, no es una invitación dirigida a los reos de pecados graves a acercarse a la Eucaristía sin la previa penitencia. Si bien es posible participar válidamente en la Misa también sin la comunión, que es parte integrante, pero no esencial, del sacrificio,^[151] sin embargo se afirma que la participación plena en el cuerpo de Cristo no se realiza sin una buena disposición.^[152]

42. La preparación personal se perfecciona a través de los ritos de la Comunión:

- *Padre nuestro*: en esta oración está el pedido del pan cotidiano, que es también el pan eucarístico, mientras “se implora la purificación de los pecados, de modo que realmente los *santos* Dones sean dados a los santos”^[153] Pidiendo el perdón, se pide también saber perdonar, para que el Reino y la voluntad de Dios se cumplan en nosotros y seamos hechos dignos de recibir el Sacramento.

- *El rito de la paz*: el saludo de la paz, es decir del perdón, que en las liturgias orientales y en la ambrosiana se hace antes de la anáfora, en el rito romano tiene lugar antes de la comunión. El Señor resucitado apareció en medio a los suyos y ofreció su paz, preparó, dice San Juan Crisóstomo, “la mesa de la paz”.^[154] La Eucaristía da la paz y la salvación de las almas, que es el mismo Cristo (cf. *Ef* 2,13-17); Él ha sido inmolado para pacificar las realidades celestes y terrenas, para vivir en paz con los

hermanos.^[155] Por ello, la Eucaristía es el vínculo de la paz (cf. *Ef* 4,3): “Así como la paz establece la unidad entre las cosas diversas, así la agitación divide lo que es uno en muchos”.^[156] En efecto, “paz ... es la Iglesia de Cristo”.^[157] El cristiano, pidiendo la paz, en realidad pide el Cristo: “Quien busca la paz busca a Cristo pues Él es la paz.”^[158] La liturgia es el misterio con el cual la paz de Cristo llega de nuevo a toda la creación.

Las *Constituciones Apostólicas* describen así el rito de la paz: “Los miembros del clero saluden al obispo y, entre los laicos, los hombres saluden a los hombres y las mujeres a las mujeres.”^[159] El beso de la paz es una acción sagrada, una experiencia de unidad que aúna a los fieles entre ellos y con el Verbo.^[160] En consecuencia, la paz se implora principalmente con la oración que pide también la unidad para la Iglesia y para la familia humana, expresando el amor recíproco con un breve diálogo entre el sacerdote y los fieles. El rito, de todos modos, no obliga al intercambio del gesto de la paz, que se cumple según la oportunidad.^[161] En tal caso, tanto en el estilo sobrio de la liturgia romana como en estilo rico del rito bizantino, cada uno da el saludo de la paz a aquellos inmediatamente vecinos, evitando abandonar el propio puesto y procurando no crear distracción. Sería oportuno, por lo tanto, disciplinar este rito para el decoro de la liturgia.

“Paz” es uno de los nombres que los primeros cristianos daban a la Eucaristía, porque ella significa *reunir*, superar las barreras, conducir a los hombres a una nueva unidad. Con la comunión eucarística los cristianos, perdonándose unos a otros antes de comulgar, han creado condiciones de paz en un mundo sin paz.

- *Fracción del Pan*: este rito significa que, aún siendo muchos, al compartir el pan partido nos transformamos en un solo cuerpo. Dice San Juan Crisóstomo: “Lo que Cristo no ha padecido en la cruz lo padece en la oblación por causa tuya y acepta ser partido para poder saciar a todos”^[162] Pero el Cristo aún partido no se divide. Después de la fracción cada partícula del santo pan es Cristo entero.^[163] Todos aquellos que se acercan a la comunión reciben todo el Cristo, que satisface totalmente. Ninguna comunidad puede recibir Cristo sino con toda la Iglesia.

- *Unión de las especies*: es un gesto simple en el rito romano pero de gran significado, que exalta la obra del Espíritu, desde la encarnación a la resurrección del Señor. La liturgia bizantina lo explica como “Plenitud del Espíritu Santo”; además, en el singular rito del *zéon*, vertiendo agua caliente, se dice: “Fervor del Espíritu Santo. ¡Ahora Cristo resucita!”

- *Preparación personal*: la realiza el sacerdote con espléndidas oraciones recitadas en voz baja y con algún instante de silencio, que anticipa aquel más prolongado después de la comunión. Es un ejemplo para ayudar a los fieles en la propia preparación.

La santa comunión

43. El sacerdote eleva la Hostia consagrada, como el Cuerpo de Cristo fue elevado sobre la cruz,^[164] diciendo en la liturgia latina: “Éste es el Cordero de Dios, que quita

el pecado del mundo. Dichosos los llamados a la cena del Señor”; y en la bizantina: “Las cosas santas a los santos”. Además, “dado que la comunión a los misterios no es permitida indiferentemente a todos, el sacerdote no invita a todos ... invita a comulgar a cuantos están en la condición de participar dignamente: *Las cosas santas a los santos* ... él aquí llama “santos” a quienes son perfectos en la virtud, y también a cuantos tienden a aquella perfección, aunque todavía les falte para tenerla. En efecto, nada impide a éstos que, participando en los santos misterios, sean santificados”^[165]

La Eucaristía es el sacramento de los reconciliados, ofrecido por el Señor a quienes son una sola cosa con Él. Por este motivo, desde el inicio, el discernimiento precede a la Eucaristía (cf *I Co* 11,27 s) bajo pena de sacrilegio.^[166] La *Didaché* asume esta tradición apostólica y hace pronunciar al sacerdote, antes de la distribución del sacramento, estas palabras: “Si uno es santo, venga; se no lo es, se arrepienta”.^[167] La liturgia bizantina contiene todavía este llamado. En la liturgia romana el sacerdote invita a la comunión y con los fieles pronuncia la frase evangélica “Señor, no soy digno” para expresar sentimientos de humildad;^[168] la respuesta es el *Amén* personal de cada fiel al comulgar.

44. De las fuentes antiguas se deduce que la comunión no se toma sino que se recibe, como símbolo de lo que significa, es decir Don recibido en actitud de adoración. En los casos previstos de comunión bajo las dos especies, en el rito latino, debe recordarse la doctrina católica al respecto.^[169] En los ritos orientales debe observarse la tradición según los respectivos cánones.^[170]

Se recomienda una verdadera devoción al acercarse a recibir la comunión. San Francisco de Asís “ardía de amor hacia el sacramento del Cuerpo del Señor, con todas las fibras de su ser, lleno de estupor, más allá de todo límite, por tan benévola dignación y generosísima caridad ... Comulgaba frecuentemente y con tanta devoción, que conmovía a los otros”.^[171] Y Cabasilas invita a reflexionar que “mientras comulgamos con una carne y una sangre humanas, recibimos en el alma a Dios: cuerpo de Dios no menos que de hombre, sangre y alma de Dios, mente y voluntad de Dios no menos que de hombre”^[172] La realidad del Cuerpo de Cristo es su persona y su vida, misterio y verdad salvífica para abrazar, como Santo Tomás de Aquino, con la fe y la razón.

Finalmente, la oración después de la comunión pide los frutos del misterio celebrado y recibido, puesto que a la obtención de los mismos está ordenada la Santa Misa.^[173]

CAPÍTULO V

La Mistagogía Eucarística para la Nueva Evangelización

Los Padres

45. El Señor ha prometido: “Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (*Mt* 28, 20). No somos nosotros quienes lo hacemos presente, sino que es Él quien se hace presente entre nosotros y permanece todos los días. Para

tener acceso al misterio de su presencia permanente, los fieles son instruidos a través de la catequesis para los catecúmenos, íntimamente unida a la liturgia, y la *mistagogía* o catequesis postbautismal para los iniciados.^[174]

La iniciación cristiana alcanzó su estructuración teológico-litúrgica en los comienzos del V siglo, gracias a las homilías catequísticas. Los alejandrinos, comenzando con Orígenes y terminando con el Pseudo Dionisio, proponían una mistagogía alegórica: consideraban la liturgia y la Escritura, como un camino de elevación de la letra al espíritu, de los misterios visibles, los sacramentos, al misterio invisible. Así la liturgia seguía la narración bíblica y proponía una escatología moral personal como itinerario de esta vida hacia Dios. La mistagogía de los antioquenos, especialmente San Cirilo de Jerusalén, San Juan Crisóstomo y Teodoro de Mopsuestia, consistía en describir a través de la liturgia los hechos históricos y místéricos de la salvación, vistos como tipológicos. Para ellos los sacramentos reproducen imitando (*mímesis*) o hacen memoria (*anánmnesis*) de los gestos salvíficos de la vida de Jesús y anticipan la liturgia definitiva, más aún, la transfieren al presente a causa de la presencia del Señor resucitado entre aquellos que se reúnen para el culto.

La negación actual del misterio

46. Mientras en algunas partes del mundo el sentido del misterio permanece verdaderamente fuerte, en otras, en cambio, se nota una difundida mentalidad que no niega formalmente el misterio de Dios, sino la posibilidad de reconocerlo con la razón y adherir a él libremente. Un neopaganismo ofrece mensajes que invitan a evadirse de la realidad y a refugiarse en los mitos, en los ídolos, que pueden consolar la existencia sólo por un instante. Al mismo tiempo, se manifiesta ampliamente también una exigencia de espiritualidad.^[175] Además, avanzan las tendencias gnósticas que llevan a buscar el sentido de la historia en pocos privilegiados, que lo conocerían por presunta revelación.

La Iglesia quiere ayudar a la humanidad a encontrar nuevamente el misterio escondido desde siglos y manifestado en Jesucristo (cf. *Ef* 3,5-6). Dado que mistagogía significa conducir por un camino que lleva al misterio, se comprende porqué no basta un itinerario litúrgico sin una comprensión personal.

La mistagogía hoy

47. El Señor camina con su pueblo, acompaña siempre la misión de la Iglesia con su presencia, que nos transforma y nos hace entrar en el tiempo definitivo (*éschaton*). Al principio de la mistagogía hay un *encuentro* de fe con el Señor a través de su gracia. La costumbre de las Iglesias orientales de dar la comunión a los niños junto con el bautismo y la confirmación indica claramente que la gracia de la Eucaristía viene antes que cualquier intervención humana. ¿Cómo podría hacerse mistagogía sin ser atraídos por Jesús? El Evangelio narra encuentros de Jesús con hombres y mujeres de distintas condiciones. Del encuentro de Cristo con el hombre nace un camino de conocimiento que se despliega en experiencia de fe: “¿dónde vives? ... y

se quedaron con él aquel día” (*Jn* 1,38-39). Así sucedió que algunos lo siguieron. Ésta es la mistagogía de Dios hacia el hombre: comienza por tomar nuestra realidad humana para llevarla a la redención.

La mistagogía hoy en día deberá evitar el alegorismo, que a menudo resulta incomprensible y abstracto e induce a comentarios confusos; en cambio, la mistagogía confiará en la fuerza del Espíritu, que se comunica mediante la sobriedad de las palabras y de los gestos sacramentales. La misión del Espíritu Santo es hacer comprender lo que Jesucristo ha revelado. Él es el mistagogo invisible. Según San Basilio Magno, aún cuando las personas de Trinidad cumplan individualmente algo en modo exclusivo, permanece en las tres el mismo plan de conjunto.^[176]

Por lo tanto, volver a descubrir la metodología de los padres es importante para responder a la necesidad visual de imágenes y símbolos, que caracteriza al hombre contemporáneo. La misma contribución de los teólogos medievales es útil para responder a la exigencia racional de la adhesión al misterio. Este patrimonio es conservado en las oraciones y en los ritos litúrgicos: de su comprensión depende en parte la participación al misterio eucarístico.^[177] Pero también la catequesis debe ayudar a los sacerdotes y a los fieles a comprender y a poner en práctica los diversos aspectos de la celebración de la Eucaristía.^[178]

Presidir la Eucaristía

48. El método mistagógico consiste en leer en los ritos el misterio de Cristo y contemplar la subyacente realidad invisible. Por ello, el mistagogo en la liturgia no habla en nombre propio, sino que se hace eco de la Iglesia, la cual le ha confiado aquello que a su vez ella ha recibido. La liturgia no puede ser tratada por el celebrante y por la comunidad “como propiedad privada”.^[179]

San Juan Bautista es la figura más emblemática del ministro que se hace pequeño para dejar crecer al Señor. Éste es el fundamento del poder sacro, *exousía* en el Espíritu Santo, confiado a la Iglesia por Cristo, sacerdocio de Cristo participado en sus ministros. San Cirilo de Jerusalén recuerda que la palabra *ecclesia* se encuentra por primera vez en el pasaje en el cual es asignado a Aarón el ministerio sacerdotal. Sacerdocio e Iglesia nacen en el mismo momento y son partes inseparables uno del otro.^[180] El Canon Romano dice: “Acepta, Señor, en tu bondad, esta ofrenda de tus siervos y de toda tu familia santa”. Respetando la diferencia de funciones propias del Cuerpo, en la Misa el sacerdote cumple la función de *Cristo cabeza*, mientras todos los fieles ejercitan la función de los *miembros de Cristo*. El sacerdote obra *in persona Christi*, en el sentido que no es él que obra sino Cristo en él (cf. *Gal* 2, 20).

49. La Eucaristía extiende su eficacia a todo el obrar del ministro, puesto que la función sacerdotal no incluye solo la santificación, sino también el gobierno y la enseñanza. Ésta es la verdad del ministerio del obispo cuando celebra la Eucaristía. Además, en él se muestra *en plenitud*, y “con mayor evidencia”,^[181] la Iglesia sacramento de unidad. La misma verdad constituye el fundamento del ministerio del presbítero “cuando celebra la Eucaristía ... con dignidad y humildad”;^[182] pero es

también el modelo de las funciones diaconales, de los ministros, en particular el acólito, del ministro extraordinario de la comunión, de todos los fieles, que deben “ofrecerse a sí mismos....” con profundo sentido religioso y caridad hacia los hermanos.^[183]

El decoro de la celebración eucarística

50. La mistagogía supone el decoro de la celebración. La liturgia romana, en su sobriedad, quiere que “los edificios sagrados y las cosas destinadas al culto divino sean en verdad dignas y bellas y símbolos de las realidades celestiales”.^[184] En efecto, el misterio es puesto en luz “también por el sentir y la expresión exterior de suma reverencia y de adoración que tienen lugar en el transcurso de la liturgia eucarística”.^[185] Por esta razón, Juan Pablo II, hablando del decoro de la celebración eucarística, ha invitado a observar las reglas litúrgicas de la Iglesia, que se traducen en expresiones externas.^[186] El término latino *ordo*, usado para los ritos litúrgicos, nace del precepto apostólico paulino (cf. *I Co* 14, 40), que establece que en la asamblea litúrgica todo sea moderado por el decoro y el orden jerárquico.^[187] En primer lugar, según el profundo espíritu de la liturgia “el vestir un hábito especial para cumplir una acción sagrada indica el salir fuera de la común dimensión de la vida cotidiana para entrar en la presencia de Dios en la celebración de los divinos Misterios”.^[188] Responden a esta exigencia las normas sobre todos los objetos sacros. Todo esto expresa el sentido del misterio. San Francisco de Asís exigía a los frailes que los cálices, los copones y los linos destinados a la Eucaristía fueran preciosos y fueran tratados con sumo respeto y veneración.^[189]

La dignidad del canto y de la música sacra

51. El canto y la música deben ser dignos del misterio que se celebra, como lo atestiguan los salmos, los himnos y los cánticos inspirados de la Sagrada Escritura (cf. *Col* 3, 16). Por ello, desde los primeros siglos, la Iglesia ha siempre considerado la música sacra como una parte integrante de la liturgia. A pesar de haber aceptado diversas formas musicales, el Magisterio de la Iglesia ha constantemente confirmado que es conveniente “que estas diversas formas musicales sean acordes con el espíritu de la acción litúrgica”,^[190] para evitar que el culto del misterio sea contaminado por elementos profanos inadecuados.

El encuentro con el misterio a través del arte

52. En la encarnación del Verbo no sólo se realiza el encuentro de Dios con la humanidad que espera la salvación, sino que también se hace visible a los hombres la imagen de Dios (cf. *Jn* 14,9). A su vez, con el misterio pascual de Cristo el hombre es implicado en un movimiento de ascensión hacia Dios, que pasa necesariamente a través de la cruz, y por lo tanto a través de la realidad humana (cf. *Col* 1, 15-20). La celebración de estos misterios encuentra una profunda analogía con “las actividades más nobles del ingenio humano”, entre las cuales, con todo

derecho, se cuentan las artes liberales, y sobre todo el arte religioso. Éste, en efecto, como la liturgia, eleva el espíritu a la contemplación a través de la experiencia sensible, y por ello, es particularmente adecuado para “orientar santamente los hombres hacia Dios”.^[191]

No podían, por lo tanto, faltar en la vida de la Iglesia expresiones de fe a través de un rico patrimonio artístico. Es por este motivo que “la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, dejándose guiar por el misterio cristiano, han encontrado en la Eucaristía, directa o indirectamente, un motivo de gran inspiración”.^[192] Así, para el decoro del espacio sacro destinado a la celebración eucarística han sido construidos espléndidos monumentos arquitectónicos; para hacer venerable el altar en occidente y el iconostasio en oriente han sido realizadas maravillosas obras de arte; y para la dignidad del servicio litúrgico han sido creados preciosos objetos sagrados.

La orientación de la oración

53. La concepción cósmica de la salvación que llega, como “una Luz de la altura” (Lc 1,78), ha inspirado la tradición apostólica de la orientación hacia el Este de los edificios cristianos y la posición del altar, con la finalidad de celebrar la Eucaristía hacia el Señor, como sucede actualmente entre los orientales. “No se trata en este caso, como frecuentemente se dice, de presidir la celebración dando la espalda al pueblo, sino de guiar al pueblo en el peregrinaje hacia el Reino, invocado en la oración hasta el retorno del Señor”.^[193]

En el rito romano la colocación diversa del ambón y del altar provoca una espontánea variación de la mirada y también de la atención sobre las diferentes acciones litúrgicas que allí se cumplen. También en el culto eucarístico fuera de la Misa los fieles, desde que entran en la iglesia, dirigen la mirada hacia la custodia del Santísimo Sacramento.

El área particularmente sagrada del presbiterio o santuario

54. La tradición neotestamentaria, en continuidad con la liturgia hebraica del templo, ha querido separar el *santuario*, lugar santo de Dios (cf. Gn 28, 17; Es 3, 5), donde los ministros cumplen los divinos misterios, del lugar que ocupan los fieles, los catecúmenos y los penitentes. Es el espacio sagrado del culto divino, que en las Iglesias de oriente, como en las de rito latino debe “distinguirse”^[194] en el interior del templo.

El altar, mesa del Señor

55. La imagen bíblica y patrística del cielo que desciende sobre la tierra, se manifiesta en la Eucaristía celebrada sobre el altar.

No es necesario que el altar sea grande, sino que tenga una forma proporcionada al espacio presbiteral. El sacerdote sube allí para los ritos de las ofrendas, mientras que en la concelebración los sacerdotes se disponen alrededor del mismo en el

momento de la anáfora.^[195] La especial recomendación de que exista en cada iglesia un altar fijo es expresión de la veneración debida al mismo, como signo de Jesucristo, piedra viva (*1 Pe 2,4*).^[196] Por idéntico motivo el altar es ornamentado y recubierto, al menos por un mantel digno.^[197]

56. El altar es símbolo de Cristo, del Calvario y del Sepulcro del cual resurge glorioso el Señor,^[198] y es también mesa,^[199] sobre la cual es preparado el Cordero de Dios, mientras la comunión de los fieles es distribuida fuera del santuario. Por ello, el altar es venerado, incensado junto al libro de los Evangelios colocado sobre el mismo.^[200] He aquí lo que afirma el Catecismo al respecto: “El altar, en torno al cual la Iglesia se reúne en la celebración de la Eucaristía, representa los dos aspectos de un mismo misterio: el altar del sacrificio y la mesa del Señor, y esto, tanto más cuanto que el altar cristiano es símbolo de Cristo mismo, presente en medio de la asamblea de sus fieles, a la vez como la víctima ofrecida por nuestra reconciliación y como alimento celestial que se nos da. ‘¿Qué es, en efecto, el altar de Cristo sino la imagen del Cuerpo de Cristo?’ dice san Ambrosio (*De Sacramentis* 5,7) y en otro lugar: ‘El altar representa el Cuerpo (de Cristo), y el Cuerpo de Cristo está sobre el altar’ (*Ibidem* 4,7)”^[201]

El tabernáculo, tienda de la Presencia

57. La adoración no se contrapone a la comunión y ni siquiera puede ser considerada al margen de ella: la comunión alcanza la profundidad de la persona cuando va acompañada por la adoración. No hay conflicto de signos entre el tabernáculo y el altar de la celebración eucarística. La presencia eucarística no es cronológica, limitada a la Misa. Es un misterio que perdura en el tiempo hasta la parusía del Señor glorioso.

Los orientales, aún cuando no tienen la adoración eucarística, conservan frecuentemente sobre el altar el artofòrio, reserva de los Santos Dones para los enfermos y los ausentes, y colocan allí también el libro de los Evangelios.

58. La necesaria proporción entre el altar, el tabernáculo y la sede es debida a la preeminencia del Señor respecto a su ministro. La posición central del tabernáculo y de la cruz no debe ser comprometida por la sede del celebrante, para la cual la liturgia recomienda que se evite “la forma di trono”.^[202] Si el altar central comprende el tabernáculo, conviene que la sede no sea antepuesta, dado que el celebrante debe ser y aparecer humilde. Si además, con el altar al centro del presbiterio, la sede es colocada detrás, será necesario buscar soluciones significativas y funcionales para favorecer “la comunicación entre el sacerdote y la asamblea de los fieles”.^[203]

En conclusión, es oportuno recordar que, tanto en occidente como en oriente, “la disposición de los lugares, las imágenes, los ornamentos litúrgicos, los objetos sagrados no quedan librados al gusto de cada uno, sino que deben corresponder a las exigencias intrínsecas de las celebraciones y ser coherentes entre ellos.”^[204]

CAPÍTULO VI

La Eucaristía: un don para adorar

El espíritu de la liturgia es la adoración

59. San Cirilo de Jerusalén exhorta: “Después que tu habrás comulgado con el cuerpo de Cristo, acércate también al cáliz de su sangre, no extendiendo las manos, sino inclinándote y diciendo *Amén* en actitud de adoración y veneración”.^[205] De la comunión sacramental, se puede decir que nace la adoración, término que indica un gesto de inclinación profunda del cuerpo y del alma. Los principales gestos de adoración, que, entre otras cosas, unen a católicos y ortodoxos, son el inclinarse (*proskōnesis*) y la genuflexión (*gonyklisia*). Así como el estar en pie es significativo de la resurrección, la postración a tierra es signo de adoración a Aquel que, resucitado, es el Viviente. En el Nuevo Testamento, especialmente en la liturgia del Apocalipsis, se repite varias veces el término *proskōnesis* y aquella liturgia celestial es presentada a la Iglesia como modelo y criterio para la liturgia terrestre. Los gestos de adoración, que la liturgia pide que sean observados, corresponden al reconocimiento de la majestad del Señor y de la pertenencia del hombre a Dios.

Arrodillarse o estar en pie son dos actitudes de la única adoración. Esos gestos deben cumplirse durante la plegaria eucarística y la comunión. Además, la adoración devota alude al misterio presente y recuerda que la Misa no es sólo un convivio fraterno. Es necesario reforzar el espíritu de la liturgia cristiana como comunión con Cristo, adoración a Dios y ofrenda a Él de todas las cosas, de la historia, del cosmos, de sí mismo.

Comunión y adoración son inseparables

60. Comulgar significa entrar en comunión con el Señor y con los santos de la Iglesia terrestre y celeste. Por esta razón la comunión y la contemplación se implican recíprocamente. No podemos comulgar sacramentalmente, sin hacerlo de manera *personal*: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo” (Ap 3,20). Ésta es también la verdad más profunda de la piedad eucarística.

Para la Iglesia católica la actitud de adoración está reservada no sólo a la celebración de la Eucaristía, sino también a su culto fuera de la Misa, como “valor inestimable” destinado a la “comunión sacramental y espiritual” de los fieles.^[206] En la liturgia bizantina durante los ritos de la comunión se canta “Hemos visto la Luz”; en efecto, contemplar la Eucaristía no es una presunción, mientras es un abuso alimentarse de ella sin discernimiento (Cf. *1 Co* 11,28). En la Iglesia latina es necesario custodiar y reforzar cuanto ha sido transmitido por la fe de dos milenios.^[207]

La adoración de la Eucaristía comienza con la comunión y se prolonga en los actos de la piedad eucarística, adorando a Dios Padre en *Espíritu y Verdad*, en Cristo resucitado y viviente, realmente presente entre nosotros.

El sentido del misterio y las actitudes que lo expresan

61. Lo sagrado es un signo del Espíritu Santo. Dice San Basilio Magno: “Hacia Él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación”.^[208] No obstante en el tiempo de la desacralización se piensa que el límite entre lo sacro y lo profano no existe más, Dios no se retira del mundo para abandonarlo a su mundanidad. Mientras el mundo no sea transformado, y Dios no sea todavía “todo en todo” (1 Co 15,28), se conserva la distinción entre sacro y profano.

La nota mística de la Eucaristía se percibe también en las oraciones preparatorias del sacerdote para la Misa y para la comunión, en las de acción de gracias; además en el silencio,^[209] en los gestos de purificación,^[210] en la incensación,^[211] en las genuflexiones y en las reverencias.^[212] Esto hace que la participación sea, sobre todo, íntima.^[213] Se nos hace partícipes de una acción que no es nuestra, aún cuando se realice en modo humano, porque Él, que es la Palabra, después se hizo carne; la verdadera acción de la liturgia es una acción de Dios mismo. Ésta es la novedad y la particularidad de la liturgia cristiana: es Dios mismo el que obra y el que cumple lo esencial. Sin la consciencia de ser hechos partícipes, las actitudes que se asumen en la liturgia son solo exteriores.

La Eucaristía: *sacramentum pietatis*

62. La liturgia es la *fiesta* de la resurrección de Cristo. Para un cristiano, éste es el sentido de la fiesta y sobre todo del *domingo*. Las expresiones de piedad del pueblo de Dios, especialmente las del culto eucarístico fuera de la Misa, tienen con la liturgia eucarística un vínculo originario, que exige atento discernimiento.

En la liturgia se ejercita en modo especial la inculturación de la fe. Puede decirse que ésta se realizó por primera vez en la encarnación, cuando la Palabra asumió la naturaleza humana y comenzó a expresarse con la palabra del hombre, en el tiempo, en el lugar y en la cultura particulares en que Jesús vivió. El Concilio Vaticano II ha puesto en evidencia cómo de este evento nace la intención de llevar el evangelio, la liturgia y la doctrina cristiana a las culturas locales, para llegar eficazmente a los destinatarios, en especial a los pobres y a los simples de corazón.

63. De la liturgia se distingue la *piEDAD popular*, que, en la unidad de la fe, une grandes espacios y abraza culturas diversas. Ella puede ser considerada como manifestación espontánea que surge de la liturgia. Del ámbito litúrgico, en efecto, nacen formas de adoración eucarística antiguas y nuevas, como la bendición del Santísimo, la procesión eucarística, la Hora santa, las Cuarenta Horas, la Adoración perpetua, los Congresos eucarísticos.^[214]

Liturgia y piedad popular son ambas expresiones de la fe y de la vida del pueblo cristiano. Paralelamente a la preocupación por la inculturación del cristianismo en culturas no cristianas, debe prestarse atención y cuidar las culturas y las tradiciones religiosas populares florecidas en el seno del cristianismo. Es el mismo Espíritu Santo que suscita la liturgia y, en la fe, también la piedad popular.

64. En el culto dado a la Eucaristía fuera de la Misa se perciben las líneas de una espiritualidad eucarística, que, “tiende a la comunión sacramental y espiritualLa Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia”.^[215] La contemplación y la adoración hacen más fuerte el deseo de la unión total de la creatura con su Señor y creador, y al mismo tiempo iluminan la consciencia de nuestra indignidad. Por ello, el Santo Padre recuerda también la práctica de la “comunión espiritual”, recomendada por los maestros de vida espiritual, para cuantos no pueden comulgar sacramentalmente.^[216]

Por lo tanto, también fuera de la Santa Misa, el Señor Jesús es pan de vida espiritual. Es el arcano misterio del Dios-con-nosotros que nos acompaña en nuestro camino.

CAPÍTULO VII

La Eucaristía: un Don para la Misión

La santificación y divinización del hombre

65. El significado personal de la Eucaristía es puesto en evidencia, puede decirse, por San Cirilo de Jerusalén, el cual observa que con el sacramento del cuerpo y la sangre de Cristo el hombre se transforma en “un solo cuerpo (*sΩssomos*) e una sola sangre (*sΩnaimos*) con él”.^[217] San Juan Crisóstomo, por otra parte, siente la voz de Cristo que le dice: “He descendido nuevamente sobre la tierra, no sólo para mezclarme entre tu gente, sino también para abrazarte: me dejo comer por ti y me dejo desmenuzarse en pequeñas partes, para que nuestra unión y ligazón sean verdaderamente perfectas. En efecto, mientras los seres que se unen conservan separadamente la propia individualidad, yo en cambio, constituyo un todo contigo. Por otra parte, deseo que nada se interponga entre nosotros; sólo quiero esto: que ambos seamos una cosa sola”.^[218] Por esta razón el cuerpo del fiel se transforma en demora del Dios trinitario: “Cristo habita en él mismo, junto con el Padre y el Paráclito”.^[219] Así, en la Divina Liturgia bizantina, durante la comunión, se canta: “Hemos visto la luz verdadera; hemos recibido el Espíritu celestial; hemos encontrado la verdadera fe, adorando a la Trinidad inseparable, porque la Trinidad nos ha salvado”.

Por lo tanto, la comunión tiene eficacia ontológica, en cuanto es unión a la vida de Cristo que transforma la vida del hombre. Por medio de ella se establece una pertenencia vital, que perfecciona y cumple la adopción filial del bautismo.

66. Otro aspecto de la gracia sacramental eucarística es el de ser antídoto que libera^[220] y preserva del pecado.^[221] La Eucaristía fortifica la vida sobrenatural del cristiano y la protege contra la pérdida de las virtudes teologales. Es un sacramento de vivos, es decir, de aquellos que gozan de la unión con Cristo y con la Iglesia. El pecado mortal, en efecto, provoca la separación de Dios y de la Iglesia, impidiendo

así acercarse a la Eucaristía. Por ello, la Eucaristía es antídoto, medicina eficaz para sanar las heridas del pecado mediante la misericordia divina, por ella significada y actuada: “El Señor, amante del hombre, vio inmediatamente cuanto había sucedido y la grandeza de la herida y se apuró a proceder a la cura, para que ella, extendiéndose, no se convirtiera en una herida incurable ... Ni siquiera por un instante cesó, movido por su bondad, de cuidar al hombre.”^[222]

En consecuencia, la Eucaristía es un don que nos interpela personalmente y este carácter personal del sacramento debe ser reafirmado en la pastoral.

La Eucaristía *vinculum caritatis*

67. El efecto primario real de la Eucaristía es la verdad de la Carne y de la Sangre presentes en ella. Como se lee en una epístola del papa Inocencio III: “La forma es del pan y del vino, la verdad es de la carne y de la sangre, la potencia es de la unidad y de la caridad”.^[223] Santo Tomás de Aquino confirma esta verdad diciendo que el efecto inmediato es el *cuerpo verdadero* de Cristo,^[224] inmolado y vivo, presente en el sacramento. Esta presencia sustancial es actual para aquellos que participan de ella en un lugar y en un tiempo determinados. En ellos la Eucaristía realiza esa transformación, que es una prenda del banquete celestial. El Concilio Vaticano II recuerda que “en toda comunidad de altar, bajo el sagrado ministerio del Obispo, se manifiesta el símbolo de aquella caridad y unidad del Cuerpo místico, sin la cual no puede haber salvación”.^[225]

La unidad *con* Cristo, cabeza del cuerpo místico que es la Iglesia, es el fruto principal de la Eucaristía, que así manifiesta su significado.

La pertenencia a Cristo y la incorporación a la Iglesia es el efecto inmediato y específico del bautismo (cf. *Rm* 6, 1-11), el cual, sin embargo, se perfecciona en la Eucaristía. Así, precisamente a raíz de su inserción en el cuerpo de Cristo por el bautismo, el fiel cristiano puede participar en la Eucaristía. Por tanto, la Eucaristía presupone la comunión eclesial recibida en el bautismo.^[226] En ella se ejercita el sacerdocio bautismal y se crece en la relación vital con Cristo (cf. *Jn* 6, 55-57). Íntimamente unido a este aspecto está la unidad de los fieles, que atestiguan la caridad recíproca, como miembros del mismo cuerpo, unidad necesaria para que el mundo crea (cf. *Jn* 10, 9-17; 15, 1-11; 17, 20-23). Cristo en la Eucaristía nos invita a la caridad dentro y fuera de la Iglesia.

La medicina del cuerpo y del espíritu

68. La Eucaristía, sobre todo en el momento de la enfermedad y de la muerte, es llamada *viático* para la vida eterna. Con este sacramento se ofrece una *prenda* de la gloria futura, de la visión de Dios como Él es. El concilio de Trento se vincula así con la tradición patristica, que llamaba a la Eucaristía *medicina de la inmortalidad* del hombre e invitaba a alimentarse de ella hasta el retorno del Señor en la gloria, cuando, según la promesa (cf. *Jn* 6, 54), se cumplirá el último efecto de la Eucaristía: la resurrección de la carne.^[227]

La Eucaristía es el banquete para vencer la muerte^[228] y con ella “se asimila, por decirlo así, el ‘secreto’ de la resurrección”^[229] para vivir eternamente. La vida *eterna* no es una vida larga, ni simplemente un tiempo sin fin, sino otro nivel de existencia. San Juan distingue entre *bios*, como vida transitoria de este mundo, y *zoé*, como verdadera vida que entra en nosotros al encontrarnos con el Señor. Éste es el sentido de su promesa: “el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna.....ha pasado de la muerte a la vida” (*Jn* 5, 24), “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás” (*Jn* 11,25). En virtud de este significado escatológico de la Eucaristía esperamos la resurrección definitiva, cuando Dios será todo en todo (cf. *1 Co* 15, 28).

69. El cristianismo no promete sólo la inmortalidad del alma, sino la resurrección de la carne, es decir, de todo el ser humano. La gracia transformadora de la Eucaristía compenetra todo ámbito *antropológico*, extiende su influencia a los aspectos existenciales de cada hombre, como la libertad, el sentido de la vida, del sufrimiento y de la muerte. Si no respondiera a estas preguntas fundamentales del hombre, sería muy difícil confiar en este sacramento como instrumento de salvación y de transformación del hombre en Cristo.

El significado social de la Eucaristía

70. Alimentándose de la Eucaristía, los cristianos nutren la propia alma y se transforman ellos mismos en alma que sostiene el mundo,^[230] dando así a la vita el sentido cristiano,^[231] que es un sentido sacramental. Es del sacramento que surge el don de la caridad y de la solidaridad, porque el sacramento del altar no se puede separar del mandamiento nuevo del amor recíproco.

La Eucaristía es la fuerza que nos transforma^[232] y nos hace fuertes en las virtudes. Ella “da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas”,^[233] en la familia, en el trabajo, en el compromiso político. La misión de cada uno en la Iglesia recibe fuerza y confianza de esta connotación *social* de la Eucaristía.

71. Ya desde el comienzo del siglo II, San Ignacio de Antioquía definía a los cristianos como aquellos que “viven según el domingo”,^[234] en la fe de la resurrección del Señor y de su presencia en la celebración eucarística.^[235] San Justino, en cambio, ponía de manifiesto la urgencia ética al terminar la Eucaristía dominical: “Aquellos que están en la abundancia, y desean dar, dan a discreción lo que cada uno quiere, y cuanto se recoge es depositado ante el que preside; y él mismo socorre a los huérfanos y a las viudas, y a quienes están descuidados a raíz de una enfermedad o de otra causa, y a los que están en la cárcel, y a los que viven como extranjeros: en pocas palabras, [él] provee a todos los que se encuentran en la necesidad”.^[236]

La Eucaristía fundamenta y perfecciona la *missio ad gentes*.^[237] De la Eucaristía nace el deber de cada cristiano de cooperar al crecimiento del Cuerpo eclesial.^[238] La actividad misionera, en efecto, “por la palabra de la predicación y por la celebración de los sacramentos, cuyo centro y cima es la santísima Eucaristía, ... hace presente

a Cristo, autor de la salvación”.^[239] El mandato misionero, que ha implicado no pocas veces el *martirio*, sufrido aún en nuestros días por pastores y fieles precisamente durante la celebración de la Eucaristía, tiende a hacer llegar a la multitud de los hombres la salvación ofrecida en el sacramento del pan y del vino.

Por lo tanto, la santa comunión ofrece todos sus frutos: nos hace crecer en nuestra unión con Cristo, nos separa del pecado, consolida la comunión eclesial, nos compromete en relación a los pobres, aumenta la gracia y da la prenda de la vida eterna.^[240]

CONCLUSIÓN

72. El Señor Jesús ha instituido la Eucaristía como sacramento de comunión y de revelación del Padre. A este método ha adherido, en primer lugar, la Virgen María: “En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística* antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de *haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios...* Hay, pues, una *analogía profunda* entre el *fiat* pronunciado por María a las palabras del Ángel y el *amén* que cada fiel pronuncia cuando recibe el cuerpo del Señor. A María se le pidió creer que quien concibió ‘por obra del Espíritu Santo’ era el ‘Hijo de Dios’ (cf. *Lc 1, 30.35*). En continuidad con la fe de la Virgen, en el misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino”.^[241]

Desde la primera Pascua, en la cual el Señor Jesús ha cumplido con sus discípulos el nuevo y definitivo éxodo de la esclavitud del pecado, no existe más la sangre de un cordero, sino Pan y Vino distribuidos a todos, Cuerpo y Sangre del verdadero Cordero de Dios. Así se da cumplimiento a la nueva alianza.

Como recuerda el Catecismo de la Iglesia católica, citando a San Ireneo: “La Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: ‘Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía y a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar’”.^[242]

73. En el Sacramento de la presencia real, la fe encuentra fuerza e impulso para que realmente la *lex orandi* permanezca vinculada a la *lex credendi* y se traduzca en la *lex agendi* de la vida y de la misión de la Iglesia. Por esta razón la Eucaristía tiene también un *dinamismo personal*: es don para celebrar, que ayuda a entrar en un conocimiento más profundo del misterio de la salvación, lleva a la comunión, conduce a la adoración y finalmente interpela a la vida a través de la misión y del ministerio pastoral, dando impulso a la caridad dentro y fuera de la Iglesia.

La Eucaristía por su naturaleza permanece inseparablemente ligada a las notas de unidad, santidad, apostolicidad y catolicidad de la Iglesia^[243] profesadas en el Credo. Así, la vida y la misión de las comunidades cristianas en el mundo conservan el carácter propio de la Iglesia, cuando de ella custodian y promueven la entera riqueza de aquellos dones. El tema del Sínodo indica que la Iglesia vive de la Eucaristía, en el sentido que recibe de ella, como fuente, la vida divina que viene de lo alto, y en su misión tiende a ella como punto culminante de su misterio de comunión: “Así, la

Eucaristía es la *fuentes* y, al mismo tiempo, la *cumbre* de toda la evangelización, puesto que su objetivo es la comunión de los hombres con Cristo y, en Él, con el Padre y con el Espíritu Santo.”^[244]

CUESTIONARIO

1. **La Eucaristía en la vida de la Iglesia:** ¿Qué importancia tiene, en la vida de vuestras comunidades y de los fieles, la celebración de la Eucaristía? ¿Cual es el porcentaje de participación en la Santa Misa de los domingos, de los días de semana, de las grandes fiestas del año litúrgico? ¿Existen estadísticas aproximativas a este respecto?

2. **La doctrina eucarística y la formación:** ¿Qué esfuerzos se realizan para transmitir a vuestras comunidades e individualmente a los fieles la doctrina integral y completa sobre la Eucaristía? Especialmente, ¿qué uso se hace del Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1322-1419, y de la Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”, sobre todo de parte de los sacerdotes, de los diáconos, de las personas consagradas, de los laicos comprometidos pastoralmente? ¿Cómo se asegura la formación sobre la fe en la Eucaristía: en la catequesis de iniciación, en las homilías, en los programas de formación continua de sacerdotes, de diáconos permanentes, de seminaristas, de personas consagradas y de laicos?

3. **Percepción del misterio eucarístico:** ¿Cuál es la idea predominante sobre la Eucaristía entre los sacerdotes y entre los fieles de vuestras comunidades: sacrificio, memorial del misterio pascual, precepto dominical, convivio fraterno, acto de adoración, u otras concepciones? ¿Se manifiesta en la práctica el predominio de uno de estos aspectos? ¿Cuáles podrían ser las motivaciones que llevan a acentuar tal preferencia?

4. **Sombras en la celebración de la Eucaristía:** En la encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (n.10) el Papa habla de “sombras” en la celebración eucarística. ¿Cuáles son los aspectos negativos (abusos, equívocos) que pueden constatarse en el culto de la Eucaristía? ¿Qué elementos o gestos cumplidos en la praxis pueden oscurecer el sentido más profundo del Misterio eucarístico? ¿Cuáles pueden ser las razones que llevan a esta situación que desorienta a los fieles?

5. **Celebración eucarística y normas litúrgicas:** ¿Se verifican en el modo de celebrar de los sacerdotes algunas acciones en explícita o implícita contradicción con las normas litúrgicas establecidas por la Iglesia católica (cf. *Ordenación General del Misal Romano*, cap. IV; *Instrucción para la Aplicación de las Prescripciones Litúrgicas del Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*), buscando personalismo y protagonismo? ¿Qué elementos o gestos cumplidos durante la celebración de la Santa Misa y también en el culto eucarístico fuera de ella, según las respectivas normas y disposiciones, deberían ser especialmente observados para poner en evidencia el sentido más profundo del gran Misterio de la fe escondido en el don de la Eucaristía?

6. **Los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación:** La conversión es la primera condición para participar plenamente en la Comunión Eucarística. ¿Cómo perciben los fieles la relación entre el sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía? La celebración de la Santa Misa es también una fiesta por la salvación del pecado y de la muerte. ¿Cómo se responde a ese retorno de los pecadores, sobre todo en el Día del Señor, de modo que los fieles puedan acercarse oportunamente al sacramento de la Penitencia para participar en la Eucaristía? En la vida de las comunidades cristianas, se verifica una afluencia indiscriminada a la Eucaristía, o bien una abstención injustificada de la misma? ¿Qué se hace para ayudar a los fieles a discernir si ellos se encuentran en la debida disposición para acercarse a este gran Sacramento?

7. **El sentido de lo sagrado en la Eucaristía:** La Eucaristía es el misterio de la presencia real de Dios entre nosotros, pero al mismo tiempo es un misterio inefable. ¿Cómo debería expresarse el sentido de lo sagrado en referencia a la Eucaristía? ¿Cómo los sacerdotes y los fieles lo manifiestan en la cotidiana celebración de la Santa Misa y en las grandes festividades litúrgicas durante el año? ¿Existen actitudes o prácticas culturales que oscurecen este sentido de lo sagrado?

8. **La Santa Misa y la celebración de la Palabra:** En referencia a las celebraciones de la Liturgia de la Palabra con la distribución de la Eucaristía, frecuentemente guiadas por un laico o ministro extraordinario en parroquias que esperan recibir un sacerdote: ¿cuál es la difusión de tal fenómeno en vuestras parroquias? ¿qué formación específica reciben los responsables? ¿Logran los fieles comprender la diferencia entre estas celebraciones y la Santa Misa? ¿Conocen adecuadamente la distinción esencial entre el ministro ordenado y el no ordenado?

9. **La Eucaristía y los otros sacramentos:** ¿En qué medida y con qué criterios los otros sacramentos son celebrados durante la Santa Misa? En ocasión de la celebración de sacramentos y sacramentales en el curso de la Santa Misa (matrimonios, funerales, bautismos, etc.) frecuentemente se verifica la presencia de no practicantes, de no católicos y de no creyentes; ¿qué medidas se toman para evitar la superficialidad o la falta de respeto en relación a la Eucaristía?

10. **La presencia real de Cristo en la Eucaristía:** ¿Han conservado los fieles de vuestras parroquias la fe en la presencia real del Señor en el Sacramento de la Eucaristía? ¿Perciben con claridad el don de la presencia real del Señor? ¿Se verifican en la liturgia de la Santa Misa o en el culto eucarístico hechos que pueden llevar a una menor consideración de la Presencia Real? Si tales fenómenos se verifican, ¿cuáles podrían ser las causas?

11. **La devoción eucarística:** ¿Ocupa el culto del Santísimo Sacramento el debido lugar en la vida de la parroquia y de las comunidades? ¿Qué importancia dan los

pastores a la Adoración del Santísimo Sacramento, a la Adoración perpetua, a la Bendición del Santísimo Sacramento, a la oración personal ante el Tabernáculo, a la Procesión del *Corpus Domini*, a la devoción eucarística en las misiones populares?

12. **La Santa Misa y la vida litúrgico-devocional:** ¿Logran los fieles percibir la diferencia entre la Santa Misa y otras prácticas devocionales, como la Liturgia de las Horas, la celebración de los sacramentos y los sacramentales fuera de la Misa, la Liturgia de la Palabra, las procesiones, etc? ¿Cómo se manifiesta la diferencia sustancial entre la celebración eucarística y las otras celebraciones litúrgicas y para-litúrgicas?

13. **El decoro en la celebración de la Eucaristía:** ¿Se presta atención al decoro de la celebración eucarística en vuestras iglesias? ¿Cuál es el contexto artístico-arquitectónico en el cual se desarrollan las liturgias eucarísticas, ya sean las solemnes como las feriales? ¿Resulta evidente a partir de esta ambientación que el banquete eucarístico es verdaderamente un banquete “sacro” (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 48)? ¿Con qué frecuencia y con qué motivos pastorales es celebrada la Eucaristía fuera de los lugares de culto?

14. **Eucaristía e inculturación:** ¿En qué medida hay que dar espacio a la inculturación en la celebración del Sacramento de la Eucaristía, para que sea evitada una malentendida creatividad que persigue modas fantasiosas y extrañas? ¿Cuáles son los criterios seguidos en la práctica para la inculturación? ¿Son tenidas en cuenta en la Iglesia occidental las normas propuestas por la instrucción “*De Liturgia Romana et Inculturatione*”? ¿Cómo se afronta el tema de la inculturación de la Eucaristía en las Iglesias orientales?

15. **La nota escatológica de la Eucaristía:** ¿Es suficientemente puesta en evidencia la nota escatológica de la Eucaristía en la catequesis, en la formación permanente, en la homilética y en la celebración litúrgica? ¿Cómo se expresa la tensión escatológica suscitada por la Eucaristía en la vida pastoral? ¿Cómo se manifiesta en la celebración de la Santa Misa “la comunión de los santos”, que es una anticipación de la realidad escatológica?

16. **Eucaristía, ecumenismo, diálogo interreligioso y sectas:** Frente a las concepciones de la Eucaristía propias de los hermanos separados de Occidente, a los desafíos de las otras religiones y de las sectas: ¿cómo es preservado y presentado el Misterio del Santísimo Sacramento en su integridad, de modo que los fieles no sean inducidos a confusiones ni equívocos, especialmente en ocasión de los encuentros ecuménicos e interreligiosos?

17. **Eucaristía e intercomuni3n eclesial:** “La celebraci3n de la Eucaristía ... no puede ser el punto de partida de la comuni3n” (*Ecclesia de Eucharistia*, 35). ¿Cómo son aplicadas las normas de la llamada intercomuni3n (cf. CIC 844)? Conocen los fieles la norma seg3n la cual un cat3lico no puede recibir la Eucaristía en las comunidades que carecen del v3lido sacramento del Orden (cf. *Ecclesia de Eucharistia*, 46)?

18. **Eucaristía y vida moral:** La Eucaristía hace crecer la vida moral del cristiano. ¿Qué piensan los fieles acerca de la necesidad de la gracia sacramental para vivir según el Espíritu y llegar a ser santos? ¿Qué piensan los fieles sobre la relación entre la recepción del sacramento de la Eucaristía y los otros aspectos de la vida cristiana: la santificación personal, el compromiso moral, la caridad fraterna, la construcción de la sociedad terrena, etc?

19. **Eucaristía y misión:** La Eucaristía es también un don para la misión. ¿Son conscientes los fieles que el Sacramento de la Eucaristía lleva a la misión que ellos mismos tienen que cumplir en el mundo según el propio estado de vida?

20. **Todavía sobre la Eucaristía:** ¿Qué otros aspectos no comprendidos en las preguntas precedentes deberían todavía ser tenidos en consideración en relación al Sacramento de la Eucaristía en vista de la preparación del *Instrumentum laboris* de la discusión sinodal?

NOTAS

^[1] S. Leonis Magni, *Sermo 2 de Ascensione*, 61 (74), 2: *SCh* 74bis, 278.

^[2] Origenis, *In epistulam ad Romanos*, 4, 2: *PG* 14, 968B.

^[3] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 14 e 48; II Coetus Extraordinarii Generalis Synodi Episcoporum (1985), *Relationem finalem*, II.B.b.1.

^[4] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 13; Conc. Oecum. Tridentin., sess. XXII, cap. 6.

^[5] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 10.

^[6] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 60: *AAS* 95 (2003), 473.

^[7] Cf. *ibidem*, 35: *AAS* 95 (2003), 457.

^[8] Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 47.

^[9] *Ibidem*.

^[10] *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1322-1419.

^[11] *Codex Iuris Canonici*, c. 897-958.

^[12] *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium*, c. 698-717.

^[13] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 9: *AAS* 95 (2003), 438-439.

^[14] *De Mysteriis*, 47: *SCh* 25bis, 182.

^[15] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Redemptor hominis* (4.III.1979), IV, 20: *AAS* 71 (1979), 309-316.

^[16] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1356-1381.

^[17] *In S. Matthaeum*, 82, 5: *PG* 58, 744.

^[18] N. Cabasilae, *Expositio divinae liturgiae*, 32, 10: *SCh* 4bis, 204.

^[19] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 2; Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 3, 28; Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum ordinis*, 2,4,5.

^[20] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 12: *AAS* 95 (2003), 441.

^[21] Esta expresión de los Orientales, muy hermosa y significativa, indica la «última Cena» o «Cena del Señor»; el adjetivo «última» debe entenderse en relación al deseo de Cristo de comer por última vez la Pascua, según el rito judío, antes de morir, para darle el significado «nuevo y eterno», como «alianza mística». En este sentido puede ser considerada la «clave hermenéutica» de la Eucaristía, inseparable del misterio pascual, que comprende no sólo la muerte y resurrección, sino también la encarnación.

^[22] Cf. S. Ioannis Chrysostomi, *In S. Matthaeum*, 82, 1: *PG* 58, 737-738.

^[23] Cf. N. Cabasilae, *De vita in Christo*, I, 1: *SCh* 355, 74.

^[24] S. Ioannis Chrysostomi, *In epistula I ad Corinthios*, 24, 5: *PG* 61, 205.

^[25] S. Gregorii Nisseni, *Homilia in Ecclesiastem*, III: *PG* 44, 469.

^[26] S. Maximi Confessoris, *Mystagogia*, 1: *PG* 91, 664.

^[27] *Homilia in Oziam*, 6, 4: *PG* 56, 140.

^[28] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 15: *AAS* 95 (2003), 442-443.

^[29] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 7, 47; Decr. de Presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum ordinis*, 5,18; *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 3.

- [30] Cf., e.g., S. Cyrilli Ierosolomitani, *Catechesin mystagogicam*, IV, 2, 1-3; IV, 7,5-6; V, 22, 5: *SCh* 126bis, 136. 154. 172.
- [31] Pauli VI, Litt. encycl. *Mysterium fidei* (3.IX.1965), 26: *AAS* 57 (1965), 766.
- [32] Cf. *Catechismum Catholicae Ecclesiae*, 1328-1332.
- [33] Cf. VIII: *SCh* 11,79.
- [34] Cf. *Ad Ephesios*, 13, 1; *Ad Philadelphenses*, 4; *Ad Smyrnenses*, 7, 1: *Patres Apostolici*, F.X. Funk ed., Tübingen 1992, p. 186; 220; 230.
- [35] Cf. *Didachen* 9-10. 14: J.P. Audet ed., Parisiis 1958, 235-236; 240.
- [36] Cf. *I Apologiam* 67, 1-6; 66, 1-4: *Corpus Apologetarum Christianorum Secundi Saeculi*, vol. I, pars 1, Wiesbaden 1969, p. 180-182; 184-188.
- [37] Cf. *Adversus Haereses*, 4. 17, 5; 18, 5: *SCh* 100, 592. 610.
- [38] Cf. *Epistulam* 63, 13: *PL* 4, 383-384.
- [39] Cf. *Catechesin magnam*, 37: *SCh* 453, 315-325.
- [40] Cf. *Catechesin mystagogicam*, 4, 3: *SCh* 126bis, 136.
- [41] *De Sacerdotio*, III, 4: *SCh* 272, 142-144.
- [42] Cf. *Homilias Catecheticas 15 et 16*: R. Tonneau-R.Devresse, ed., *ST* 145, in *Civitate Vaticana* 1949, 461-605.
- [43] Cf. *De Sacramentis*, 4-5; *De Mysteriis*, 8-9: *SCh* 25bis, 102-137; 178-193.
- [44] Cf. e.g. *Sermonem* 132: *PL* 38, 743-737.
- [45] Cf. *Sermonem* 227, 1: *PL* 38, 1099-1101.
- [46] Cf. *De Civitate Dei*, X, 5-6: *PL* 41, 281-284.
- [47] Cf. *Summam Theologiae*, III, 73, a.1.
- [48] Cf. *ibidem*, 74, a.1; 79, a.1.
- [49] Cf. *ibidem*, 73, a.4.
- [50] Cf. *Breviloquium*, VI, 9: *Opera omnia, Opuscoli Teologici / 2*, Romae 1966, 276.
- [51] *Semo 229, A (Guelferbytanus 7), Tractatus de Dominica Sanctae Paschae*, 1; *PLS* 2, 555; E.D.G. Morin, *Miscellanea Agostiniana*, I, Romae 1930, 462.
- [52] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 23: *AAS* 95 (2003), 448-449.
- [53] Cf. *ibidem*, 59: *AAS* 95 (2003), 472-473.
- [54] *ibidem*, 40: *AAS* 95 (2003), 460.
- [55] Cf. *ibidem*, 5: *AAS* 95 (2003), 436.
- [56] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de *Ecclesia Lumen gentium*, 3; Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 21: *AAS* 95 (2003), 447.
- [57] Pauli VI, *Institutio Generalis Missalis Romani* (26.III.1970), 8.
- [58] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 26: *AAS* 95 (2003), 451.
- [59] *ibidem*, 27: *AAS* 95 (2003), 451.
- [60] *ibidem*, 28: *AAS* 95 (2003), 451-452.
- [61] *ibidem*, 29: *AAS* 95 (2003), 452-453.
- [62] *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canonici delle Chiese Orientali*, 32.
- [63] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 34: *AAS* 95 (2003), 456.
- [64] Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de *Ecclesia Lumen gentium*, 26.
- [65] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 35: *AAS* 95 (2003), 457.
- [66] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de *Ecclesia Lumen gentium*, 14.
- [67] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 38: *AAS* 95 (2003), 458-459.
- [68] *ibidem*, 39: *AAS* 95 (2003), 459-460; cf. Congregationis pro Doctrina Fidei, Litt. *Communio notio* (28.V.1992), 11: *AAS* 85 (1993), 844.
- [69] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 35: *AAS* 95 (2003), 457.
- [70] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de ss. Eucharistia, sess. XIII, cap. 1, *De reali praesentia D.N.I. Christi in ss. Eucharistiae sacramento*, cap. 2, *De ratione institutionis ss. huius sacramenti*: *DS* 1637-41; Can. 1-5: *DS* 1651-55.
- [71] Cf. *ibidem*, Decr. de ss. Eucharistia, sess. XIII, cap. 4, *De Transsubstantiatione*: *DS* 1642.
- [72] Cf. *ibidem*, Decr. de communione euchar., sess. XXI: *DS* 1725-1734.
- [73] Cf. *ibidem*, Decr. de Missa, sess. XXII: *DS* 1738-1759.
- [74] Cf. *ibidem*, Decr. de ss. Eucharistia, sess. XIII, cap. 1, *De reali praesentia D.N.I. Christi in ss. Eucharistiae sacramento*: *DS* 1636-1637, cap. 2, *De ratione institutionis ss. huius sacramenti*: *DS* 1638.
- [75] Cf. *ibidem*, Decr. de Eucharistia, sess. XIII, cap. 5 - 8: *DS* 1643-1750; can. 1 - 3: *DS* 1751-1753.
- [76] Cf. Pii XII, Litt. encycl. *Mediator Dei* (20XI.1947), II: *AAS* 39 (1947), 547-552.
- [77] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de *Ecclesia Lumen gentium*, 28.
- [78] Cf. Innocentii III, *Professionem fidei Waldensibus praescriptam*, *DS* 794; Conc. Oecum. Lateranens. IV, *Definitionem contra Albigenses et Catharos*: *DS* 802; Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Missa, sess. XXII, cap. 1, *De institutione sacrosancti Missae sacrificii*: *DS* 1740, can. 2: *DS* 1752.
- [79] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. Ap. *Dominicae Cenaes* (24.II.1980), 8: *AAS* 72 (1980), 127-130; Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 28-29: *AAS* 95 (2003), 451-453.
- [80] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 7; Decr. de activitate missionali *Ecclesiae Ad gentes*, 14.

- [81] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de Ecclesia *Lumen gentium*, 3; Decr. de presbyterorum ministerio et vita *Presbyterorum ordinis*, 4-5.
- [82] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de Ecclesia *Lumen gentium*, 17; Decr. de Oecumenismo *Unitatis redintegratio*, 2, 15.
- [83] Cf. Pauli VI, Litt. encycl. *Mysterium fidei* (3.IX.1965), 17-25: AAS 57 (1965), 762-766.
- [84] S. Ignatii Antiocheni, *Ad Smyrnenses* 7, 1: *Patres Apostolici*, F.X. Funk ed., Tübingen 1992, p. 230.
- [85] Cf. Pauli VI, *Sollemnem Professionem fidei* (30.VI.1968), 25: AAS (1968), 442-443.
- [86] Pauli VI, Litt. encycl. *Mysterium fidei* (3.IX.1965), 27: AAS 57 (1965), 766.
- [87] S. Leonis Magni, *Sermo 2 in Ascensione*, 61 (74), 4: *SCh* 74bis, 280-282.
- [88] *De Mysteriis*, 53: *SCh* 25bis, 186.
- [89] Cf. Congregationis pro Doctrina Fidei, Declarationem *Dominus Jesus* (6.VIII.2000), 16: AAS 92 (2000), 756-758.
- [90] *De Trinitate*, 8, 13: *SCh* 448, 396.
- [91] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 55: AAS 95 (2003), 470.
- [92] *Ibidem*, 10: AAS 95 (2003), 439.
- [93] *Ibidem*, 61: AAS 95 (2003), 473-474.
- [94] *Ibidem*, 12: AAS 95 (2003), 441.
- [95] *Ibidem*, 23: AAS 95 (2003), 448-449.
- [96] *Ibidem*, 11: AAS 95 (2003), 440-441.
- [97] *Ad Ephesios*, 20, 2: *Patres Apostolici*, F.X. Funk ed., Tübingen 1992, p. 190.
- [98] *In epistulam ad Ephesios*, 11, 3: *PG* 62, 83.
- [99] Cf. S. Cyrilli Alexandrini, *De adoratione in spiritu et veritate*, 11: *PG* 68, 761D.
- [100] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 30.44-45: AAS 95 (2003), 453-454, 462-463.
- [101] *Ibidem*, 61: AAS 95 (2003), 473-474.
- [102] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Decr. de Oecumenismo *Unitatis redintegratio*, 15.
- [103] Cf. *Codex Iuris Canonici*, c. 844.
- [104] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Decr. de Oecumenismo *Unitatis redintegratio*, 22.
- [105] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 46: AAS 95 (2003), 463-464.
- [106] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 8; Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 19: AAS 95 (2003), 445-446.
- [107] Cf. Tertulliani, *Contra Marcionem*, IV, 9, 9: *SCh* 456, 124.
- [108] *De divinis nominibus*, 4, 7: *PG* 3, 701C.
- [109] S. Ioannis Chrysostomi, *In epistulam I ad Corinthios*, 24, 5: *PG* 61, 205s.
- [110] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 8: AAS 95 (2003), 437-438.
- [111] Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Eucharistia, cap. 3, *De excellentia ss. Eucharistiae super reliqua sacramenta: DS* 1639.
- [112] Cf. Conc. Florentin., Decr. pro Graecis: *DS* 1303, Decr. pro Armeniis: *DS* 1320, Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Eucharistia, sess. XIII, cap. 4, *De Transsubstantiatione: DS* 1642; etiam *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 319-324.
- [113] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Missa, sess. XXII, cap. 7, *De aqua in calice offerendo vino miscenda: DS* 1748.
- [114] Cf. Conc. Florentin.: Decr. pro Armeniis: *DS* 1321; Decr. pro Iacobitis: *DS* 1352; Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Missa, sess. XXII, cap. 1, *De institutione sacrosancti Missae sacrificii: DS* 1740.
- [115] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Missa, sess. XXII, cap. 1, *De institutione sacrosancti Missae sacrificii: DS* 1740; can. 2: *DS* 1752.
- [116] Cf. *ibidem*, cap. 7, *De praeparatione, quae adhibenda est, ut digne quis s. Eucharistiam percipiat: DS* 1646-1647, cap. 8, *De usu admirabilis huius sacramenti: DS* 1648-1650, can. 11: *DS* 1661
- [117] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000) 19; Ioannis Pauli II Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 52: AAS 95 (2003), 467-468.
- [118] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 199.
- [119] *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canonici delle Chiese Orientali*, 57.
- [120] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), cap. II.
- [121] Cf. *ibidem*, 51.
- [122] Cf. IX,3: *Audet*, 323.
- [123] Cf. Ioannis Pauli II, Adhort. Ap. postsynod. *Ecclesia in Europa* (28.VI.2003), 13: AAS 95 (2003), 657-658.
- [124] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 67.
- [125] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 56.
- [126] *Institutio Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 28.
- [127] Cf. *ibidem*, 73.
- [128] Cf. Theodori Andidensis, *De divinae liturgiae symbolis ac mysteriis*, 18: *PG* 140, 441C.
- [129] *De Sacerdotio*, VI, 11: *SCh* 272, 340.
- [130] Cf. S. Germani Constantinopolitani, *Historiam Ecclesiasticam et mysticam contemplationem: PG* 98, 400C.
- [131] VIII, 12, 2: F.X. Funk ed., Paderborn 1905, I, 494.
- [132] *De incomprehensibilitate Dei*, 4, 5: *SCh* 28bis, 260.

- [133] Cf. S. Anastasii Synaitae, *Orationem de sacra Synaxi*: PG 89, 833BC.
- [134] Cf. S. Ioannis Chrysostomi, *Homilium in diem natalem Domini nostri Iesu Christi*, 7: PG 49, 361.
- [135] Cf. S. Basilii Magni, *Homilium in psalmum 115*: PG 30, 113B.
- [136] *In epistulam II ad Corinthios*, 18, 3: PG 61, 527.
- [137] Cf. N. Cabasilae, *Commentarium in divinam liturgiam*, 15, 2: SCH 4bis, 125.
- [138] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 72.
- [139] *Ibidem*, 93; etiam *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1348.
- [140] Cf. *Institutionem Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 79 d.
- [141] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1353.
- [142] Cf. Benedicti XII, Lib. «Cum dudum» (VIII.1341): DS 1017; Pii VII, Breve «Adorabile Eucharistiae» (8.V.1822): DS 2718; Pii X, Ep. «Ex quo, nono» (26.XII.1910): DS 3556.
- [143] *De Mysteriis*, 52.54: SCH 25bis, 188.
- [144] *De ecclesiastica hierarchia*, 3, 9: PG 3, 464.
- [145] Cf. N. Cabasilae, *Commentarium in divinam liturgiam*, 48, 5: SCH 4bis, 271-273.
- [146] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 79g.
- [147] N. Cabasilae, *Commentarium in divinam liturgiam*, 42, 3: SCH 4bis, 241.
- [148] Cf. S. Ioannis Chrysostomi, *In epistulam ad Philippenses*, 3,4: PG 62, 204.
- [149] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1384-1390.
- [150] Cf. *Constitutiones Apostolicas*, VIII, 12, 39: F. X. Funk, ed., Paderborn 1905, I, 510, et Anaphoras alexandrinis Marci, Serapionis, Basilii copti.
- [151] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Missa, sess. XXII, cap. 6, *De Missa, in qua solus sacerdos communicat*: DS, 1747, can. 8: DS, 1758.
- [152] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 80.
- [153] *Ibidem*, 81.
- [154] Pseudo Chrysostomi, *De prodicione Iudae*, 1, 6: PG 49, 381.
- [155] Cf. *ibidem*, 381-382.
- [156] N. Cabasilae, *Commentarium divinae liturgiae*, 12, 8: SCH 4bis, 111.
- [157] *Constitutiones Apostolicae*, II, 20, 10: F.X. Funk ed., Paderborn 1905, I, 77.
- [158] S. Basilii Magni, *Homilia in psalmum*, 33, 10: PG 29, 376.
- [159] VIII, 11, 9-10: F. X. Funk ed., Paderborn 1905, I, 494.
- [160] Cf. S. Maximi Confessoris, *Mystagogiam*, 13: PG 91, 691.
- [161] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 82.
- [162] *In epistulam I ad Corinthios*, 24, 2: PG 61, 200.
- [163] Cf. S. Germani Constantinopolitani, *Historiam ecclesiasticam et mysticam contemplationem*: PG 98, 449B.
- [164] Cf. S. Ioannis Damasceni, *In epistulam ad Zachariam ep. de immaculato corpore*, 5: PG 95, 409.
- [165] N. Cabasilae, *Commentarium divinae liturgiae*, 36, 1: SCH 4bis, 223.
- [166] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 2120.
- [167] X, 6: Audet, 236.
- [168] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 84.
- [169] Cf. *ibidem*, 282.
- [170] Cf. *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canonici delle Chiese Orientali*, 59.
- [171] Thomae a Celano, *Vita Seconda*, 201(789): *Fonti Francescane*, Padova 1980, 713.
- [172] *De vita in Christo*, IV, 26: SCH 355, 288.
- [173] Cf. *Institutionem Generalem Missalis Romani* (20.IV.2000), 17. 89.
- [174] Cf. *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canonici delle Chiese Orientali*, 30.
- [175] Cf. Ioannis Pauli II, Ep. Ap. *Novo millennio ineunte* (6.I.2001), 33: AAS 93 (2001), 289-290.
- [176] Cf. *De Spiritu Sancto*, V, 10: SCH 17bis, 280.
- [177] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 48.
- [178] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1135-1186.
- [179] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 52: AAS 95 (2003), 467-468.
- [180] Cf. *Catechesin illuminandorum*, 18, 24: PG 33, 1046.
- [181] *Institutio Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 92.
- [182] *Ibidem*, 93; cf. 84.
- [183] *Ibidem*, 95.
- [184] *Ibidem*, 288.
- [185] *Ibidem*, Prooemium, 3.
- [186] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 49: AAS 95 (2003), 465-466.
- [187] Cf. *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canonici delle Chiese Orientali*, 34.
- [188] *Ibidem*, 66.
- [189] Cf. *Fonti Francescane*, I, *Testamento*, 13: 114; *Lettere* 208, 224.
- [190] Ioannis Pauli II, *Discorso ai partecipanti al Convegno Internazionale di Musica Sacra* (25-27.I.2001): AAS 93 (2001), 351; cf. Lett. Ap. *Spiritus et Sponsa* (4.XII.2003), 4: *L'Osservatore Romano* (7.XII.2003), 7.

- [191] Conc. Oecum. Vat. II, Const. de sacra Liturgia *Sacrosanctum concilium*, 122.
- [192] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 49: AAS 95 (2003), 465-466.
- [193] *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canoni delle Chiese Orientali*, 107.
- [194] *Institutio Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 295.
- [195] Cf. ibidem, 215.
- [196] Cf. ibidem, 297.
- [197] Cf. ibidem, 304.
- [198] *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canoni delle Chiese Orientali*, 103.
- [199] Cf. *Institutio Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 296.
- [200] Cf. ibidem, 273.
- [201] *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1383.
- [202] *Institutio generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 310.
- [203] Ibidem.
- [204] *Istruzione per l'Applicazione delle Prescrizioni Liturgiche del Codice dei Canoni delle Chiese Orientali*, 108.
- [205] *Catechesis mystagogica*, 5, 22: *SCh* 126bis, 172.
- [206] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 25: AAS 95 (2003), 449-450.
- [207] Para el culto eucarístico renovado dopo el Concilio Vaticano II se vea: *Eucharisticum Mysterium*, Instrucción de la Congregación de los Ritos y del *Consilium* aprobada y confirmada por Pablo VI (25 mayo 1967): *EV*, vol II, 1084-1153; *Eucharistiae Sacramentum*, con el cual la Congregación para el Culto Divino ha hecho la revisión del *Rito de la Comunión y del Culto eucarístico fuera de la Misa* (21 de junio 1973): *ivi*, vol. IV, 1624-1659; *Inestimabile Donum* della Congregazione per il Culto Divino sobre algunas normas relativas al culto eucarístico (3 abril 1980): Cf. ibidem, vol VII, 282-303.
- [208] *De Spiritu Sancto*, 9, 22: *SCh* 17bis, 324.
- [209] Cf. *Institutionem Generalis Missalis Romani* (20.IV.2000), 45.
- [210] Cf. ibidem, 76; 278-280.
- [211] Cf. ibidem, 276-277.
- [212] Cf. ibidem, 274-275.
- [213] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 10: AAS 95 (2003), 439.
- [214] Cf. Congregationis de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, ed. Vaticana 2002, n. 160-165.
- [215] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 25: AAS 95 (2003), 449-450.
- [216] Cf. ibidem, 34: AAS 95 (2003), 456.
- [217] *Catechesis mystagogica*, 4, 1: *SCh* 126bis, 134.
- [218] *In epistulam I ad Timotheum*, 15, 4: *PG* 62, 586.
- [219] *Exhortatio ad Theodorum lapsum*, 1: *PG* 47, 278.
- [220] Cf. *Summam Theologiae*, III, 79, 1.
- [221] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Eucharistia, sess. XIII, cap. 2, *De ratione institutionis ss. huius sacramenti: DS* 1638.
- [222] S. Ioannis Chrysostomi, *In Genesin*, 17, 2: *PG* 53, 136.
- [223] Innocentii III, Ep. «*Cum Marthae circa*» ad *Ioannem quondam archiep. Lugdun.* (29.XI.1202): *DS* 783.
- [224] Cf. *Summam Theologiae*, III, 73, 6.
- [225] Conc. Oecum. Vat. II, Const. dogm. de *Ecclesia Lumen gentium*, 26.
- [226] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 35: AAS 95 (2003), 457.
- [227] Cf. Conc. Oecum. Tridentin., Decr. de Eucharistia, sess. XIII, cap. 2, *De ratione institutionis ss. huius sacramenti: DS* 1638; cap. 8, *De usu admirabilis huius sacramenti: DS* 1649.
- [228] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 17: AAS 95 (2003), 444-445.
- [229] Ibidem, 18: AAS 95 (2003), 445.
- [230] Cf. *Ad Diognetum*, V, 5.9.11; VI, 1-2.7: *Patres Apostolici*, F.X. Funk ed., Tübingen 1992, p. 312-314.
- [231] Cf. *Orationem post Communionem I Dominicæ Adventus, Missale Romanum*, Typis Vaticanis 2002, 121.
- [232] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 62: AAS 95 (2003), 474-475.
- [233] Ibidem, 20: AAS 95 (2003), 446-447.
- [234] *Ad Magnesios*, 9, 1: *Patres Apostolici*, F.X. Funk ed., Tübingen 1992, 196.
- [235] Cf. Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 41: AAS 95 (2003), 460-461.
- [236] *I Apologia*, 67, 6: *Corpus Apologetarum Christianorum Secundi Saeculi*, vol. I, pars 1, Wiesbaden 1969, 186-188.
- [237] Cf. Conc. Oecum. Vat. II, Decr. de activitate missionali ecclesiae *Ad gentes*, 39.
- [238] Cf. ibidem, 36.
- [239] Ibidem, 9.
- [240] Cf. *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1391-1405.
- [241] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 55: AAS 95 (2003), 470.
- [242] *Catechismus Catholicae Ecclesiae*, 1327.
- [243] Cf. ibidem, partem II, sess. I, cap. II.
- [244] Ioannis Pauli II, Litt. encycl. *Ecclesia de Eucharistia* (17.IV.2003), 22: AAS 95 (2003), 448

CRÓNICA DIOCESANA

MES DE JULIO

Días 1 al 3 .- Encuentro de Programación Pastoral Diocesana en los Milagros.

Día 6.- Inauguración de la Exposición “A Ribeira Sacra. Esencia de Espiritualidade en Galicia”. En la S. I. Catedral – Basílica de San Martín.

Día 16.- Firma del Convenio entre el Obispado de Ourense, la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia y la Diputación Provincial, para la restauración de varios retablos en la Diócesis.

Día 23.- Reunión del Consejo Episcopal.

Días 30 y 31.- Jornadas del Misionero Diocesano. (Peregrinación a Santiago de los participantes)

NUESTRA PORTADA:
Nuestra Señora del Carmen
Iglesia de la Vera Cruz de Carballiño (Ourense)
Adrey. 1967

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ
Redacción y Administración: OBISPADO DE OURENSE
Teléfono: 988 36 61 41
Fotocomposición e Impresión: GRUPO SANMARTIN, S. L.
Depósito Legal: OR-13/1958